CÉSAR MALLORQUÍ

AUTOR DE LAS LÁGRIMAS DE SHIVA



MUERTE EN EL INTERNADO

ALFAGUARA

Contenido

Muerte en el internado
Introducción. La inexplicable conducta de Juan Alvarado
Primera Parte. Faltas y castigos
- Capítulo 1. Bienvenido al Barrenton College
- Capítulo 2. Giuseppe Bianchi, Pancho Cruz, Luc Saint-Clair
- Capítulo 3. El comienzo de curso y la ropa interior de Archy Bennett
- Capítulo 4. Un desagradable incidente en el vestuario
- Capítulo 5. Aura Ferreyra Acosta
- Capítulo 6. Robos, sexo, amor y pesadillas
- Capítulo 7. La oscura habitación blanca y el destino de Archy Bennett
- Capítulo 8. La inesperada revelación de Lourdes Gilabert y la revelación no menos inesperada de Yolanda Fitz-Castro

Segunda Parte. La oscura sombra del Barrenton
- Capítulo 9. La muerte visita el internado
- Capítulo 10. Mentiras y secretos
- Capítulo 11. El desconcertante misterio de la Cámara de Reflexión
- Capítulo 12. Revelaciones y amenazas
- Capítulo 13. Secretos, mentiras, crímenes y otras asignaturas evaluables
- Capítulo 14. limen y otras razones para morir
- Capítulo 15. Azarosos accidentes meticulosamente planeados
- Capítulo 16. Amanecer en el Barrenton College

Epílogo
Sobre este libro
Sobre Sobre César Mallorquí

Créditos

Puntos de referencia

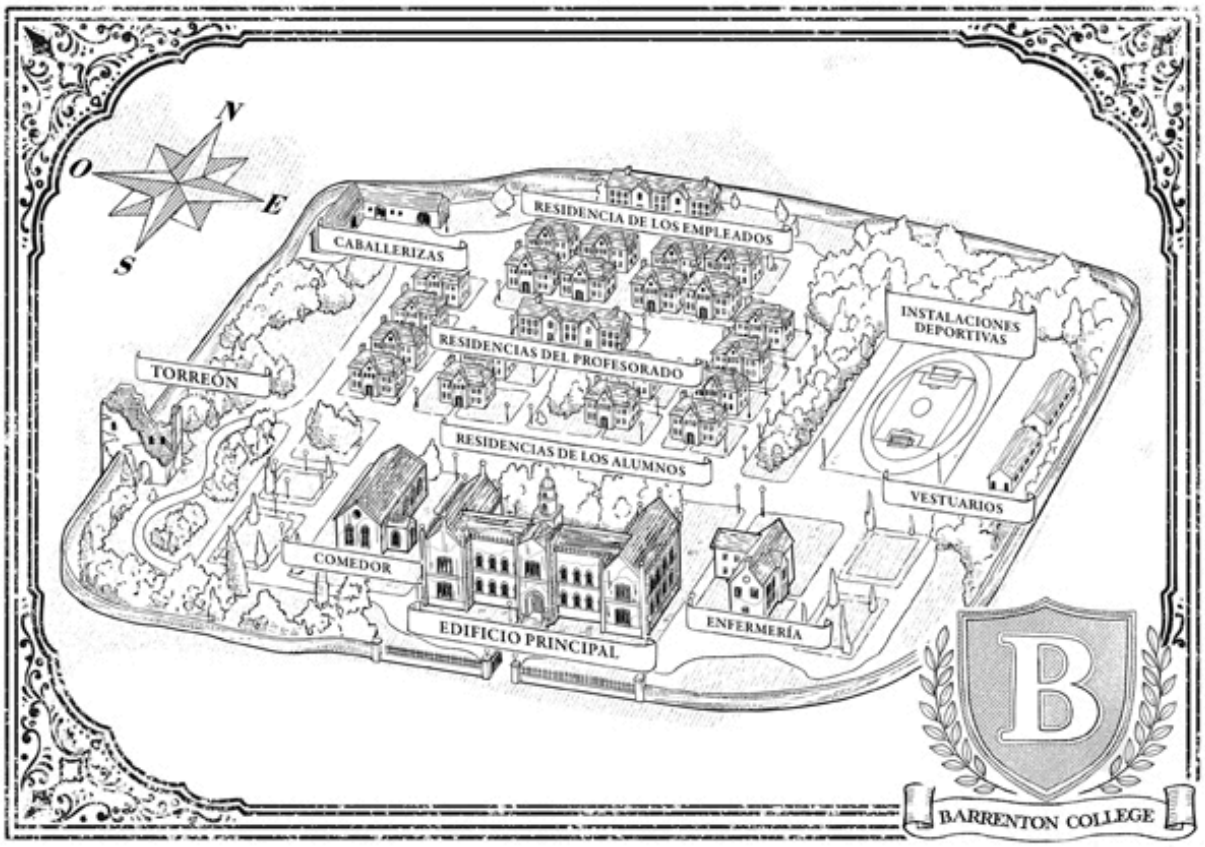
Cubierta

CÉSAR MALLORQUÍ

MUERTE EN EL INTERNADO

ALFAGUARA

Este libro está dedicado a Beatriz de Leyva.
Porque eres fuerte, Bea, porque eres valiente,
porque amas, porque tienes sentido del humor.
Con todo mi cariño y toda mi admiración


N
O
E
S
RESIDENCIA DE LOS EMPLEADOS
CABALLERIZAS
INSTALACIONES DEPORTIVAS
RESIDENCIAS DEL PROFESORADO
TORREÓN
RESIDENCIAS DE LOS ALUMNOS
VESTUARIOS
COMEDOR
ENFERMERÍA
EDIFICIO PRINCIPAL
B
BARRENTON COLLEGE

INTRODUCCIÓN

La inexplicable conducta de Juan Alvarado

Ocurrió una mañana de comienzos de mayo, al mediodía. Juan Alvarado estaba sentado a la barra del bar Roma —un establecimiento frecuentado por jóvenes de clase alta—, bebiendo a tranquilos sorbos agua mineral con gas.

Juan tenía diecisiete años, pero aparentaba más edad; era alto y fornido, con la musculatura trabajada en el gimnasio donde practicaba boxeo amateur; moreno, con el pelo muy corto, ojos del color de la miel, la nariz rota y facciones angulosas. Podría decirse que era atractivo, aunque demasiado serio.

No solía ir al Roma —muchos pijos para su gusto—, pero tenía algo que hacer allí. Era temprano y había pocos clientes en el local: un grupo de tres jóvenes y dos tipos de mediana edad; uno tomando una caña y el otro un carajillo. Era un día tranquilo de entresemana.

Al camarero le acababan de preguntar la hora, así que, cuando el policía le interrogó, recordaba con precisión que el incidente se inició a la una y doce. Justo en ese momento entró en el bar Íñigo Álvarez de Arteaga, un joven de veintidós años, él sí cliente habitual del local. Había aparcado en doble fila su Porsche Carrera y se dirigía a la barra.

Al verlo entrar, Juan apuró de un trago su bebida, se dirigió hacia él y, sin mediar palabra, lo sujetó por las solapas y lo sacó a empujones del bar. Una vez fuera, Íñigo trató de defenderse lanzándole un puñetazo. Juan lo esquivó con facilidad y devolvió el golpe con un directo al estómago. Repentinamente sin aire en los

pulmones, Íñigo se dobló sobre sí mismo, momento en que Juan aprovechó para propinarle un puñetazo en el mentón.

Aturdido, Íñigo se derrumbó sobre la acera. Con tranquilidad, Juan se acercó a él, se sentó encima de su estómago, se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído. A continuación, comenzó a golpearlo, en la cara, en el cuerpo, en los costados, rítmicamente, como un martillo neumático, con frialdad.

Hicieron falta cuatro adultos para separarlo e impedir que siguiera pegándole.

Más tarde, el incidente fue muy comentado. Y no es de extrañar, pues nadie sabía por qué Juan Alvarado le dio una paliza a Íñigo Álvarez de Arteaga, si ni siquiera se conocían.

Juan vivía en una casa unifamiliar situada en La Moraleja —una urbanización de lujo madrileña—, junto con su padre y su madrastra. Su padre, Ricardo Alvarado, de cincuenta y dos años, era el máximo accionista de Serpro Alvarado S. A., una empresa constructora de ámbito internacional. También era multimillonario. Dos años después de la muerte de su primera mujer, se casó con Yolanda Fitz-Castro, trece años más joven que él.

Tres días después del incidente, a media mañana, Juan estaba en su cuarto, tumbado en la cama vestido, leyendo un libro, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó una voz de mujer.

—Pasa —respondió Juan.

La puerta se abrió y Adela, el ama de llaves, entró en el dormitorio.

—Te llama tu papá —dijo—. Está en el salón con un señor.

Juan dejó el libro sobre la cama, abierto por donde estaba leyendo, y se incorporó. Adela, una mujer colombiana de cincuenta y tantos años, lo contuvo sujetándolo por un brazo.

—¿Pasa algo malo, Juanito? —preguntó.

—Sí. —Hizo una pausa y agregó—: He hecho algo… ilegal.

—¿El qué?

—Le he dado una paliza a un tipo.

—¿En el gimnasio?

—No; en un bar.

—¿Y por qué lo hiciste, mi niño?

—No te lo puedo decir. Lo siento.

Adela desvió la mirada y reflexionó durante unos segundos.

—Te conozco desde que naciste —dijo—; estoy segura de que tenías un buen motivo para hacerlo.

Juan sonrió y la besó en la frente; luego, salió del dormitorio y se dirigió a la escalera camino del salón. Ricardo Alvarado estaba con un desconocido, ambos sentados en sendos sillones. Al llegar Juan, su padre le indicó con un gesto que se acomodara en una butaca.

—El padre del chico al que golpeaste va a demandarte —dijo. Luego, señalando al desconocido, añadió—: Es Raúl Hernández, un excelente abogado criminalista. Por favor, escucha con atención lo que te va a contar.

Hernández carraspeó antes de empezar a hablar:

—Hola, Juan. He tenido acceso al parte de lesiones de Íñigo Álvarez. —Cogió un papel que descansaba sobre la mesa de café y leyó en voz alta—: Dos costillas rotas y tres fisuradas, pérdida de varias piezas dentales, una brecha profunda en la ceja izquierda, múltiples magulladuras y conmoción cerebral. —Dejó el papel sobre la mesa y añadió—: Siete testigos están dispuestos a declarar que el agresor fuiste tú.

—Claro —asintió Juan—. Porque fui yo.

Hernández titubeó un instante, desconcertado por la frialdad del joven.

—Si la demanda prospera —prosiguió—, y tiene todos los visos de prosperar, te enfrentarás a un cargo de lesiones agravadas por la modalidad, que está castigado con entre dos y cinco años de reclusión. Como eres menor de edad, ingresarías en un Centro de Internamiento para Menores; pero al cumplir dieciocho años te trasladarían a una prisión para acabar de cumplir la condena. O, en el mejor de los casos, te someterían a un periodo similar de libertad vigilada. ¿Lo comprendes?

—Sí.

—Bien. Lo que quizá no entiendas es el significado de «lesiones agravadas por la modalidad». Quiere decir que, aparte de la agresión en sí, existen factores que empeoran el delito. En tu caso, al menos dos: en primer lugar, el hecho de que estés federado en boxeo; ese conocimiento de técnicas de lucha te sitúa en un plano de superioridad respecto al agredido. En segundo lugar, la falta de motivación. Nadie sabe por qué agrediste a Íñigo Álvarez.

Sobrevino un largo silencio.

—¿Por qué lo hiciste, Juan? —le preguntó Ricardo.

Silencio. El abogado respiró hondo y dijo:

—Tu padre me ha encomendado que te brinde asistencia legal, pero difícilmente podré ayudarte si no me cuentas todo lo relacionado con el incidente. Al menos, dinos la razón que te llevó a golpear a ese joven.

Juan negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó su padre.

—Porque prometí no hacerlo.

—¿A quién? ¿A quién se lo prometiste?

Juan bajó la mirada y no respondió. Ricardo cerró los ojos y contuvo el aliento, intentando reprimir la exasperación.

—Ya sabes a lo que te expones —dijo—: a la cárcel. Esto no es un juego, Juan; por amor de Dios, colabora.

Juan alzó la cabeza, fijó la mirada al frente y no dijo nada.

Durante la siguiente semana, Juan no salió de casa. No hizo nada, salvo leer, oír música, ir al gimnasio y tomar el sol en la piscina. Había aprobado el curso con media de notable, pero teniendo en cuenta lo que le esperaba, no estaba claro su futuro académico. Entretanto, aguardaba tranquilo lo que el destino fuera a depararle. Por las mañanas, temprano, bajaba al gimnasio que había en el sótano y hacía un par de horas de ejercicio. Primero bicicleta estática, para calentar; luego, cuerda, *punching ball*, saco de arena y

pesas. Al atardecer, extendía una esterilla sobre la hierba del jardín y practicaba yoga hasta la puesta del sol.

En el WhatsApp de su móvil se agolpaban decenas de mensajes de sus amigos, pero a todos les contestó con el aviso común de que iba a estar desconectado. Tampoco atendió a sus redes sociales, ni al teléfono, ni al mail. No quería hablar con nadie; estaba cansado de enfrentarse a preguntas que no podía responder.

Su padre estuvo prácticamente ausente durante varios días; solo iba a casa a dormir, y a veces muy tarde. Pero el viernes regresó a última hora de la mañana, se instaló en su despacho e hizo llamar a su hijo.

—He llegado a un acuerdo con los padres de Íñigo Álvarez —le informó—. No te demandarán, pero con condiciones. En primer lugar, solicitarán una orden de alejamiento que te impedirá estar a menos de cien metros de Íñigo. ¿Está claro?

Juan se encogió de hombros.

—No pensaba volver a acercarme a él —murmuró.

Ricardo lo contempló en silencio durante unos segundos.

—Según me ha contado su padre —dijo—, si hemos llegado a este acuerdo ha sido porque Íñigo ha insistido en no llevarte a juicio.

La sombra de una sonrisa se insinuó en los labios del joven.

—No me extraña —dijo por lo bajo.

De nuevo, su padre se quedó mirándolo en silencio. Finalmente, movió la cabeza de un lado a otro, como si le diera por imposible, y prosiguió:

—He acordado también una generosa indemnización para Íñigo. Ya ves, tus ocurrencias salen caras.

—Lo siento.

—Ah, ¿lo sientes? Pero no lo suficiente para decirme por qué golpeaste a ese muchacho, ¿verdad?

—No, no lo suficiente —asintió Juan.

—Como quieras —murmuró Ricardo con cansancio—. Hay una condición más que te atañe especialmente. Deberás ingresar en un internado donde rectifiquen tu comportamiento. El padre de Íñigo ha insistido mucho; o aceptaba o no había trato.

—Vale —dijo Juan, impertérrito.

—También ha insistido en la institución a la que debes ingresar: el Barrenton College. Está en Escocia, en las Highlands. Por lo visto, a un familiar suyo lo internaron ahí y salió más recto que una vara. Ya he solicitado plaza.

—¿Cuándo deberé ir?

—La semana que viene.

Juan reflexionó durante unos segundos y asintió.

—Vale —repitió.

Con la mirada clavada en su hijo, Ricardo se reclinó en su asiento y exhaló una bocanada de aire.

—Pero ¿es que te da igual todo? —murmuró.

—No, no me da igual todo; preferiría no tener que ir a ese internado. Pero he hecho algo que va contra la ley y acepto el castigo.

Ricardo hizo amago de contestar, pero cambió de idea. Le sorprendía la madurez con que su hijo encaraba las consecuencias de sus actos, pero seguía sin comprender el motivo de esos actos.

—Soy tu padre, Juan, y te quiero muchísimo —dijo—. Pero me lo pones muy difícil. ¿Por qué no confías en mí? Antes lo hacías, antes eras cariñoso y…

—Pero es que antes mamá estaba viva —le interrumpió Juan.

Ricardo se echó hacia atrás, como si hubiera recibido un impacto.

—Me sigues culpando por su muerte… —murmuró.

—Tú conducías —replicó su hijo—; y habías bebido.

Hubo un silencio.

—Fue un accidente, Juan. ¿Crees que no me dolió, que no se me partió el alma?

El joven se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, ahora ya tienes compañía para consolarte.

Un silencio.

—Entonces ¿es por Yolanda? —preguntó Ricardo—. No le has dado la menor oportunidad, Juan. Yo quería a tu madre, pero murió, y ahora quiero a Yolanda. ¿Ese es mi gran pecado? ¿Qué debería hacer: dedicar lo que me queda de vida al recuerdo de una persona que nunca volverá?

—Pues quizá.

Ricardo dejó caer los hombros y respiró hondo.

—No es el momento de discutir sobre eso —dijo con cansancio—. Ahora todo se centra en ti. No eres la clase de persona que va por ahí dándoles palizas a desconocidos, así que alguna razón tendrías para hacerlo. A veces me pregunto si no habrá sido para castigarme a mí…

—No —replicó tajante su hijo.

—¿No?

—Para nada. No pensaba en ti cuando le pegué a ese hijo de puta.

—Pero ¿por qué hijo de puta? No lo conocías; ¿qué te había hecho?

Juan perdió la mirada y respondió:

—Nada.

Tras dejar escapar un suspiro de resignación, Ricardo se encogió de hombros y dijo:

—Como quieras. Si antes de irte decides explicármelo, te lo agradeceré mucho. —Titubeó, como si fuera a decir algo más, pero finalmente concluyó—: Por mi parte, eso es todo.

En silencio, Juan se incorporó y abandonó el despacho.

Tras la conversación con su padre, Juan se dirigió al dormitorio, conectó el ordenador portátil y buscó información sobre el Barrenton College. Lo primero que descubrió fue que «Barrenton» no era un apellido, sino el nombre del lugar donde estaba edificado el colegio: Barrenton's Moor, el Páramo de Barrenton. El pueblo más cercano, Fort William, se encontraba a treinta y un kilómetros de distancia.

Juan apartó la mirada de la pantalla. ¿Qué clase de internado era ese, construido en el fin del mundo sobre un páramo deshabitado? Entró en la página web del colegio y la leyó con atención. El edificio original había sido construido en 1611 por Archibald Campbell, 7.º conde de Argyll, aunque por entonces solo era un castillo más del clan Campbell. Al finalizar el siglo, la fortaleza fue abandonada, hasta que en 1768 se reformó para convertirse en un hospital de

caridad destinado a los desfavorecidos de las Highlands. En 1843, el edificio volvió a caer en el abandono; pero treinta y un años más tarde fue adquirido y reformado de nuevo por la Educational Society for the Forging and Maintenance of the British Spirit, una sociedad cuyo objetivo era poner en práctica las teorías pedagógicas de su fundador, sir John Francis Cameron.

Cuando acabó de leer la página, Juan pensó que su tocayo, el tal John F. Cameron, tampoco se había roto la cabeza con sus teorías educativas, pues todo se basaba en mucha disciplina, mucho estudio y mucho ejercicio físico. El lema del Barrenton era *Gravitas mores fingit*, «La severidad forja el carácter». Nada demasiado original, decidió Juan. En la página web había una foto del centro: era un enorme edificio neogótico de tres plantas, con una elevada torre cuadrangular rematada en la cúspide por un reloj. Tenía el aire severo y adusto de los típicos *colleges* victorianos.

Salió de la web del centro y buscó más información. Averiguó que durante unos cincuenta años, el Barrenton se limitó a ser uno más entre los internados británicos de clase alta, como Eton o el Winchester College. Pero a partir de comienzos del siglo XX, sus rigurosos métodos de enseñanza lo hicieron especialmente adecuado para enderezar la conducta de los jóvenes rebeldes pertenecientes a familias adineradas; y así acabó convirtiéndose en lo que era ahora: un correccional de lujo. Juan descubrió también que junto al internado, separados por una valla de piedra, se alzaba el edificio de la Holloway Abbey School, la versión femenina del Barrenton.

Juan apagó el ordenador y se tumbó en la cama, pensativo. Ese internado, el Barrenton, no parecía un lugar agradable; pero solo iba a estar allí un año y, por otra parte, no le importaban ni el rigor académico ni la disciplina física. Podría soportarlo; incluso era posible que le viniera bien apartarse de todo y de todos durante una temporada. Además, la satisfacción que le había supuesto darle una paliza a Íñigo Álvarez de Arteaga compensaba con creces cualquier adversidad que pudiera sucederle en el Barrenton.

Eso era lo que él pensaba entonces. Aunque se equivocaba.

El día antes de viajar a Escocia, por la tarde, cuando Juan estaba en la piscina, tumbado sobre una toalla extendida en la hierba, Yolanda Fitz-Castro, su madrastra, se aproximó a él y se sentó a su lado en una hamaca. Era una mujer de aspecto sereno y amable, más atractiva que guapa. Tenía treinta y nueve años, el pelo castaño, rostro ovalado y figura aún juvenil.

—Hola, Juan —dijo.

Juan se quitó los auriculares con los que estaba escuchando música y respondió en tono distante:

—Hola.

—Hace tiempo que no nos veíamos.

Era cierto. Desde que su padre volvió a casarse, hacía ya casi un año, Juan había adquirido la costumbre de comer y cenar en la cocina, con el servicio. La casa era grande, así que resultaba fácil que sus habitantes no coincidieran. Tras una pausa, esperando una respuesta que no llegó, Yolanda dijo:

—Te vas mañana; lo siento. No te voy a preguntar por el incidente, porque sé que no me vas a contestar, y tampoco quiero presionarte. Pero vas a estar mucho tiempo ausente y no me gustaría que nos despidiéramos… mal. —Aspiró una bocanada de aire antes de proseguir—: Ya sé que no soy tu madre, Juan. Jamás se me ha pasado por la cabeza intentar sustituirla. Pero quiero a tu padre, y quiero quererte a ti… ¿No podríamos intentar ser amigos?

Juan se incorporó, quedándose sentado sobre la toalla, y se quitó las gafas de sol.

—Seguro que eres una mujer estupenda —dijo—, y seguro que quieres a mi padre. Esto no es por ti.

—Es por Ricardo…

—Sí.

—Le culpas por la muerte de tu madre. Y no deberías hacerlo.

—Ah, ¿no? Él conducía y había bebido.

—Fue un accidente.

Juan negó con la cabeza.

—Un accidente es cuando un conductor drogado se estrella contigo, o cuando hay un fallo mecánico. Pero él se salió de la carretera en mitad de una recta y se estrelló contra un árbol. Porque estaba borracho; tenía en sangre más del doble del alcohol permitido. Lo leí en los periódicos.

Yolanda entreabrió la boca para responder, pero se mordió el labio inferior y, tras una pausa, dijo:

—A veces, las cosas no son lo que parecen, Juan. La realidad suele ser más compleja de lo que creemos. —Suspiró y añadió en tono resignado—: Tu padre te quiere mucho.

Juan desvió la mirada y no respondió. Tras un largo silencio, Yolanda se puso en pie y dijo:

—Mañana te acompañaremos al aeropuerto.

—Vale —se limitó a decir Juan.

La mujer titubeó durante unos segundos y luego echó a andar hacia el interior de la casa.

A las siete y media de la mañana no había mucha gente en el aeropuerto. Ricardo, Yolanda y Juan se detuvieron frente a las puertas de control de equipajes.

—Lamento que esto haya acabado así —dijo Ricardo al cabo de un silencio—. Pero quizá sea lo mejor. Intenta aprovechar el tiempo que vas a pasar en ese colegio.

—Cuídate mucho, Juan —le deseó Yolanda.

El joven asintió con un distante cabeceo y echó a andar hacia una de las puertas de control. Hora y media más tarde, el vuelo 451 de British Airways con destino a Edimburgo despegó del aeropuerto de Barajas y puso rumbo al noroeste de Europa.

Juan se reclinó en su asiento y cerró los ojos; estaba tranquilo, pero cuando logró dormirse sus sueños fueron agitados.

PRIMERA PARTE

Faltas y castigos

1

Bienvenido al Barrenton College

Tres horas más tarde, a las 11.00 según el horario de Escocia, el avión aterrizó en el aeropuerto de Edimburgo. Tras pasar el control de pasaportes y recoger su maleta, Juan se dirigió al vestíbulo de salida. Allí le esperaba un chófer uniformado con un cartel en las manos en el que se leía «Juan Alvarado». El hombre insistió en llevarle el equipaje, pero Juan le dejó claro que podía transportarlo él mismo.

Abandonaron el edificio del aeropuerto y se dirigieron al aparcamiento. Allí les esperaba un automóvil Bentley S2 de 1960, un precioso sedán de color gris azulado con la capota negra. Cargaron el equipaje en el maletero y Juan intentó sentarse en el asiento contiguo al conductor, pero el chófer le indicó, amable aunque tajantemente, que era contrario a las normas, así que Juan se acomodó en el asiento trasero.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó cuando el coche se puso en marcha.

—El colegio está a unas ciento cincuenta millas de aquí —respondió el chófer—. Tardaremos algo más de tres horas.

Juan se reclinó en su asiento. Era de cuero, suave como una caricia. El interior del automóvil resultaba de lo más lujoso, aunque el vehículo era una antigualla con casi setenta años de antigüedad. Eso, unido al anticuado uniforme del chófer, le hizo preguntarse a Juan en qué siglo se vivía en el Barrenton.

El cielo estaba nublado, aunque no llovía. Al principio del trayecto circularon por terreno llano en el que se alternaban campos de

cultivo con pequeñas arboledas. Al cabo de dos horas, el terreno se volvió más montañoso y abrupto, salpicado de ríos, torrentes y lagos. Una hora más tarde, el Bentley abandonó la carretera y tomó un estrecho camino apenas asfaltado que se internaba en un bosque de pinos caledonios. Poco después se adentraron en un banco de niebla tan espesa que casi no se distinguía la calzada. El chófer debía de conocer de memoria la ruta, pues apenas redujo la velocidad.

Quince minutos después, dejaron atrás el bosque y entraron en una zona prácticamente vacía de vegetación, salvo por la hierba que cubría el terreno y unos pequeños arbustos oscuros y achaparrados. Y allí, surgiendo de entre la niebla, se alzaban el Barrenton College y la Holloway Abbey School, ambos rodeados por elevados muros de piedra.

El chófer detuvo el Bentley frente a la entrada del colegio e hizo sonar dos veces la bocina; al poco, la doble verja de hierro forjado se abrió automáticamente. El vehículo arrancó, adentrándose en el recinto del internado, y, tras circular unos doscientos metros por un sendero de grava, se detuvo frente a una entrada lateral del edificio.

Juan bajó del coche y miró a su alrededor. Estaba en una zona ajardinada, pero la niebla impedía ver más allá. A lo lejos se escuchaba el griterío de una competición deportiva; probablemente un partido de rugby. Olía a leña quemada. Una ráfaga de aire frío le azotó el rostro, recordándole que el verano escocés era muy distinto al español. Una puerta se abrió y apareció un hombre cubierto con una cazadora negra en cuya parte trasera podía leerse: SECURITY.

—Bienvenido a Barrenton College, señor Alvarado —le saludó—. Sígame, por favor.

El chófer había sacado el equipaje del maletero. Juan cogió su mochila y la maleta y, cargando con ellas, siguió al agente de seguridad al interior del edificio. Recorrieron un pasillo jalonado por puertas y entraron en una oficina donde aguardaba un hombre de mediana edad. Era alto y fornido, con ojos pequeños, mandíbula

granítica y pelo rojizo cortado al estilo militar. Vestía traje negro, camisa blanca y corbata roja.

—Buenas tardes, señor Alvarado —dijo con una voz que parecía surgir del interior de una caverna—. Soy el señor Wallace. Si se fija en la plaquita que llevo enganchada en la solapa verá que pone «Head Porter». ¿Está familiarizado con ese término inglés? —Juan negó con la cabeza y el hombre prosiguió—: Significa que soy el jefe de seguridad del centro, pero también que me ocupo de la recepción de nuevos alumnos y del control de acceso. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

Wallace le miró con reprobación.

—Cuando se dirija a un adulto, lo hará siempre añadiendo «señor». ¿Está claro?

—Sí…, señor.

—Perfecto. Ahora, apague el móvil y entréguemelo.

Juan sacó el teléfono de un bolsillo y se lo dio.

—Ya está apagado, señor.

Wallace depositó el móvil en una caja de cartón que tenía al lado, sobre una especie de mostrador de madera.

—Se lo vamos a requisar, señor Alvarado. No queremos que pierda el tiempo jugando o navegando por las redes sociales. Ahora, tenga la amabilidad de subir ahí su equipaje y abrirlo.

Juan obedeció. Entretanto, Wallace sacó del bolsillo unos guantes de terciopelo negro y se los puso.

—Voy a revisar sus pertenencias. ¿Lleva usted algún tipo de droga, aunque sea con receta médica?

—No, señor.

Wallace asintió y comenzó a registrar el contenido de la maleta y la mochila. Cuando encontró el ordenador portátil, lo guardó en la caja, junto al teléfono.

—No necesita esto —le explicó—. Nosotros le proporcionaremos el material informático que precise para sus estudios.

Lo último que requisó fueron los cuatro libros que Juan llevaba en la mochila.

—No hablo español —dijo—. Parecen novelas; ¿lo son?

—Sí, señor.

El hombre las depositó junto al ordenador y el móvil.

—Aquí no tendrá tiempo para fantasías. —Cerró la caja y prosiguió —: Cuando salga del colegio se lo devolveremos todo. —Se quitó los guantes—. Ahora quiero que tenga muy presente algo, señor Alvarado: si todo va bien, con suerte, esta será la primera y última vez que charlemos usted y yo. Porque si tenemos que volver a hablar será porque ha hecho usted algo inadecuado; y le garantizo que en ese caso no seré tan amable como lo estoy siendo ahora. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, señor.

—Bien. Dentro de un momento vendrá a buscarle un alumno que le enseñará dónde va a vivir. ¿Ha comido?

—Aún no, señor.

—Ordenaré que le manden un tentempié. Ahora cierre su equipaje.

Al poco, apareció uno de los alumnos del centro, un chico de unos diecisiete años con el pelo rojo y muchas pecas en el rostro.

—Hola, soy Victor Young, aunque todos me llaman Ginger —se presentó, estrechándole la mano a Juan—. Soy tu *buddy*.

—¿Mi qué?

—Te lo cuento por el camino. ¿Necesitas ayuda con el equipaje?

—No, gracias.

Salieron del edificio y cruzaron el jardín en dirección a la zona trasera. Mientras caminaban, Young le explicaba:

—En el colegio siguen el Buddy Program. Cuando entra uno nuevo, se le asigna un alumno veterano para ayudarle a integrarse. En tu caso, ese soy yo. Ya sabes que en inglés *buddy* significa «compañero», pero también «mentor». Si tienes alguna duda, algún problema, háblalo conmigo.

—Lo haré, gracias.

Caminaban en paralelo a la valla de piedra que protegía al recinto. La niebla impedía distinguir bien el entorno, pero enseguida vieron una construcción moderna de tres alturas.

—Esas son las viviendas de los alumnos —señaló Young—. En cada una hay setenta. ¿Has visto las pelis de Harry Potter? Pues entonces recordarás que su colegio, Hogwarts, está dividido en casas. Aquí lo mismo: cada setenta alumnos, una casa.

—¿Y cuántas hay?

—Veinte.

—¿Tienen nombres?

Young asintió.

—Nombres de estrellas: Sirius, Canopus, Arcturus, Vega, Capella, Rigel, Altair, Antares, Procyon… Tú vivirás en la mía, la Casa Betelgeuse. Ahora no se ven por la niebla, pero entre las casas de alumnos están las residencias de los profesores.

Dejaron atrás los tres primeros bloques de viviendas y entraron en el cuarto. Una escalera conducía a las plantas superiores; se detuvieron en la primera, un largo pasillo con puertas marcadas con las primeras letras del alfabeto. Young abrió la puerta A y dijo:

—Este es tu dormitorio.

Era una habitación pequeña, someramente amueblada con una cama, un armario, una silla, un diminuto escritorio y un lavabo, sin el menor adorno. Sobre la cama, cuidadosamente dobladas, descansaban varias prendas de ropa.

—¿Qué es eso? —preguntó Juan, señalándolas.

—El uniforme del colegio y las mudas —respondió Young—. Un bléiser, dos camisas, dos pantalones y una corbata. Y al lado, el traje de gala.

Juan lo contempló con las cejas alzadas.

—¿Voy a tener que ponerme falda? —preguntó.

—Se llama *kilt*. Solo es obligatorio unas pocas veces al año, en los actos más solemnes. —Se aproximó a la ventana y la señaló con el pulgar—. Estás de suerte —dijo—; te han tocado de las mejores vistas del colegio. —Al advertir la mirada de escepticismo de Juan, añadió—: Hoy no, claro; con tanta niebla no te ves ni la punta de la nariz. Pero en los días despejados puedes ver todo el páramo; unos restos megalíticos llamados Clachan an Fhamhair, las Piedras del Gigante, e incluso a lo lejos las aguas de Loch Treig. Ahora voy a

dejarte solo para que te instales. Ah, y pruébate los uniformes, por si hay que cambiar algo. En media hora nos vemos abajo.

Tras deshacer el equipaje y probarse la ropa que le habían asignado, Juan se dirigió a la planta baja, donde Young le esperaba sentado a una mesa sobre la que descansaban un plato con un sándwich de jamón y queso y al lado un botellín de agua mineral.

—¿Te has probado el uniforme? —preguntó Young.

—Sí, todo bien —respondió Juan sentándose a la mesa. Señaló el sándwich—. ¿Eso es para mí?

Young asintió.

—Lo acaban de traer —dijo—. Mientras comes te cuento cómo son las cosas por aquí. —Hizo una pausa y prosiguió—: Los cursos de verano comenzarán dentro de dos días, el 15 de junio. Habrá una ceremonia de inauguración y tendrás que ponerte el *kilt*, lo siento.

—Podré soportarlo. ¿Cuántos alumnos hay en verano?

—Más o menos la cuarta parte. Unos trescientos y pico. Pero antes tendrás que ver al doctor Patel.

Juan le dio un bocado al sándwich y preguntó:

—¿Quién es ese?

—El matasanos del colegio. Todos los nuevos tienen que pasar por sus manos. Te revisará de arriba abajo, no vaya a ser que traigas agentes patógenos.

—Espero que no. Oye, ¿este colegio es tan estricto como dicen?

—El ejército a su lado parece un jardín de infancia. Pero si les sigues la corriente y procuras no llamar la atención, es tolerable. Lo importante es evitar que te castiguen.

Juan le dio otro pensativo mordisco al sándwich.

—¿Qué clase de castigos hay? —preguntó.

—Hasta hace unos años, azotes en el trasero. Pero el gobierno prohibió los castigos físicos, así que ahora te obligan a hacer ejercicio hasta que te caigas de cansancio.

—¿Eso es lo peor que pueden hacerte?

Young desvió la mirada y reflexionó durante unos segundos. Finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Probablemente no. Según dicen, lo peor es la Reflection Chamber.

—¿Qué es eso?

—Una especie de cuarto aislado donde te encierran en soledad para que reflexiones sobre tu comportamiento. Pero ahí solo van los que se portan realmente mal.

—No parece tan terrible…

Young hizo un gesto vago.

—No, no lo parece —dijo—. Pero se cuentan historias…

—¿Qué historias?

Hubo un silencio.

—Habladurías, no importa —respondió Young—. Venga, acábate el sándwich y te enseñaré el colegio.

El edificio principal del Barrenton College, que albergaba las aulas y los despachos de los profesores, estaba situado al sur del recinto. A la derecha se alzaba la enfermería y a la izquierda el comedor. En el ala oeste y el centro se encontraban las casas de los alumnos y las viviendas de los profesores; en el extremo norte la residencia de los empleados y a la izquierda las caballerizas. Todo el ala este correspondía a las instalaciones deportivas.

Tras recorrer la zona norte, se detuvieron frente a una de las pistas de rugby, donde se celebraba un partido con escaso público. Allí la niebla era menos densa, pero aun así la visión seguía siendo muy limitada.

—Hay poca gente —comentó Juan.

—Solo los pobres desgraciados que, como yo, no salimos nunca del colegio —respondió Young—. Y algunos nuevos.

De repente, una voz gritó: «¡Ginger!» y un joven surgió de entre los espectadores, aproximándose a ellos. Tenía diecisiete años; era alto, rubio, desgarbado y con una perpetua sonrisa irónica en los ojos y en los labios.

—¿Quién es? —preguntó Juan.

—Archy Bennett, otro de los nuevos —respondió Young en voz baja—. Va a vivir en nuestra casa. Creo que está loco.

Bennett llegó a su altura y palmeó la espalda del pelirrojo.

—Me alegro de verte, Ginger —dijo, hablando muy deprisa—. Me estaba muriendo de aburrimiento con el partido; hay tanta niebla que ni se ve el balón. ¿Quién va ganando? Enigma. El árbitro va a tener que sacrificar una paloma para examinar sus vísceras y decidir el ganador, como hacían los antiguos romanos. No es que los romanos jugaran al rugby, entendedme. Me refiero al *extispicium*, el arte adivinatorio que practicaban los arúspices romanos leyendo el futuro en las entrañas de las aves. Pero eso, claro, ya lo sabíais. —Se volvió hacia Juan y le estrechó vigorosamente la mano—. Tú debes de ser el *spaniard* —le dijo—. Ginger me comentó que vendrías hoy. ¿Cómo te llamas?

—Juan.

—¡Juan! Como don Juan Tenorio, ¿eh? ¡Muy español! Yo me llamo Archy, que es el diminutivo de Archibald. —Le guiñó un ojo—. Menudo nombrecito, ¿verdad? Dices «Archibald» y te imaginas que va a aparecer un conde o un marqués, no un tipejo como yo. Pero claro, resulta que mi padre es, nada más y nada menos, que sir Alexander Bennett, decimosexto conde de Kingsmere. No os hacéis una idea de lo avergonzado que está de mí. Él, y quince generaciones de antepasados Bennett. Pero se reconforta pensando que el heredero del título y de las posesiones familiares será William, mi hermano mayor, que evidentemente está más equilibrado que yo. Soy la oveja negra de la familia. Aunque aquí ser eso no es nada original, porque este colegio está lleno de ovejas negras. —Se dio una palmada en la frente—. Pero ¿qué hacemos aquí, de pie, como tontos? Venga, vamos a proseguir esta apasionante charla cómodamente sentados.

Arrastrados por la arrolladora personalidad de Bennett, Juan y Young se dirigieron a una cercana glorieta y los tres se acomodaron en uno de los bancos.

—A Ginger ya le he conocido —dijo Bennett—, así que cuéntame de ti, *spaniard*, pero comenzando por lo importante: ¿por qué estás

aquí?

—¿A qué te refieres? —preguntó Juan.

—Venga, ya sabes: a todos nos envían al Barrenton por alguna razón que nos convierte en indeseables. Por ejemplo, en mi caso dicen que padezco un trastorno de la conducta llamado TND, que son las iniciales de Trastorno Negativista Desafiante. Eso significa que rechazo cualquier forma de autoridad. Pero eso es normal, ¿no? ¿A quién le gusta que le controlen y le manden?

—Supongo que tus padres no lo llevan bien —observó Juan.

—Soy un dolor de muelas para ellos; en cuanto pudieron se libraron de mí. Me han echado de los mejores internados británicos: Eton, Tonbridge y Dulwich. Y ahora me echarán de este.

Young negó con la cabeza.

—En el Barrenton no echan a nadie —dijo—. Los chicos problemáticos son su especialidad.

—Somos, Ginger, somos. Tú estás aquí porque también eres problemático.

—Lo fui —suspiró Young—. Ya no. Tuve una época complicada.

—¿Qué te pasó? —preguntó Juan.

Young hizo una pausa y respiró hondo antes de responder:

—Cuando yo tenía doce años, mi madre nos abandonó y se fugó con una cantante de ópera…

—¡¿Qué?! —exclamó Bennett—. ¿Se largó con una mujer?

—Con una soprano —asintió Young—. Francesa.

—Pero entonces…, no pretendo ofenderte, pero ¿tu madre es lesbiana?

—Bisexual, al parecer. Nunca se lo dijo a nadie.

Hubo un silencio.

—Entonces se te cruzaron los cables —supuso Juan.

Young negó con la cabeza.

—Mis padres se divorciaron —dijo—. Y tres meses después, mi padre volvió a casarse. Con su secretaria, la típica rubia con las tetas grandes, veinte años más joven que él. Entonces sí que se me cruzaron los cables. —Se encogió de hombros—. Mi padre no aguantó mucho y ese mismo año me envió aquí.

—Interesante historia —dijo Bennett tras un silencio—. ¿De dónde eres, Ginger?

—Nací en Cardiff, pero mi familia se estableció en Londres hace tiempo.

Bennett se volvió hacia Juan señalándolo con un dedo.

—No te vas a librar, *spaniard* —le espetó—. Confiesa: ¿qué hiciste para acabar dando con tus huesos en esta sucursal del infierno?

Juan demoró unos segundos la respuesta:

—Le di una paliza a un tipo.

—¿Qué entiendes por «paliza»? —preguntó Bennett con el ceño fruncido—. Porque hay palizas y palizas…

—Lo mandé al hospital con varios huesos rotos y conmoción cerebral.

—Una señora paliza, ya veo.

—¿Qué te había hecho? —preguntó Young.

—Nada.

—Entonces ¿por qué le pegaste?

Sobrevino un largo silencio.

—No puedo decíroslo —respondió al fin Juan.

Otro silencio.

—Bueno —comentó Bennett—: cada cual es libre de tener sus secretos. El caso es que golpeaste a un tipo y tus padres te enviaron aquí.

—Mi padre. Mi madre murió hace años. Pero no fue cosa suya; era o ingresar en el Barrenton o ir a un correccional y luego a la cárcel.

—Pues no sé si has elegido bien —comentó Young.

—Pero, en serio —preguntó Juan—, ¿tan malo es esto?

—Antes de ingresar aquí —intervino Bennett—, investigué un poco. Y descubrí que hace dos años, un alumno del Barrenton se suicidó. Tenía quince años.

—¿Por qué lo hizo?

—Ni idea. Decían que estaba un poco chiflado, que tenía episodios psicóticos y…

—Se llamaba Bernard Moreau —le interrumpió Young—, y no estaba loco.

—¿Le conociste?

—Sí. Era muy gamberro, muy divertido. Organizaba muchos líos, pero estaba tan cuerdo como cualquiera de nosotros.

—Entonces —dijo Juan— ¿por qué se suicidó?

—No lo sé —respondió—. Cambió de repente, justo después de pasar por…

Young enmudeció y desvió la mirada.

—De pasar ¿por dónde? —preguntó Bennett.

El joven pelirrojo sacudió la cabeza y se puso en pie.

—Da igual —dijo—. ¿Quién sabe por qué se mata la gente? Escuchad: soy el House Captain. El jefe de nuestra casa.

—¡Oh, capitán, mi capitán! —declamó Bennett en tono burlón.

—Eso significa —prosiguió Young sin hacerle caso— que soy el responsable de lo que ocurra en la Casa Betelgeuse. Me queda un año para irme del Barrenton, así que, por favor, no os metáis en líos; porque si lo hacéis, me meteréis en líos a mí. La cena es a las 19.30 en el edificio grande que está a la izquierda del principal. No lleguéis tarde.

Dicho esto, se dio la vuelta y echó a andar. Bennett contempló cómo se alejaba; luego le dedicó a Juan una mirada perpleja. Juan se encogió de hombros. El comportamiento de Young había sido extraño: estaba normal, tranquilo, y, de pronto, parecía asustado. ¿A qué o a quién le tenía miedo?

2

Giuseppe Bianchi, Pancho Cruz, Luc Saint-Clair

Al día siguiente, temprano, Juan recibió la notificación de que debía acudir inmediatamente a la enfermería para que el doctor Patel le realizara un chequeo médico. Se presentó a las 08.30, después de desayunar. Era un edificio de ladrillo de una planta, demasiado grande, pensó Juan, para ser una simple enfermería. Le atendió una enfermera llamada Frieda Krause, una mujer de mediana edad, rubia, alta y fornida, que hablaba inglés con mucho acento alemán. Con maternal cuidado le tomó una muestra de sangre, la temperatura y la tensión arterial. Luego, fue en busca del médico.

El doctor Sebastian Patel tenía cincuenta y un años y era delgado, calvo, con una piel olivácea que denunciaba su origen hindú y gafas de montura metálica cabalgando sobre una nariz ganchuda. En contraste con su menuda apariencia, tenía la voz grave y profunda, y en contraste con la circunspecta expresión de su rostro, era amable y de modales suaves.

Le preguntó a Juan sobre sus hábitos de vida, sobre sus antecedentes médicos y sobre los de su familia. Luego le pidió que se desnudara el torso y le auscultó el pecho y la espalda. A continuación, comprobó su capacidad pulmonar y su índice de masa corporal, así como los ojos, los oídos y la garganta. Cuando concluyó el examen, dijo:

—Felicidades, señor Alvarado; está usted en magnífica forma física. ¿Practica algún deporte? ¿Un arte marcial, quizá?

—Boxeo, señor.

—Claro. Lo he deducido porque tiene el tabique nasal roto. ¿Le molesta para respirar?

Juan negó con la cabeza. Patel le dedicó una sonrisa y concluyó:

—A la espera de los resultados del análisis de sangre, está usted sano y fuerte como un roble. Puede retirarse.

Aquella mañana llegaron otros dos nuevos alumnos: el italiano Giuseppe Bianchi y el mexicano Francisco Cruz. Bianchi tenía dieciséis años y era de baja estatura y aspecto frágil. Rubio, con los ojos azules y la piel clara, había cierto amaneramiento en su forma de moverse y hablar.

—Podéis llamarme Beppe —dijo con una tímida sonrisa.

—Encantado de conocerte, Beppe —repuso Bennett, palmeando la espalda del muchacho—. Pero antes de nada, tienes que contarnos cuál ha sido el pecado que te ha hecho acabar con tus huesos en este lugar dejado de la mano de Dios. Luego te confesaremos los nuestros.

Bianchi miró a un lado y a otro, parpadeó varias veces y, finalmente, dijo con una mezcla de timidez y orgullo:

—Hackeé los ordenadores del Ministero della Difesa.

—¿Eres un hacker?

—De los mejores —asintió Bianchi.

—Entonces, entraste en los ordenadores del ministerio, ¿y qué hiciste?

—Una tontería… Puse una bailarina hawaiana en la página de inicio.

—¡Qué bueno! —exclamó Bennett—. ¿Cómo te pillaron?

—No me pillaron. El *stronzo* de mi hermano pequeño le contó a nuestro padre lo que había hecho yo. Y mi padre… —Se encogió de hombros—. En fin, se puso hecho una furia. Me quitó el equipo informático, me castigó a todo lo que se le ocurrió y me matriculó en este colegio. —Hizo una pausa y, sonriendo con timidez, añadió—: Y aquí estoy.

Bennett le pasó un brazo por los hombros y declamó en correcto italiano:

—*Benvenuto, amico Beppe, in questa lussuosa prigione, in questa gabbia dorata costruita su una terra arida*.

—¡Hablas mi idioma! —exclamó Bianchi, sorprendido.

Bennett sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Soy una caja de sorpresas, amigo mío.

Así como Beppe Bianchi era tímido y callado, otro de los nuevos alumnos que llegaron ese día resultó ser todo lo contrario. Se llamaba Francisco Cruz —aunque sus amigos lo llamaban Pancho— y había nacido en México, en Heroica Matamoros, una villa del estado de Tamaulipas. Tenía dieciséis años y era bajo de estatura, pero fornido. Moreno, de ojos pequeños y oscuros, lucía un bigote tan ralo que era fácil confundirlo con una sombra. Tras instalarse en su dormitorio, bajó al salón común y, dirigiéndose a los chicos que estaban allí, les dijo en inglés:

—Me llamo Pancho Cruz y soy el primogénito de Edelmiro Cruz, al que llaman el Puma de Matamoros, jefe del cártel de Matamoros, el más poderoso de la costa este. Así que mucho cuidadito con tocarme las narices, porque si lo hacéis puede que algún día un sicario os corte los huevos y os los meta en la boca. ¿Está claro, pendejos?

Sobrevino un estupefacto silencio.

—Tranquilo —le dijo Bennett con una sonrisa—; aquí nadie tiene intención de tocar ninguna parte de tu anatomía. Tus narices están a salvo.

Cruz se encaró con él y le espetó:

—¿Te burlas de mí, gringo?

—¿Gringo? —Bennett abrió mucho los ojos—. ¡Dios no lo quiera!

—No me andes buscando bronca —masculló Cruz frunciendo el ceño—, que te reviento, cabrón.

Juan, sentado en un sillón, dijo en español:

—El que parece buscar bronca eres tú. Relájate.

Cruz se aproximó a él.

—Hablas mi idioma —dijo—. ¿De dónde eres?

—Español. De Madrid.

—La pinche madre patria, ¿eh? Pues dile a tus weys que me dejen en paz, porque soy peligroso.

Juan negó tranquilamente con la cabeza.

—No eres peligroso. Tienes miedo; por eso has entrado aquí dando voces, para demostrar que eres un macho. Pero no hace falta. Relájate.

Cruz encajó la mandíbula.

—¿Me estás llamando cobarde?

—No. Pero acabas de ingresar en el colegio más duro del mundo, eres de otro país y estás rodeado de gente que no conoces. Es lógico que estés nervioso.

Cruz se quedó mirándolo fijamente durante un largo minuto. De pronto, sonrió y dijo:

—Tienes huevos. ¿Cómo te llamas?

—Juan.

—Okey, Juan. Me late que tú y yo vamos a ser compas.

En efecto, se hicieron amigos. Y Pancho no había mentido en algo: realmente era el hijo de un narcotraficante.

Esa tarde, la niebla se levantó y Juan por fin pudo contemplar el paisaje que se divisaba desde la ventana de su habitación: el Droch Thalamh, un páramo sin árboles en el que solo crecía la hierba y unos pequeños arbustos de un verde tan oscuro que parecía negro. A unos doscientos metros se alzaba una formación rocosa; debían de ser las Piedras del Gigante, el megalito que había mencionado Young. Al fondo, a la derecha, se distinguía el lejano reflejo azul de las aguas de un lago.

A media tarde llegó a la casa un nuevo alumno. Tenía dieciséis años, había nacido en Canadá y se llamaba Luc Saint-Clair. Era alto, de pelo castaño, ojos vivaces y una escasa barba en el mentón.

Después de la cena, de regreso a la casa, Young se lo presentó a los demás. Tras unos minutos de charla, Saint-Clair les advirtió:

—Debo avisaros de algo: os voy a robar. No es que quiera hacerlo, pero no lo puedo evitar; tarde o temprano os robaré. Pero tranquilos, si veis que os falta algo, me lo decís y os lo devolveré.

—¿Eres cleptómano? —le preguntó Bennett.

Saint-Clair hizo un gesto ambiguo.

—Mi psicólogo dice que no —respondió—; según él, se trata más bien de una adicción. Veréis, empecé a robar desde muy pequeño. Primero golosinas, luego libros y CD, juguetes, móviles… Me gusta robar, me gusta muchísimo. Pero, atención, no lo hago porque quiera quedarme con lo que robo, eso me da igual; lo hago por la adrenalina, por el desafío, por la emoción… Lo que pasa es que cuando llevo un tiempo sin robar me entra ansiedad y no me queda más remedio que pillar lo primero que tenga a mano.

—O sea —dijo Bennett con interés—, cuando no robas te entra algo así como el mono.

—Exacto —se encogió de hombros—: soy adicto al robo.

—Y supongo que esa adicción es lo que te ha traído aquí.

Saint-Clair asintió.

—Mis padres y mis hermanos están hartos de que les robe; aunque, bueno, casi siempre les devuelvo lo que les quito. —Suspiró —. Lo que pasó fue que… Veréis, mi padre colecciona deportivos. Junto a nuestra casa hay un garaje enorme con unos cincuenta coches. Pero mi viejo no me deja conducir ninguno, supongo que porque todavía no tengo el carnet. Entonces, decidí cogerle uno de sus deportivos una noche, sin que él se enterase. El problema era que guarda las llaves de los coches en la caja fuerte de su despacho. Así que forcé la caja.

—¿Sabes forzar cajas fuertes? —preguntó Young con incredulidad.

—No sabía; pero no te haces una idea de los tutoriales que puedes encontrar en internet. Te enseñan de todo. Encontré una web especializada en reventar cajas fuertes y aprendí. —Chasqueó la lengua y añadió con un punto de orgullo—: No os vayáis a creer que soy un ladronzuelo de tres al cuarto que solo roba baratijas. Sé

forzar cerraduras, desactivar alarmas o hackear sistemas de seguridad informáticos.

—Un maestro del crimen, ya veo —dijo Bennett—. Pero ¿qué pasó con el deportivo de tu padre?

—Ah, sí. Una noche forcé la caja fuerte; y no fue fácil, porque es una Fichet Inviktus Grado IV, una de las más seguras. Pero logré abrirla y cogí la llave del Ferrari Daytona SP3. ¿Lo conocéis? —Todos negaron con la cabeza y Saint-Clair prosiguió—: Es un deportivo alucinante: mil doscientos caballos de potencia, de cero a cien en dos coma quince segundos, trescientos cincuenta kilómetros por hora de velocidad máxima. Una maravilla. Pues bien, me monté en el coche, salí del garaje y… solo pensaba dar una vueltecita, os lo juro, pero no había recorrido ni cinco kilómetros cuando… —Respiró hondo y concluyó—: Me estrellé contra una farola. Ese coche no es nada fácil de controlar.

Hubo un silencio.

—Supongo —intervino Young— que no le haría mucha gracia a tu padre.

—No le vi reírse, no —respondió Saint-Clair—. Se agarró un cabreo de mono, dijo que estaba harto de mis robos y me matriculó en el Barrenton.

—Pero dime, amigo mío —terció Bennett—, ¿valió la pena conducir ese deportivo, aunque solo fueran unos pocos kilómetros, a cambio de venir aquí?

Young soltó una risita y comentó por lo bajo:

—Ya te digo yo que no.

Al día siguiente llegaron el resto de los alumnos que estaban inscritos en el curso de verano, hasta un total de trescientos sesenta y tres. Veinticuatro horas después, tuvo lugar el acto de inauguración del curso. Esa fue la primera oportunidad de Archy Bennett para demostrar lo loco que estaba.

3

El comienzo de curso y la ropa interior de Archy Bennett

La ceremonia tendría lugar en el School Hall —el salón de actos situado en el edificio principal—, a las nueve de la mañana. Todos los alumnos se pusieron el uniforme de gala del colegio, que básicamente era el traje típico escocés. Constaba de una falda —el *kilt*— a cuadros azules y verdes con franjas negras; tejido que, según les contó Young, tenía los colores del tartán del clan Campbell. Aparte de eso, camisa blanca, chaqueta corta, pajarita, calcetines de lana negra largos hasta las rodillas, y un cinturón del que colgaba una bolsa de cuero llamada *sporran*.

Juan acabó de vestirse y se miró en el espejo. La verdad es que, para ser un hombre con falda, tenía un aspecto de lo más viril. Alguien llamó a la puerta con los nudillos y entró sin esperar respuesta; era Archy Bennett, vestido con el uniforme escocés y con una expresión apesadumbrada en el rostro.

—¿Has visto la pinta de fantoche que tengo? —dijo con el ceño fruncido.

—Estás muy guapo.

—De eso nada —replicó Bennett—. A ti te queda bien, porque estás cachas y pareces un highlander. Pero yo me parezco a mi tía Ethel.

—Pareces lo que eres: un inglés disfrazado de escocés. No te queda mal, tranquilo.

—No, si estoy relajado como un bebé. Pero hay algo que me intriga y voy a preguntárselo a… ¿Cómo se llama el director de este antro?

—Buchanan. Sir Charles Buchanan.

—Eso. Se trata de este uniforme; cuando me lo iba a poner me ha entrado una terrible duda: ¿qué debo usar, bragas o tanga? Como no me decidía, no me he puesto nada y voy con mis cositas al aire. Pero, claro, en un descuido, por ejemplo al cruzar las piernas, puedo provocar un escándalo, incluso desmayos.

Juan se lo quedó mirando con las cejas arqueadas y preguntó:

—¿Le vas a consultar al director sobre qué ropa interior debes ponerte con el *kilt*?

—Sí —respondió Bennett sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cuándo se lo vas a preguntar?

—Pues ahora, durante la ceremonia.

—No —replicó Juan, tajante.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque es una estupidez y lo único que vas a conseguir es que te castiguen.

—Pero es una pregunta pertinente. Nos han dado un uniforme sin especificar la ropa interior que debemos usar…

—Déjate de chorradas, Archy. No vas a preguntar nada. Y vámonos ya, o llegaremos tarde.

Al salir de la casa se encontraron con Cruz, Saint-Clair y Bianchi, los tres uniformados camino del salón de actos. El mexicano extendió los brazos, como mostrándose, y dijo:

—Si mis compas me miraran con esta facha, me corretearían a pedradas por todo Matamoros.

—Pues yo creo que nos queda bien —comentó Bianchi.

—A mí me da igual —dijo Saint-Clair—. Estamos en el Barrenton, ¿no?, en una cárcel de lujo. Pues como si quieren que vayamos con tutú y pamela, qué más dará.

El School Hall del Barrenton College era impresionante; una gran sala rectangular con columnas de doble fuste en las paredes laterales, ventanales en la parte superior y cuadros en la inferior. Al fondo había un escenario sobre el que se alzaba un atril de madera

labrada, y detrás una serie de sillas dispuestas en forma de herradura. En la parte central de la estancia, largas filas de butacas con los asientos forrados de cuero verde quedaban divididas por un pasillo. Parecía más una iglesia que un auditorio.

Conforme iban llegando, los alumnos ocupaban los asientos, comenzando por los de las primeras filas y de ahí hacia atrás. Juan se sentó al lado de Bennett, en el extremo derecho de una de las últimas filas ocupadas. Por unos altavoces sonaba música sacra inglesa.

Cuando todos los estudiantes estuvieron sentados, varios profesores se situaron en los pasillos laterales para vigilar el comportamiento de los asistentes. Al poco, los miembros del staff del colegio, todos vestidos con el *kilt*, aparecieron por ambos lados del escenario y ocuparon las sillas situadas detrás del atril: el subdirector, el administrador general, el secretario académico, el jefe de estudios, el *director of sports*, el doctor Patel, el jefe de seguridad Wallace y el capellán.

Al cabo de un minuto, la música cesó e hizo acto de presencia en el escenario sir Charles Buchanan, el *headmaster*, es decir, el rector, del Barrenton College, un hombre de unos sesenta años con rostro noble y mirada severa. Al igual que el resto de los presentes, vestía el traje típico escocés. Se aproximó al atril, golpeó un par de veces el micrófono con el índice para comprobar que funcionaba y comenzó a hablar. En primer lugar, dio la bienvenida a los alumnos, en especial a los nuevos; a continuación, hizo un resumen de la historia del internado y por último se dirigió a los más conflictivos.

—Algunos de vosotros sois como retoños de árbol que se han torcido —dijo—. Si no se toman medidas, crecerán débiles y acabarán desplomándose por su propio peso. Evitarlo es nuestra tarea. Para ello, nos esforzaremos en enderezar vuestro espíritu y fortalecer vuestro cuerpo, pues el ejercicio físico aclara la mente, fomenta la voluntad, promueve la disciplina y enseña el valor del juego de equipo. El lema del colegio es *Gravitas mores fingit*, «La severidad forja el carácter». Pues bien, así os juzgaremos y trataremos, con todo rigor y severidad. Pero también con justicia; si seguís las normas y os esforzáis, no debéis preocuparos. Pero si no

respetáis las normas y optáis por la anarquía, entonces os aplicaremos toda la severidad de que hacemos gala…

Al cabo de unos minutos, Buchanan dio por inaugurado el curso de verano y solicitó un minuto de silencio para que cada uno elevara una oración a su dios. Bennett se inclinó hacia Juan y le susurró al oído:

—Le voy a preguntar al director qué ropa interior lleva.

—Ni se te ocurra —replicó Juan en voz baja.

—¿Por qué no? Está acostumbrado a llevar falda…

—No hagas el idiota y cállate.

Bennett sonrió y alzó un brazo para llamar la atención de Buchanan.

—Disculpe… —comenzó a decir.

Al instante, Juan le tapó la boca con una mano y le obligó a bajar el brazo con la otra.

—Pero déjame… —protestó Bennett, revolviéndose.

Uno de los vigilantes se acercó a ellos y exigió:

—Silencio, basta de alborotos. ¿Cómo os llamáis?

—Juan Alvarado.

—Archy Bennett. Por cierto, como usted lleva *kilt*, quería preguntarle…

—Ni una palabra más —le interrumpió el profesor en voz baja. Luego, apuntó sus nombres en una libreta y añadió—: Después de las clases, presentaos al señor Murray con vuestro equipamiento deportivo. Ahora no quiero ni oíros respirar.

El hombre regresó a su puesto de vigilancia y Bennett dijo por lo bajo:

—Eres un aguafiestas, *spaniard*.

—Y tú estás como una cabra, inglés —replicó Juan.

Aquel día, el primero del curso, las actividades se limitaron a la presentación de los profesores y de los temarios, y terminaron pronto, a las cinco y media de la tarde. Poco después, Juan y

Bennett, vestidos con pantalón corto y camiseta, se dirigieron al campo de deportes.

Owen Murray era el *director of sports* del colegio, un cargo muy importante, pues en el Barrenton se prestaba especial atención a las actividades deportivas. Además, él y sus ayudantes eran los principales encargados de imponer los castigos.

Murray rondaba los cuarenta años, era alto y de complexión fuerte, con los ojos pequeños y las cejas pobladas; aunque lo que más llamaba la atención de su aspecto era el fiero bigote cuyos extremos se extendían hasta unirse con las patillas.

—Señor Bennett y señor Alvarado —dijo cuando los dos jóvenes llegaron a su altura—, qué pronto los veo por aquí. El primer día de curso y ya están montando jaleo.

—Ha sido una confusión —se defendió Bennett—. Yo solo quería preguntar…

—Siempre es una confusión —le interrumpió Murray—. Con todos los alumnos sucede lo mismo: no han hecho nada, son inocentes como ángeles. Pero lo confieso: me importa un bledo. He recibido una notificación de falta con sus nombres y es mi deber corregir su comportamiento, señores. Como estamos comenzando el curso voy a ser indulgente. ¿Ven esta bonita pista de atletismo que nos rodea? Denle diez vueltas.

Bennett contempló la pista con una ceja alzada y preguntó:

—¿Tendría la amabilidad de decirme cuánto mide esa pista? ¿Eh, señor?

—Cuatrocientos metros, muchacho.

Bennett hizo un rápido cálculo mental y murmuró:

—¿Debemos recorrer cuatro kilómetros?

—Exacto. O, dicho de otro modo, 4.252 yardas escocesas.

—Entiendo… —Bennett se frotó el mentón, pensativo—. Otra pregunta, señor: ¿en qué clase de vehículo pretende que cubramos esa distancia? ¿Bicicleta, moto…?

Murray se palmeó la frente, como si acabara de descubrir algo.

—Así que es usted, ¿eh? —dijo—. Todos los años llega algún gracioso al colegio, y el gracioso de este curso es usted, señor Bennett. Bien, me encantaría seguir escuchando sus jocosas

ocurrencias, pero ambos tenemos tareas que atender. En vez de diez vueltas, que sean veinte. Los dos.

Bennett hizo amago de responder, pero Juan se lo impidió agarrándole del brazo y tirando de él.

—Déjalo, Archy —le dijo en voz baja—. No quiero tirarme toda la tarde corriendo.

A regañadientes, Bennett siguió a su amigo hasta la pista. Una vez allí, y tras realizar unos estiramientos, empezaron a correr. Al completar la primera vuelta, Bennett comentó:

—Esto es culpa tuya, *spaniard*. Si me hubieses dejado preguntarle al rector…

—Si te hubiese dejado —le interrumpió Juan—, ahora estarías metido en un lío bastante más grande que este. Cierra la boca y sigue corriendo.

Al cabo de tres vueltas, Bennett comenzó a jadear. Cada vez iba más despacio, de modo que Juan, que procuraba correr a su lado, dijo:

—Si sigo a tu ritmo me voy a agotar.

—¿Voy… demasiado… rápido? —preguntó Bennett entre jadeo y jadeo.

—Más bien lo contrario, inglés. Si voy tan lento como tú, me canso más. Si no te importa, iré a mi ritmo.

—Adelante…, gallardo *spaniard*… Trota… cual caballo… andaluz…

Juan aceleró el paso y rápidamente se distanció de Bennett. Al final, tardó cuarenta y un minutos en completar las veinte vueltas a la pista y le sacó a su amigo nueve de ventaja. Cuando acabó, Murray se acercó a él para felicitarlo.

—Está usted en muy buena forma física, señor Alvarado. Felicidades.

—Hago deporte —respondió Juan, recuperando el aliento.

—¿Qué deporte?

—Boxeo.

—Mmm, boxeo… De eso no tenemos aquí. Cuando elija su deporte, señor Alvarado, piense en el atletismo. Se le daría bien. Ahora váyase a duchar.

Juan volvió la mirada hacia Bennett, que recorría la pista casi arrastrando los pies.

—Él no está acostumbrado al ejercicio físico, señor.

Murray le dedicó una sonrisa.

—No se preocupe —dijo—. Aquí se acostumbrará.

Cuando, pasadas las 20.30, Bennett regresó a la casa, encontró a Juan, Saint-Clair, Bianchi, Young y Cruz sentados en el salón, esperándolo.

—Un comité de bienvenida —dijo el inglés, desplomándose en un sillón—. Qué bonito detalle.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Juan.

—Como si me hubiera atropellado un camión —respondió Bennett, todavía un poco jadeante—. ¿A quién se le ocurrió que correr dando vueltas como un idiota pueda tener algún interés? —Se volvió hacia Juan—: Tú tienes la culpa, *spaniard*.

—Juan nos ha contado lo que pensabas hacer —intervino Young—. Estás chiflado, Archy.

—¿Por qué? —se defendió Bennett—. Era una pregunta legítima sobre el uniforme del colegio…

—Era un intento de que te expulsaran del Barrenton —le interrumpió Juan—. Y si sigues así lo único que vas a conseguir es amargarte la vida. Porque no te van a expulsar.

—Lo han hecho de sitios mejores que este —repuso Bennett con una sonrisa irónica.

—Juan tiene razón, Archy —dijo Young—. No acabas de entender lo que es el Barrenton. Porque no es un colegio de élite, como Eton o Harrow; aquí viene lo peor de lo peor. Es un correccional para ricos, y en un correccional no te echan por portarte mal, porque precisamente estás ahí por portarte mal.

—Yo puedo ser muy persuasivo.

—No lo suficiente, Archy. Estoy en el Barrenton desde que tenía trece años, y nunca, nunca, nunca he visto que expulsaran a

alguien. Lo que sí he visto es a otros como tú. Y ninguno acabó bien.

Bennett estiró los brazos y se desperezó al tiempo que bostezaba.

—Vale, vale —dijo, incorporándose—; intentaré ser un niño bueno. Pero ahora estoy hecho polvo, así que me voy a dar una ducha y luego a la cama, a soñar con los angelitos. Buenas noches, caballeros.

Bennett desapareció camino de su dormitorio. Los demás permanecieron en silencio unos minutos y luego se incorporaron para ir también a sus cuartos. Beppe Bianchi se aproximó a Juan y le dijo:

—¿Podríamos hablar un momento?

—Claro.

—Me han dicho que practicas boxeo. ¿Es verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Es que…, bueno, se ve que eres muy fuerte. —Bianchi miró a un lado y a otro para asegurarse de que estaban solos y prosiguió—: Lo que quería decirte es que soy bueno en ciencias y que, si quieres, podría ayudarte con las matemáticas.

—No hace falta, gracias. Se me dan bien las matemáticas.

—Entonces con la informática. Soy un hacker, ya sabes. Y también podría hacerte los deberes, o…

—Espera un momento —le interrumpió Juan—. ¿A qué viene tanta generosidad?

Bianchi parpadeó varias veces con nerviosismo.

—En realidad —murmuró—, no es generosidad. Quiero hacer un trato.

—¿Un trato? —repitió Juan con las cejas arqueadas.

—Sí, verás, es que yo soy… En fin, que me gustan… —Bianchi titubeó, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresarse—. O sea, que soy… soy…

—Gay —concluyó Juan.

Bianchi asintió con la cabeza.

—Se me nota, ¿no? —murmuró.

—Un poco.

—¿Y te importa? Que yo sea gay, quiero decir.

—Me da igual, Beppe; no es asunto mío.

—Ya. Pero hay gente que no es tan tolerante como tú, y…, bueno, a algunos les da por meterse conmigo. Me ha pasado en todos los colegios en que he estado: siempre hay unos cuantos descerebrados que deciden hacerme la vida imposible.

—Lo siento. Hay mucho idiota.

—Sí que lo hay… El caso es que había pensado que, como tú eres tan fuerte, quizá podríamos ayudarnos el uno al otro…

Durante unos instantes, Juan se lo quedó mirando inexpresivo; hasta que de pronto comprendió lo que pretendía Bianchi.

—¿Quieres que yo sea tu guardaespaldas? —exclamó.

—Pues… algo así. Y yo te ayudo en lo que quieras.

Juan movió la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, Beppe, pero no. Solo voy a estar un año en este internado y no quiero líos. Lamento que haya imbéciles que te hagan *bullying* por ser homosexual, pero yo no soy el guardaespaldas de nadie.

Bianchi dejó caer los hombros, abatido.

—Pero…

—No insistas. Si tienes problemas con alguien, díselo a los profesores.

—Como si fuera tan fácil. Oye, si quieres, puedo darte dinero…

—Buenas noches, Beppe —repuso Juan con una sonrisa.

Y se dirigió a la escalera que conducía a las plantas superiores.

Por algún motivo, esa noche Juan se despertó poco después de la una de la madrugada, pasando en un instante del sueño a la vigilia. Se dio la vuelta en la cama, cerró los ojos e intentó volver a conciliar el sueño, pero le resultó imposible; estaba demasiado espabilado. Al cabo de unos minutos, se levantó y comenzó a hacer ejercicios —flexiones, planchas, sentadillas— para intentar que el cansancio le condujera al sueño.

Al poco, algo en su ventana le llamó la atención. Se aproximó a ella y miró a través del cristal. Le había parecido ver una luz, pero

ahora… Ahí estaba de nuevo, el lejano resplandor de una linterna. Había alguien en el páramo, más o menos a la altura de los restos megalíticos. ¿Quién y por qué estaría de madrugada en un lugar tan inhóspito? Al poco, otra luz se acercó a la primera. Había al menos dos personas. Juan entrecerró los ojos para intentar ver mejor, pero la noche era muy oscura y apenas se distinguía nada.

Pensativo, regresó a la cama. Pero, intrigado por las extrañas luces en las Piedras del Gigante, tardó mucho en volver a dormirse.

4

Un desagradable incidente en el vestuario

Al día siguiente, Juan conoció al que iba a ser su tutor. Se llamaba Alec Duncan, era profesor de Lengua y Literatura, y también, a sus treinta y un años, el educador más joven del Barrenton. Young le dijo a Juan que había tenido suerte, porque Duncan era el único profesor «enrollado» del colegio.

Se entrevistó con él en su despacho, durante la hora de tutorías. Duncan era alto, con el pelo de color castaño rojizo y una frondosa barba —más rojiza que castaña— poblándole el mentón. Recibió a Juan estrechándole la mano y le invitó a sentarse en la silla situada frente al escritorio. Luego, abrió una carpeta y les echó un vistazo a los papeles que había dentro.

—Según tu expediente —dijo—, eres un buen estudiante. De modo que no estás aquí por tu rendimiento académico, sino… —Volvió a consultar el contenido de la carpeta y murmuró—: ¿Por una pelea?

—No fue una pelea. No recibí ni un golpe; eso no es una pelea, señor.

Durante unos minutos, Duncan leyó los documentos de la carpeta. Luego, la cerró, desvió la mirada y se mesó la barba, pensativo.

—A ver si lo entiendo —dijo—. Fuiste a un bar, buscaste a un tal Álvarez, lo sacaste a la calle a empujones sin mediar palabra y le diste una paliza tan grande que lo mandaste al hospital. No lo conocías y no te había hecho nada. ¿Es así?

—Más o menos, señor.

—Supongo que tenías algún motivo para pegarle.

Juan asintió, pero guardó silencio. Duncan lo miró con el esbozo de una sonrisa en los ojos.

—Pero no me los vas a decir, ¿verdad?

—No puedo, señor; lo siento.

—¿Por qué?

—Porque… —Juan inhaló una bocanada de aire, la retuvo en los pulmones y la exhaló de golpe—: Porque no puedo —concluyó.

Duncan asintió, pensativo.

—Le diste una paliza a un desconocido —murmuró—, y no puedes contar por qué lo hiciste. Es raro, pero vale, no insistiré. —Carraspeó —. Como tutor tuyo, Juan, me voy a ocupar de supervisar tu rendimiento académico, y también tu bienestar personal. Nos veremos cada semana, los lunes, a la hora de tutorías; pero si tienes algún problema urgente puedes recurrir a mí en cualquier momento. Y me refiero a problemas de cualquier clase, tanto académicos como personales. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor, gracias.

Duncan cerró la carpeta y sonrió.

—Ahora vamos a hablar de algo extraacadémico. Según tu expediente, practicas boxeo. ¿Es así?

—Desde hace tres años, señor —asintió Juan.

—Yo estudié en la Bedales School, de Hampshire. No es un internado tan prestigioso como el Barrenton o Eton, pero prestaban especial atención a las actividades humanistas, y la enseñanza era de calidad. El caso es que allí, entre las actividades deportivas extraoficiales, se encontraba el pugilismo. Y yo lo practiqué durante unos años.

—Aquí no aparece en la oferta de deportes.

—Ya. Pero me han dicho que hay por ahí almacenados un viejo *punching ball* y un no menos viejo saco de arena. Podría pedirle al señor MacDonald, el administrador general, que adquiriese unos guantes y unos protectores, y así podríamos practicar boxeo juntos. Si te parece bien, claro.

—Me parece genial, señor Duncan.

—Venga, déjate de tanto «señor». Y llámame Alec. —Sonrió abiertamente—. Recuerda algo: yo soy lo más parecido a un familiar

tuyo que vas a encontrar en este colegio. Y ahora, si no tienes nada más que tratar, puedes retirarte.

Se estrecharon de nuevo las manos y Juan salió del despacho; pero antes de dirigirse a su clase, permaneció unos instantes en el pasillo, inmóvil y pensativo. Young tenía razón: Duncan, al contrario del resto de los profesores, parecía un ser humano.

En el Barrenton, los días se regían por un estricto horario. Los alumnos se despertaban a las 06.30, se ponían a toda prisa la equipación deportiva y echaban a correr hacia la pista de deportes (los tres últimos en llegar debían hacer cincuenta flexiones). Una vez allí, practicaban diversos ejercicios gimnásticos durante media hora, bajo la supervisión de Owen Murray y sus ayudantes. Eso era así hiciera sol o lloviese a cántaros. Entre las 07.15 y las 08.00, aseo personal y desayuno. De 08.00 a 08.30, tutorías, asamblea escolar o servicio religioso. A las 08.30 comenzaban las clases, hasta las 13.30, cuando se servía la comida. Desde las 14.30 hasta las 15.30, clases o estudio. Y luego, deportes obligatorios o actividades extracurriculares. A las 19.00 cena y a las 22.00 *lights out* y a dormir.

A Juan no le costó mucho adaptarse; estaba acostumbrado a estudiar y se encontraba en mejor forma física que los demás, así que soportaba mejor los rigores de aquel apretado programa de actividades que no daba respiro y les hacía llegar exhaustos a la cena. Sus compañeros, sobre todo los nuevos alumnos, lo llevaban peor. En particular Bennett, cuyo peculiar sentido del humor le empujaba a hacer comentarios inadecuados en los momentos más inoportunos. En cierta ocasión, por ejemplo, el señor Smith, profesor de Filosofía, leyó en clase un texto de Aristóteles sobre la metafísica del alma y les pidió a sus alumnos que lo comentaran. Bennett alzó la mano y preguntó:

—¿Se sabe qué clase de marihuana había fumado Aristóteles antes de escribir eso?

Le castigaron a tres horas de ejercicio físico agotador. Y así casi todos los días.

Una noche, Juan volvió a ver luces en el páramo, junto a las Piedras del Gigante. Se había despertado porque necesitaba ir al servicio y cuando regresó a la cama vio en la distancia el resplandor de dos linternas. Consultó el reloj: eran las doce y cuarto. Abrió la ventana y una ráfaga de aire helado le azotó el rostro. Las noches en las Highlands eran muy frías, incluso en verano. Se acodó en el alféizar y fijó la mirada en las lejanas luces. La luna, casi llena, iluminaba el paisaje con un tenue resplandor lechoso.

De pronto, percibió de soslayo una lucecita roja, muy cerca, abajo a la derecha, al pie de la valla que rodeaba al colegio. Allí se alzaban las ruinas de un viejo torreón. Young le había contado que eran los últimos restos de la primitiva fortificación del clan Campbell. Clavó la mirada en esa dirección; al cabo de unos segundos, la luz roja volvió a brillar para desvanecerse enseguida. Una voluta de humo se elevó por encima de ella. No era una luz, sino la brasa de un cigarrillo. Había alguien fumando oculto en la oscuridad.

Juan se inclinó hacia delante para ver mejor. Entonces, el fumador avanzó unos pasos y la claridad de la luna desveló su rostro.

Era una joven, una chica rubia con el pelo recogido en una coleta. Juan parpadeó, sorprendido. Era imposible: no había mujeres en el Barrenton.

Tal y como había aparecido, la desconocida se zambulló de nuevo en la oscuridad. Juan esperó unos minutos para ver si volvía; finalmente, cerró la ventana y regresó a la cama, intrigado. ¿De dónde había salido esa chica?

Al día siguiente, cuando se despertó, no estaba seguro de si aquella visión había sido real o un sueño.

Los domingos, los alumnos se despertaban más tarde, a las 08.30. Dos horas después, asistían al servicio religioso y, a continuación, participaban en diversos encuentros deportivos. Ese domingo, se

celebró un partido de fútbol en el que se enfrentaban una selección de los antiguos alumnos contra otra de los recién llegados.

Juan no era demasiado bueno jugando al fútbol, pero su fuerza física y la rapidez de sus reflejos le convertían en un sólido defensa. A Pancho Cruz le encantaba el fútbol y jugaba razonablemente bien, igual que Saint-Clair. Bennett no participaba, pues estaba castigado a correr alrededor de la pista.

La gran sorpresa del encuentro fue Beppe Bianchi. Era ligero y rápido, muy habilidoso con el balón, un delantero nato. Marcó tres goles; entre ellos el que, a falta de un minuto para el final, cuando estaban empatados tres a tres, fue el tanto de la victoria. Al terminar el encuentro, sus compañeros lo sacaron a hombros del campo.

El incidente se produjo después, cuando los jugadores de ambos equipos se dirigieron a los vestuarios para ducharse y cambiarse de ropa. Juan estaba junto a Ginger Young acabando de vestirse y, de repente, escucharon unas voces. Giraron las cabezas para ver qué pasaba y vieron a tres alumnos de los últimos cursos rodeando a un asustado Beppe Bianchi. El más alto de los tres le decía:

—Me mirabas el culo mientras me duchaba, cabrón.

—No, te lo juro —se defendía el italiano, retrocediendo—. No miraba a nadie…

—Sí que lo hacías, maldito chupapollas. Seguro que pensabas hacerte una paja en mi honor.

—Dejadme en paz, por favor…

Juan se inclinó hacia Young y le preguntó en voz baja:

—¿Quiénes son esos?

—El alto es Peter Whitmore —respondió el pelirrojo—, y los otros dos sus secuaces Bob y Charlie. Llevan años en el Barrenton. Son los típicos matones.

Entre tanto, Whitmore seguía insultando a Bianchi:

—Eres un puto *fag*, cabrón —le decía—. Me das asco.

Con el ceño fruncido, Juan se mordió el labio inferior.

Bianchi, cada vez más asustado, intentó sortear a Whitmore, pero este se lo impidió propinándole un empujón tan fuerte que lo derribó al suelo. Los tres matones se echaron a reír.

Juan exhaló una bocanada de aire y se acercó a ellos.

—Dejadlo en paz —dijo; y añadió, un poco más conciliador—: Por favor.

Whitmore le miró como quien examina a un insecto.

—¿Tú quién eres? —preguntó con desdén—. ¿El novio de ese marica?

—No, su amigo. Por eso os pido que lo dejéis en paz.

—Y si no nos sale de los cojones, ¿qué?

Juan se encogió de hombros.

—Pues entonces no me quedaría más remedio que intervenir.

Whitmore se encaró con él; era casi quince centímetros más alto, así que tenía que agachar la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Y qué coño vas a hacer, enano? —gruñó.

En vez de responder, Juan sonrió. Durante unos segundos, ambos permanecieron inmóviles, mirándose en silencio. De pronto, Whitmore lanzó un puñetazo contra el mentón de Juan. Este lo esquivó con insultante facilidad y respondió descargando un seco puñetazo contra la boca del estómago de su adversario. Al instante, Whitmore desorbitó los ojos y cayó de rodillas al suelo, boqueando, incapaz de respirar. Bob y Charlie, sus amigos, contemplaron desconcertados el inesperado y veloz desenlace de la pelea. Charlie encajó la mandíbula e hizo amago de ir a por Juan, pero este le frenó en seco alzando el índice de la mano derecha y advirtiendo:

—Ni se te ocurra; no quiero haceros daño. Escuchad: para ganar una pelea no basta con ser grande y fuerte, ni siquiera con ser más. Hay que saber pegar y saber encajar. Yo sé, vosotros no. Y este gigantón tampoco, por eso está ahí, fuera de combate. Le he pegado en el plexo solar, que es la zona que está entre el esternón y el estómago. Ahí no hay músculos que puedan amortiguar el golpe, así que le he provocado un espasmo diafragmático, lo que le ha impedido respirar durante más o menos un minuto. En esa zona hay una densa red de nervios, así que también le he causado un intenso dolor. Pero nada grave, no os preocupéis.

Se agachó y ayudó a Whitmore a levantarse.

—Tranquilo, grandullón —le dijo—; en unos minutos se te habrá pasado. —Se volvió hacia Bob y Charlie y les ordenó—: Lleváoslo.

Pero antes prestadme atención: no volváis a meteros con mis amigos. ¿Entendido?

Los dos jóvenes asintieron.

—Pero tened en cuenta algo: no sabéis quiénes son mis amigos y cuáles no. Hala, largo de aquí.

Whitmore se apoyó en sus dos secuaces y los tres se dirigieron a la salida. Un estruendo de vítores y aplausos estalló en el vestuario. Bianchi se acercó a Juan y le dijo:

—Gracias…

—No lo he hecho por ti, Beppe —replicó Juan con cansancio—. Es que no soporto a los abusones.

El lunes por la tarde, cuando Bennett regresó a la casa después de cumplir otro extenuante castigo, entró en el salón comunal y se derrumbó en un sillón al lado de Juan, Cruz, Saint-Clair y Bianchi, que estaban estudiando juntos. A esas alturas, los cinco nuevos alumnos de la Casa Betelgeuse se habían vuelto inseparables.

—Me he tirado dos horas haciendo abdominales, planchas, sentadillas… —murmuró Bennett con los ojos cerrados—. Me siento como el almirante Nelson, pero después de que le pegaran un tiro y le amputaran un brazo.

Pancho Cruz rio entre dientes y le dijo:

—Como sigas así, gringo, te vas a poner como Schwarzenegger.

Bennett abrió los ojos y señaló al mexicano con un acusador dedo.

—¡Que soy inglés, Pancho Villa de saldo! —exclamó. Luego, se encogió de hombros y dijo—: Pero sí, con tanto ejercicio me estoy poniendo cachas.

—Te complicas mucho la vida, inglés —intervino Juan—. Deberías dejar de hacer chorradas.

Bennett se enderezó en el asiento con expresión de fingido agravio.

—¿Chorradas dices, *spaniard* del demonio? —exclamó—. ¡Lo que hago es enarbolar la antorcha de la libertad! —Sacudió la cabeza—. No lo entendéis: este colegio, el maldito Barrenton, es un error, un

sofisma, un concepto perverso. Al menos respecto a algunos de nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Saint-Clair.

Bennett entrecruzó los dedos de las manos, como un profesor disponiéndose a impartir una clase.

—¿Sabéis cuánto vale aquí la matrícula anual? —dijo. Y sin esperar respuesta prosiguió—: Ciento cuarenta mil euros, el doble que Eton. Es el colegio más caro del mundo. Eso significa que todos los que estudiamos aquí somos hijos de millonarios, unos malditos privilegiados. Pero privilegiados que incumplen las normas, rebeldes. Y este lugar, el Barrenton, está concebido para triturar la rebeldía y convertir a lobos en corderos. Pues bien, ese es el error, porque lo que hace avanzar al mundo es precisamente la rebeldía. Tomemos a Cristóbal Colón, por ejemplo; en su época todo el mundo pensaba que para ir a las Indias había que viajar hacia oriente. Pero él dijo: dado que el mundo es redondo, también podemos llegar a las Indias por el océano occidental. Lo he calculado, mirad.

—Miraron —comentó Juan con ironía—, y comprobaron que sus cálculos estaban equivocados.

—Cierto —asintió Bennett—; la Tierra es mucho más grande de lo que Colón estimaba. Pero eso no le detuvo y, vale, no llegó a las Indias, pero descubrió un nuevo continente, lo que no está nada mal. ¿Y por qué ocurrió? Porque Colón se negaba a aceptar lo que le decían. Era un rebelde. Lo mismo puede decirse de Einstein: las leyes de Newton, mundialmente aceptadas, le parecían incompletas, así que desarrolló la teoría de la relatividad. Einstein era un rebelde. ¿Y qué me decís de Rosa Parks? Era una mujer afroamericana que, durante la época de la segregación, se sentó en un autobús en la zona destinada a los blancos y se negó a levantarse cuando se lo exigieron. No acataba las normas. Rosa Parks era una rebelde que hizo avanzar al mundo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el Barrenton? —preguntó Saint-Clair—. ¿O piensas que los que estamos internados aquí vamos a mejorar algo?

—No todos, claro… Por cierto, Luc, me ha desaparecido la máquina de afeitar.

—Pásate luego por mi cuarto y te la devuelvo —respondió el canadiense con naturalidad.

—Demonios, qué manía más tonta la tuya —murmuró Bennett tras un suspiro—. Bueno, a lo que iba: la mayoría de los alumnos del Barrenton solo son unos niños de papá, ricos, idiotas y malcriados. Juntándolos a todos no habría neuronas ni para medio cerebro. Pero algunos, una minoría, somos auténticos rebeldes.

—¿Como por ejemplo tú? —preguntó Juan en tono burlón—. ¿Tú vas a mejorar el mundo?

Bennett estiró los brazos al tiempo que bostezaba ruidosamente.

—Has de saber, salvaje *spaniard* —dijo—, que tengo un cociente de inteligencia superior a 190. Soy más listo que Einstein.

—¿Y con tu prodigiosa inteligencia harás avanzar a la sociedad, inglés?

—Podría ser… —Bennett se encogió de hombros—. Pero no soy el único; fijaos en vosotros; todos sois excepcionales en algún sentido. Por ejemplo, Beppe: es un hacker capaz de vencer la seguridad de todo un ministerio. Quizá algún día invente algo, una aplicación maravillosa o una estafa informática genial.

Bianchi, que había permanecido silencioso, alzó la cabeza y sonrió con timidez.

—Y ahí tenemos a Luc —prosiguió Bennett—, capaz de robar cualquier cosa que se proponga. Le veo en el futuro convertido en un ladrón de guante blanco, de esos que le roban las joyas a una marquesa durante una fiesta de la embajada. ¿Y qué me decís de Pancho? El día de mañana será el más famoso narcotraficante de México, el más cruel y sanguinario.

—Tampoco te pases —gruñó Cruz.

—Por cierto, estimado Pancho, aún no nos has contado qué pecados te trajeron al Barrenton.

Cruz frunció el ceño y gruñó algo por lo bajo.

—Eso es asunto mío, gringo.

Bennett le señaló con un dedo.

—Sé que me llamas «gringo» para fastidiarme —dijo—. Pero te ignoraré, igual que una bombilla ignora al insecto que revolotea a su alrededor. Yo soy la luz que te deslumbra, y tú una mera polilla.

—Qué raro eres, gringo.

Sonriente, Bennett señaló a Juan.

—Y llega el turno de nuestro querido *spaniard*…

—Yo no soy extraordinario en nada —le interrumpió Juan.

—Eres muy fuerte —señaló Bianchi.

—Te garantizo, Beppe —replicó Juan—, que hay mucha gente más fuerte que yo. No tengo nada de especial.

—Sí que lo tienes, *spaniard*. Eres el único tipo enteramente moral que he conocido. Desde luego, el único que hay en este antro. Sigues las normas, es cierto, pero no las normas sociales, sino tus propias normas. Tienes muy claro lo que está bien y lo que está mal y actúas en función de eso.

—Pues si soy tan bueno —replicó Juan con ironía—, ¿cómo es que estoy en el Barrenton?

—Le pegaste a un tío —respondió Bennett, pensativo—, y te niegas a decir por qué. Pues, ¿sabes lo que pienso, *spaniard*?; que fue por una razón moral. Seguro que se lo merecía. —Hizo una pausa y continuó—: Me han contado lo que hiciste ayer cuando tres descerebrados se metieron con el bueno de Beppe. Te enfrentaste a ellos para protegerlo, porque esa es tu naturaleza: eres un protector.

—Es un héroe —murmuró Bianchi.

—Un superhéroe —asintió Bennett.

Juan dejó escapar un suspiro.

—Sí, supercapullo —murmuró—; ese soy yo.

5

Aura Ferreyra Acosta

Los días fueron pasando con monótona cadencia, cada uno igual al anterior e idéntico al siguiente. Alec Duncan, el tutor de Juan, consiguió los guantes y los protectores que había solicitado, así que empezaron a practicar boxeo en el gimnasio después de las clases.

La primera vez que lo hicieron, un jueves por la tarde, instalaron el saco de arena y el *punching ball*, y estuvieron un rato sacudiéndoles puñetazos. Luego, Duncan sugirió que «cruzaran guantes» amistosamente. No había *ring*, pero sí el tatami que utilizaban quienes practicaban judo. Se pusieron los protectores acolchados en la cabeza y se calzaron los guantes; a continuación, se situaron en medio del tatami poniéndose en guardia y, tras chocar los guantes, comenzaron a pelear.

Duncan, más grande y pesado, se situó en el centro, mientras que Juan, más ligero y rápido, giraba en torno a él manteniendo la distancia. Al poco, Duncan atacó con un puñetazo de derecha. Juan lo esquivó y siguió danzando a su alrededor. Durante unos minutos, el combate siguió la misma tónica: Duncan intentaba conectar golpes y Juan los esquivaba sin devolverlos.

Hasta que Duncan, que se estaba agotando de tanto golpear al aire, se abalanzó contra su rival en un intento de imponer su mayor tamaño. Al instante, Juan frenó la acometida con un directo de izquierda, seguido de un gancho de derecha. Duncan retrocedió, aturdido, y entonces Juan descargó sobre él una lluvia de golpes, en la cabeza, en los costados, en el estómago. Duncan intentó

protegerse con los brazos, pero era inútil; los puñetazos le llegaban por todas partes. Finalmente, gritó:

—¡Basta, no sigas!

Juan dejó caer los brazos y parpadeó desconcertado, como si saliera de un trance. Duncan se quitó los guantes y el protector.

—Tranquilo, muchacho —dijo, todavía un poco conmocionado—. Era un entrenamiento, no un combate de verdad.

—Yo… —murmuró Juan, ruborizándose—. Lo siento…

—No pasa nada. Tú estás muy en forma, pero yo estoy demasiado oxidado. Por hoy ya está bien.

Tras ducharse y cambiarse de ropa, abandonaron el gimnasio y echaron a andar en dirección a las viviendas. Al cabo de un breve silencio, Duncan preguntó:

—¿De dónde sale tanta rabia, Juan?

—¿Qué?

—La forma en que peleas. Lo haces con demasiada ira.

—Lo siento —volvió a excusarse Juan—. Ha sido sin darme cuenta.

—Lo sé, no te preocupes. Pero ¿sabes?, tengo la sensación de que no me estabas pegando a mí, sino a otra persona. O a algo.

Juan respiró hondo y se encogió de hombros, sin saber qué responder.

Ese día, un alumno de segundo curso había sido castigado a la Reflection Chamber. Juan no le dio importancia. Pero la tenía.

A veces, cuando estaban en los campos de deportes, cerca de la elevada valla que separaba al Barrenton de la Holloway Abbey School, se escuchaban voces de chicas. Cuando eso sucedía, los alumnos del colegio solían sumirse en un estado melancólico.

—Chavas —comentó cierta vez Pancho—; ya casi se me olvidó cómo son.

—Y eso que no llevas ni dos meses aquí —dijo Young—. Yo ya empiezo a sospechar que las mujeres no existen, que son una leyenda.

—Pues eso que oyes son mujeres —terció Saint-Clair—. Lo más bonito de la Tierra.

Estaban en el campo de rugby, haciendo ejercicios de calentamiento para jugar un partido. Juan dejó de hacer flexiones y comentó:

—Hace unos días, por la noche, vi a una chica aquí, en el Barrenton.

—¿Y eso? —preguntó Young, extrañado—. Aquí no hay chicas.

—Pues la vi, os lo juro. Eran las doce y pico de la noche; me había despertado y no podía volver a dormirme, así que abrí la ventana y me asomé. Entonces la vi. Estaba junto al torreón, fumando un cigarrillo.

—Estarías soñando.

—Estaba totalmente despierto, te lo aseguro.

—¿Y cómo era? —preguntó Pancho.

—Joven, rubia. —Juan se encogió de hombros—. Estaba lejos y había poca luz.

—Alucinaste —sentenció Young—. La única mujer que hay aquí es la enfermera de Patel, la Krause, y a esa es más fácil confundirla con un saco de patatas que con una jovencita.

Pero Juan estaba convencido de que no había sido una alucinación, de modo que empezó a permanecer despierto hasta tarde por si la chica misteriosa volvía.

Y tres días más tarde regresó.

Eran las doce menos cinco de la noche. Juan se encontraba de pie, apoyado con un hombro en la pared, mirando a través de los cristales de la ventana. Estaba a punto de irse a la cama cuando vio el resplandor rojizo de un cigarrillo junto al torreón. Abrió la ventana a toda prisa, se asomó y dijo en inglés, procurando no alzar demasiado la voz:

—Eh, no te vayas. ¿Quién eres?

No hubo respuesta. Durante unos segundos solo se escuchó el susurro del viento. De pronto, una figura surgió de las tinieblas y

quedó iluminada por el tenue resplandor de las luces del centro. Era la chica misteriosa.

—¿Quién eres? —repitió Juan.

En vez de responder, la desconocida le indicó con un gesto que bajase. Juan dudó unos instantes y luego, a toda prisa, se puso un pantalón por encima del pijama, los zapatos y un chaquetón, y salió de su cuarto procurando no hacer ruido. La casa estaba en un silencio solo roto por algún que otro ronquido. Bajó con sigilo la escalera y salió al jardín. La noche era fría y oscura, como siempre en las Highlands. Rodeó el edificio, eludiendo el resplandor de las farolas que iluminaban el recinto, y se dirigió al torreón. Al llegar allí se detuvo, desconcertado; no se veía a nadie.

—Aquí —dijo una voz de mujer procedente de las sombras que poblaban el muro.

Juan avanzó unos pasos y, de repente, el haz de luz de una linterna le deslumbró.

—Tienes acento español —dijo la desconocida en correcto castellano con un leve deje argentino.

—Soy español —respondió Juan alzando una mano para protegerse del resplandor—. Y tú eres argentina o uruguaya, ¿no?

—Bonaerense. Me llamo Aura, Aura Ferreyra. ¿Y tú?

—Juan Alvarado. Oye, me estás deslumbrando. No puedo verte.

Aura volvió la luz de la linterna hacia sí misma. Era alta y rubia; no exactamente guapa —sus facciones quizá eran demasiado angulosas —, pero sí atractiva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Juan.

—Soy alumna de la Holloway Abbey —respondió ella, apagando la linterna.

—¿Cómo has conseguido entrar en el Barrenton? La valla es muy alta.

Hubo un silencio.

—Ah, ese es mi secreto —repuso Aura al fin—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Como yo. Pareces mayor.

—Me lo dice todo el mundo. Pero no me has contestado: ¿qué haces aquí?

—Nada. He salido a dar una vuelta y a fumar un cigarrillo.

—Pues si te pillan en el Barrenton, de noche y fumando, te meterás en problemas.

—Supongo que lo hago por eso, por el riesgo y la adrenalina. ¿Sabes lo peor de la Holloway Abbey? Lo aburrida que es. Si no hago cosas distintas, me muero. ¿Y tú qué hacías despierto tan tarde?

—Te esperaba.

Aura se echó a reír por lo bajo.

—¿Me esperabas? Vaya, pero qué romántico eres…

Juan se alegró de que la oscuridad impidiera ver que se había ruborizado.

—Te vi la otra noche —dijo—, y no es normal ver a una chica en este internado. Ahora estaba mirando por la ventana para ver si volvías.

—Pues aquí estoy. ¿De qué parte de España eres?

—De Madrid.

—Yo vivo allí. Mi familia se trasladó a España cuando yo tenía doce años.

—¿Cuánto llevas en la Holloway?

—Dos eternos años. ¿Y tú en el Barrenton?

—Este es mi primer año. ¿Qué hiciste para acabar en el internado?

Aura volvió a reír.

—Ser una chica mala —respondió—. Y tú, Juan, ¿eres un chico malo?

—Pues no sé qué decir. Hay opiniones muy variadas.

—No, no lo pareces. Duro sí, pero malo no. Oye, es tarde y no venía preparada para hacer vida social. ¿Qué te parece si nos vemos otro día? Te diré cómo entro en el Barrenton y nos contaremos nuestras vidas. ¿Vale?

Juan asintió con la cabeza. Luego recordó que ella no podía verlo y dijo:

—Vale. ¿Cuándo?

—El curso comenzará dentro de cuatro días, el martes 19, así que habrá mucho lío. Mejor el sábado, a medianoche, aquí mismo. ¿De acuerdo? —murmuró Aura.

—De acuerdo.

—Pero que no se entere nadie, ¿eh? Ahora vete.

Juan titubeó, sin decidirse a moverse.

—Vuela, vuela, pajarito —le azuzó ella—. La cama te espera.

Tras musitar un tenue «buenas noches», Juan echó a andar hacia la entrada de su casa. Antes de doblar la esquina del edificio, giró la mirada en dirección al torreón, pero la chica ya había desaparecido. Al volver a su cuarto, miró a través de la ventana, por si volvía a ver el resplandor de un cigarrillo.

Pero no vio nada, salvo una vez más las misteriosas luces que, a lo lejos, brillaban en los megalitos.

En Escocia, el curso escolar comienza a principios de la segunda quincena de agosto; ese año, el martes 19. El lunes llegaron los restantes alumnos del centro que, unidos a los que ya se encontraban allí, daban un total de mil cuatrocientos estudiantes.

La ceremonia de inauguración del curso oficial fue similar a la anterior, pero con más asistentes, más pompa y más discursos. Juan temía que Bennett intentara poner en práctica alguna de sus salidas de tono, pero no lo hizo. De hecho, el joven inglés estaba últimamente más tranquilo; su comportamiento aún distaba mucho de ser ejemplar, pero parecía haberse aburrido de hacer comentarios sarcásticos en clase.

Durante el curso de verano, los alumnos del Barrenton se habían limitado a repasar lo aprendido en cursos anteriores, y los profesores se mostraban algo más tolerantes. Pero tras el comienzo del año escolar, el rigor del internado alcanzó su máximo nivel. Más asignaturas, más deberes, más trabajos, más actividades, más deportes, más disciplina, más severidad. De la noche a la mañana, Juan se vio cargado de tareas, pero eso no le impidió salir al exterior

durante la medianoche del sábado para reunirse con una chica llamada Aura.

Aquella mañana, a un alumno de último curso lo castigaron a pasar un mes en la Reflection Chamber. Juan no lo conocía personalmente, así que no prestó atención. Aquello no tenía nada que ver con él.

Se equivocaba.

La encontró oculta de nuevo en las sombras, junto a las ruinas del torreón, aunque esta vez no fumaba.

—Hola, chico duro —le saludó ella—. ¿Le has hablado de mí a alguien?

—Hola. No, tranquila.

Una ráfaga de viento helado salpicada de gotas de lluvia susurró a su alrededor.

—Qué frío hace —murmuró ella—. Creo que hemos elegido una mala noche para nuestra cita. Además, está empezando a llover. Voy a revelarte mi secreto y así podremos guarecernos. Sígueme.

El torreón medía unos cuatro metros de diámetro. Tanto la cúspide como la parte del muro orientada al noroeste se habían desmoronado, de modo que solo quedaba en pie más o menos la mitad de la pared sur. Aura giró en torno a la ruina e iluminó con una linterna el interior del torreón. En el suelo había un agujero de unos tres metros de profundidad.

—Fíjate en las paredes del hoyo —dijo Aura—. Las piedras más oscuras sobresalen un poco. Son como una escalera; si pisas en ellas es fácil bajar.

—¿Quieres que me meta en ese agujero? —preguntó Juan.

—Que nos metamos. Baja tú primero; yo te iluminaré.

—Pero… ¿para qué?

—Ay, chico, no seas tan español y hazme caso.

Tras un suspiro de resignación, Juan comenzó a bajar, con mucho cuidado, porque las piedras estaban húmedas y resbaladizas. Cuando llegó al fondo, Aura sujetó la linterna con los dientes y bajó

a su vez. A continuación, se agachó, apartó la vegetación que cubría el muro e iluminó otro agujero excavado, esta vez horizontal.

—Ahora nos vamos a meter por ahí —le informó ella—. Yo iré delante. Sígueme.

—Pero…

Sin hacerle caso, Aura se arrodilló y, sujetando de nuevo la linterna con la boca, se adentró en el pequeño túnel. Con un nuevo suspiro, Juan se puso a cuatro patas y fue tras ella. El agujero apenas medía un metro de altura, así que Juan casi tenía que arrastrarse para poder avanzar. Afortunadamente, el pasadizo solo medía un par de metros de largo y acababa desembocando en un lugar más amplio.

Juan se puso en pie y miró asombrado a su alrededor; estaban en una galería excavada en la roca, como la de una mina, con viejos puntales y travesaños de madera reforzando la estructura.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Mi secreto. Un túnel que conecta los terrenos del Barrenton con los de la Holloway.

—¿Quiénes lo han construido?

—Se perforó por orden del clan Campbell a mediados del siglo XVII.

—¿Para qué?

Aura sonrió.

—Necesitas una lección de historia, amiguito —dijo—. Pero antes ven, voy a enseñarte este lugar.

Echaron a andar, iluminados por la linterna de Aura. La galería se extendía a lo largo de unos doscientos metros y desembocaba en una cámara tallada en la roca. En el muro de enfrente se abría otra galería, y a la izquierda la entrada a un túnel cegada con piedras. En un rincón había varias cajas de madera, y sobre una de ellas un quinqué de queroseno. Aura lo encendió con un fósforo y apagó la linterna.

—Esa galería —señaló— conduce a un pozo seco que está en los terrenos de la Holloway. Por ahí entro yo. Y ese otro túnel lleva al pueblo, pero como ves está clausurado.

Aura se sentó en una de las cajas y, con un gesto, le indicó a Juan que la imitara.

—¿Y la clase de Historia? —preguntó el joven, acomodándose.

—Vale. —Aura apoyó los codos en las piernas y prosiguió—: A mediados del siglo XVII, Carlos I, el rey de Inglaterra y Escocia, promulgó unas reformas religiosas que no gustaron nada a los escoceses de Edimburgo. En realidad era una chorrada, pero da igual. Los escoceses se rebelaron contra el rey, aunque no todos, porque en otras partes de Escocia se apoyaba a Carlos, así que se montó una guerra civil. Los partidarios de Carlos, los Realistas, contra los que querían deponerlo, que se llamaban *Covenanters*. ¿Me sigues?

—De momento, sí.

—Genial. El caso es que en las Highlands la cosa era diferente, porque aquí la autoridad de los clanes pesaba más que la del rey. Unos clanes que dedicaban la mayor parte de su tiempo a darse de tortas entre sí, y eso fue a más cuando estalló la guerra civil. Los MacDonald y los Gordon apoyaban la causa Realista, mientras que el clan Campbell se inclinaba por los *Covenanters*. Así que todo el día a palos los unos con los otros. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Chico listo. Supongo que sabes que donde ahora se alza el Barrenton College antes había una fortaleza del clan Campbell. Pero ¿sabes lo que había donde ahora se alza la Holloway Abbey School?

—¿Una abadía? —sugirió Juan.

—Premio para el caballero: la abadía de Saint Holuod, cuyo nombre, con el tiempo, se transformó en Holloway. El caso es que los Campbell, en previsión de que los clanes rivales pusieran sitio a la fortaleza, construyeron estos túneles para poder escapar.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque me gusta leer. En una de las bibliotecas de la Holloway encontré un viejo libro llamado *History, Decline and Fall of Barren Town in the Highlands*, escrito por un clérigo escocés a finales del siglo XIX. Ahí me enteré de la existencia de este túnel.

—Vaya, qué historia —murmuró Juan—. ¿No tienes miedo de que te pillen?

—¿Y tú? —replicó ella, burlona—. Porque ahora estás aquí, conmigo; también podrían pillarte. Pero no, tranquilo; nadie más sabe del túnel. Estamos a salvo.

—Yo estoy aquí por curiosidad; sin embargo, a ti te gusta el riesgo. Por eso vas al Barrenton a fumar. Pero, igual que te vi yo, podría haberte visto uno de los profesores. ¿No es un poco…?

—Absurdo, sí —completó Aura la frase—. Qué quieres que te diga; me atrae lo prohibido, Juan. No quiero fosilizarme, como tanta gente que conozco; quiero vivirlo todo.

Juan desvió la mirada y contempló el ondulante resplandor de la llama del quinqué en los muros.

—Supongo que eso, lo de que te atraiga lo prohibido, no les gusta mucho a tus padres, ¿no? —dijo—. La Holloway y el Barrenton son internados para chicas y chicos… problemáticos. ¿Por qué te matricularon en la Holloway?

Aura lo miró con ironía y dijo:

—Te propongo algo; el Gran Juego de la Verdad. Nos hacemos preguntas alternativamente y hay que responder con total sinceridad. O no responder, en cuyo caso se pierde el turno de pregunta. ¿Vale?

—Vale.

—Como soy una dama, tengo derecho a preguntar primero. Y te pregunto lo mismo: ¿por qué te metieron en el Barrenton?

—Le di una paliza a un tipo.

—Vaya… ¿Por qué?

—Eso es otra pregunta.

—Eh, no vale; hay que dar la información completa. ¿Qué te había hecho ese tío?

—Nada, ni siquiera lo conocía.

—Entonces ¿por qué le pegaste?

Juan respiró hondo e hizo un gesto de impotencia.

—Lo siento, no puedo decírtelo.

—Ah, es un secreto. Entonces tengo derecho a preguntar otra vez: ¿qué le ha pasado a tu nariz?

—¿Qué?

—Tu nariz: es rara, como si no tuvieras tabique nasal.

—Me la rompieron hace un año, durante un combate.

—¿Un combate?

—De boxeo.

—¿Eres boxeador?

—Aficionado —asintió Juan.

—¿Te dolió mucho? Cuando te rompieron la nariz, quiero decir.

—Como un infierno, y puse el *ring* perdido de sangre.

—¿Y ahora te duele?

—Qué va. Lo bueno es que una vez que te la rompen ya no te la pueden volver a romper.

Aura lo contempló con atención.

—Te queda bien —dijo—. Te da aspecto de duro. ¿Lo eres?

Sonriente, Juan alzó el índice de la mano derecha.

—Ahora me toca a mí —dijo—. Y ya sabes lo que te voy a preguntar.

Aura asintió.

—La triste historia de por qué me internaron en la Holloway —dijo —. Vale. ¿Has oído hablar de Rabia Terminal?

—No, ¿qué es?

—Un grupo argentino de neopunk. Estaban de gira por España y… —Se encogió de hombros—. Y me fugué con Waldo, el cantante.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, yo tenía quince años y él veintisiete. Mis padres denunciaron mi desaparición y al cabo de veinte días nos detuvo lo policía en Vigo. A él lo acusaron de abuso sexual a una menor, y a mí me internaron mis padres en la Holloway. Pobre tipo…, yo le había asegurado que tenía dieciocho años. Se fugó de la justicia y no he vuelto a saber de él.

—¿Estabas enamorada?

—¿De Waldo? —Aura soltó una carcajada—. ¡Qué va! Era guapo, pero tonto. Además, no cantaba: berreaba. No me fui con él porque me gustase especialmente, sino para largarme de casa.

—¿Y valió la pena?

Ella se encogió de hombros.

—En su momento me pareció que sí; ahora no tanto. Pero todas las experiencias enriquecen, muchachito. Es mi turno: ¿eres un chico

duro?

Juan alzó las cejas en un gesto de perplejidad y soltó una risa.

—Yo qué sé —respondió—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—A ver, boxeas, tienes la nariz rota y le diste una paliza a un tío. Eso en mi tierra es ser duro.

—Ya, pero también puedo ser un gilipollas. ¿Y tú qué eres?

—Mala, ya te lo dije. Una mala compañía; no deberías estar conmigo.

—Me parece que todas las compañías que voy a encontrar en este colegio son malas.

Aura se echó a reír.

—Tienes razón —aceptó—. Es mi turno: ¿cuál es tu animal favorito?

Las mascotas preferidas por Juan eran los perros, y las de Aura los gatos. A ella le gustaban grupos de música que él ni siquiera había oído nombrar, como Blacktop Mojo, Cellar Door o The Hawkins, mientras que él se inclinaba por sonidos más clásicos, como los Beatles, Simon y Garfunkel o Pink Floyd. Ella adoraba el sur y las playas; a él le apasionaba el norte y las montañas. Aura amaba la noche, y Juan el día. Estuvieron hablando durante más de dos horas y descubrieron que diferían en casi todo, que no tenían prácticamente nada en común.

Quizá por eso se atrajeron desde el principio.

Pasadas las dos y media de la madrugada, Juan consultó su reloj y comentó que era muy tarde. No quería irse, pero se despertaban muy temprano y debían dormir un poco. Aura lo acompañó al acceso del torreón para iluminarlo con la linterna. Antes de irse, Juan preguntó:

—¿Volveremos a vernos?

—¿Tú quieres? —preguntó ella a su vez.

—Claro.

Aura sonrió y le guiñó un ojo.

—Genial —dijo—. ¿Qué tal pasado mañana aquí, a medianoche?

—Vale.

Hubo un breve silencio. Aura se puso de puntillas, le besó en los labios, muy fugazmente, un simple roce, y murmuró:

—Adiós, campeón. Procura que no te vea nadie.

Cuando Juan regresó a su cuarto era muy tarde; pese a ello, le costó conciliar el sueño, pues no podía quitarse de la cabeza la imagen de Aura Ferreyra Acosta, ni de los labios el tacto de los de ella.

6

Robos, sexo, amor y pesadillas

Al día siguiente, Juan fue al cuarto de Saint-Clair para pedirle algo inusual.

—Necesito que me hagas un favor, Luc.

—Tú dirás.

—Quiero que robes una linterna.

—¿Una linterna? ¿Dónde, a quién…?

—Ni idea. Tú eres el ladrón.

Saint-Clair reflexionó durante unos instantes y asintió.

—Vale, una linterna. Haré lo que pueda.

—La necesito para mañana.

—Okey.

Juan le dio las gracias y se dirigió a la puerta, pero antes de irse añadió:

—Si puede ser una linterna pequeña, mejor.

Saint-Clair lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Y de qué color la quieres? —preguntó en tono sarcástico—. ¿Roja, verde… o quizá a lunares?

—Perdona —dijo Juan—. Cualquier linterna valdrá.

Al día siguiente, por la mañana, Saint-Clair le entregó a Juan un pequeño paquete envuelto en una hoja de cuaderno. Juan lo desenvolvió: contenía una linterna de mano.

—¡Genial, gracias! —exclamó, guardándosela en el bolsillo—. ¿De dónde la has sacado?

—La garita del encargado de mantenimiento tiene una cerradura de risa —respondió Saint-Clair—. Fui por la noche, la forcé y

encontré esa linterna en el cajón de una mesa. También encontré esto… —Sacó un paquete de pilas del bolsillo y se lo entregó—. Baterías de recambio. Misión cumplida.

—Muchísimas gracias, Luc. Estoy en deuda contigo.

—Pero no me vas a decir para qué quieres la linterna, ¿verdad?

—No puedo, lo siento.

Saint-Clair dejó escapar un suspiro de resignación.

—Como quieras, Capitán Misterio. Si necesitas robar algo más, aquí me tienes.

El día transcurrió con exasperante lentitud; o al menos eso le pareció a Juan. Durante las clases le costaba concentrarse, porque no dejaba de pensar en Aura; y eso le desconcertaba, porque ninguna chica le había provocado antes tanta impresión tras un primer encuentro. Supuso que se debía a la sorpresa y a las circunstancias, pues llevaba varios meses rodeado de hombres, sin más mujeres a la vista que una enfermera alemana cuarentona, de modo que encontrarse de repente con una chica de su edad había sido algo inesperado y mágico.

O quizá Aura le atraía por lo diferente que era a él; o por lo atractiva e inteligente que era, o por la forma en que lo miraba, con una mezcla de picardía e ironía. Fuera como fuese, las horas se arrastraron como caracoles hasta que llegó la medianoche, el momento de la cita.

Juan salió sigilosamente de la casa, se encaminó al torreón e, iluminándose con la linterna que le había proporcionado Saint-Clair, bajó al fondo del hoyo, se arrastró por el agujero y entró en la galería. Todo estaba a oscuras. Se dirigió a la cámara; no había nadie. Con una punzada de desilusión, encendió el quinqué, se sentó en una caja y se dispuso a esperar.

Quince minutos más tarde, cuando ya daba por hecho que ella no iba a acudir a la cita, se divisó una luz en el otro extremo del túnel y se escucharon unos pasos apresurados acercándose.

—Perdón, perdón, perdón —se excusó Aura entrando en la cámara —. Le estaba echando una mano a una amiga y me he retrasado. ¿Cómo estás, campeón?

—Bien. Ya creía que no ibas a venir.

—¿Cómo voy a faltar a una cita tan romántica? —Aura se acomodó en una caja, sacó del bolsillo del chaquetón una botella petaca de cristal llena de un líquido ambarino y se la mostró—. Pero he traído combustible para compensarte.

Desenroscó el tapón de la botella, le dio un trago y se la ofreció.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Whisky. Estamos en Escocia, hombre, ¿qué va a ser?

Juan negó con la cabeza.

—No bebo alcohol, gracias.

Aura le miró con una sonrisa burlona en los labios.

—Ah, claro, eres deportista —murmuró—. Pero no me vas a despreciar la invitación, ¿verdad? Anda, solo un sorbito.

Con un encogimiento de hombros, Juan cogió la botella, se la llevó a los labios, bebió un poco y arrugó la cara.

—No sé cómo te puede gustar esto —dijo.

—Con práctica, amiguito; con mucha práctica.

Juan le devolvió la botella y preguntó:

—¿Cuando ingresáis en la Holloway no os revisan el equipaje?

—Vaya si lo hacen —respondió Aura—. La señora Lloyd en persona, la directora de seguridad; que más que una mujer parece un gorila con peluca.

—Entonces ¿cómo consigues pasar el whisky?

—No lo paso; lo compro aquí.

—Pero si estamos en medio de ninguna parte.

Aura le dedicó una sonrisa burlona.

—Se nota que eres novato —dijo—. Le compro el alcohol y el tabaco a Fergus, un tipo que vive en Fort William. Es el que provee a los alumnos del Barrenton y de la Holloway de todo lo prohibido que necesitan: alcohol, tabaco, marihuana, lo que sea. Eso sí, te cobra el doble de su precio, o el triple; pero aquí la gente no tiene problemas de efectivo, ya sabes. Dicen que hace años trabajaba en el Barrenton como jardinero, pero lo pillaron robando y lo echaron.

—¿Y cómo lo hacéis, cómo contactáis con él?

—Fergus viene al páramo dos o tres veces a la semana, normalmente los martes y los viernes por la noche, y se instala en las Piedras del Gigante. Si quieres que te consiga algo, saltas el muro, vas al megalito, se lo pides, se lo pagas por adelantado y la siguiente vez que vuelva te lo trae.

Juan asintió, pensativo.

—Por eso las luces —murmuró.

—¿Qué luces?

—Nada, no importa. Algunas noches veía luces en el páramo desde la ventana de mi cuarto, y me preguntaba qué eran. Pero, oye, el muro es alto…

—Hay tramos en los que es más fácil de saltar. No sé por dónde lo hacen en el Barrenton; pregunta por ahí.

Juan negó con la cabeza.

—No voy a necesitar nada del tal Fergus —dijo.

De nuevo, se equivocaba. Aura sacó un paquete de tabaco de un bolsillo y cogió un cigarrillo.

—No te ofrezco porque supongo que no fumas, ¿verdad?

—No, no fumo. Y tú tampoco deberías hacerlo; es malo para la salud.

Ella se encogió de hombros.

—Hago tantas cosas que no debería hacer —dijo— que no sabría por dónde empezar a no hacerlas. —Encendió el cigarrillo con un mechero y le dio una calada—. No bebes, no fumas… —comentó con ironía—. ¿No serás un chico aburrido?

Juan guardó unos instantes de silencio y sonrió.

—¿De verdad crees que para divertirse son imprescindibles el alcohol y el tabaco? —preguntó.

Aura soltó una risita.

—No —respondió—, pero ayudan. —Dio un traguito de whisky—. Aunque vale, no saquemos conclusiones precipitadas. Cuéntame tu vida, campeón.

—Mi vida no tiene interés.

—¡Meeec! —replicó ella, fingiendo el sonido de una bocina—. ¡Aburrido! Venga, hombre, eres el primer boxeador que conozco;

seguro que tienes muchas historias que contar. A ver: ¿por qué empezaste con el boxeo?

Quizá esa era la única parte «interesante» de la biografía de Juan, y también la más dramática, el motivo que le llevó al boxeo: la muerte de su madre en un accidente de automóvil. Aura le escuchó en silencio y luego, tras un pensativo sorbo de whisky, comentó:

—Empezaste a boxear para soltar presión, ¿no? La muerte de tu madre te tensaba y liberabas tensión boxeando. Además, culpas a tu padre de lo que pasó. ¿Te llevas mal con él?

—No me llevo, ni mal ni bien.

—O sea, mal. Y su nueva mujer…

—Yolanda.

—Eso. ¿Yolanda se casó con él por su pasta?

—No, ella también tiene dinero. Supongo que le quiere de verdad.

Aura asintió, pensativa, y preguntó:

—¿Y por todo eso llevas tres años cabreado?

—Yo no he dicho que esté cabreado —protestó él.

—Pues «tenso», si lo prefieres. —Hizo una pausa—. Dime algo: ¿qué es lo que te gusta del boxeo? ¿Pegar o que te peguen?

Desconcertado, Juan enarcó las cejas. Qué pregunta tan tonta, pensó; pero cuando se disponía a contestar se dio cuenta de que no tenía clara la respuesta. Porque en realidad la pregunta era más profunda de lo que parecía. ¿Boxeaba para liberar tensión, o para recibir un castigo?

—No lo sé —respondió con honestidad.

Durante unos segundos, Aura lo miró en silencio, como si estuviera evaluándolo. Luego, sonrió y, cambiando de tema, le hizo un resumen de su vida. Le dijo que era la menor de cuatro hermanos, los otros tres varones, y que su padre se dedicaba al negocio maderero. Le habló del trauma que le supuso a los doce años dejar Buenos Aires. Le contó lo muy enfadada que estuvo con sus padres por obligarla a abandonar su mundo y sus amigos en Argentina para vivir en Madrid, una ciudad desconocida y hostil, y

cómo eso se tradujo en una creciente rebeldía. A los catorce años perdió la virginidad con un compañero de clase. Se escapó de casa varias veces. Durante un tiempo coqueteó con las drogas.

—¿Qué drogas? —le preguntó Juan.

—María, coca, *speed*… Pero fue una temporada loca que tuve. Ahora solo fumo algún canuto de vez en cuando. Y no me vengas con que las drogas son malas, porque ya lo sé. Tú eres boxeador, ¿qué me dices de los anabolizantes y esas mierdas que os metéis los deportistas?

—Que nunca los he usado. Pero no iba a decirte nada. ¿Qué pasó después? ¿Te fugaste con Waldo?

—Sí. —Aura dejó caer los hombros—. Mis padres se cabrearon conmigo y me matricularon en la Holloway.

—¿Te arrepientes de haberte fugado?

Ella alzó la cabeza y recuperó su habitual sonrisa irónica.

—No me arrepiento de nada, campeón —dijo—. De nada.

Volvieron a verse dos días después, y luego otra vez al día siguiente. En esa última ocasión, Aura le dijo:

—Quedamos el próximo sábado, ¿vale?

—Pero si estamos a lunes —protestó Juan.

—Venga, hombre —replicó ella con ironía—; seguro que puedes soportar unos días sin verme. —Hizo una pausa y añadió—: Voy a estar ocupada; ya te contaré por qué.

—Como quieras.

Esa noche, como en las anteriores, Aura volvió a despedirse de él con un beso en los labios, esta vez algo menos fugaz.

Durante los siguientes días, Juan estuvo distraído; asistía a las clases, hacía los deberes, jugaba al rugby, boxeaba, charlaba con los amigos, pero su cabeza estaba en otra parte. Finalmente, llegó la medianoche del sábado y Juan se dirigió al torreón. Al acceder al túnel advirtió que a lo lejos, en la cámara, se divisaba la luz del quinqué. Aceleró el paso. Aura le esperaba sentada en uno de los cajones; al verlo llegar se puso en pie.

—Hola, campeón —le saludó—. ¿Qué tal la semana? ¿Me has echado de menos?

—Muchísimo —respondió él (y no mentía)—. ¿Solucionaste lo que tenías que hacer?

—Sí. —Aura señaló al suelo, a un par de metros de distancia, y agregó—: Ahí está.

Juan miró en la dirección que ella indicaba y vio una colchoneta.

—¿Y eso? —preguntó.

—La he cogido prestada del gimnasio. Me ha costado Dios y ayuda traerla aquí.

—¿Y para qué la quieres?

Ella sonrió con picardía.

—Es que el suelo está duro, sucio y frío.

Juan se la quedó mirando con los ojos entrecerrados, confuso. Ella soltó una carcajada.

—También he traído una manta, para no pasar frío —dijo. Luego, le acarició el pecho y el abdomen y comentó—: Estás duro como una piedra. Yo no; ¿te gustaría comprobarlo?

Sin esperar respuesta, cogió la mano derecha de Juan entre las suyas y la depositó sobre uno de sus senos, por encima de la ropa.

—¿Ves? —dijo en voz baja—: Estoy blandita.

Juan sintió una oleada de calor que brotaba del vientre y se expandía hacia el pecho y los brazos. Sin pensarlo, se inclinó sobre Aura y la besó en la boca con apasionada urgencia. El abrazo duró un millón de años; luego, sin separarse de ella, Juan la levantó en vilo, la llevó a la colchoneta, la depositó suavemente sobre ella y comenzó a desnudarla al tiempo que ella le quitaba la ropa a él. Hacía frío, pero no lo sentían. Desnudos y abrazados, exploraban cada centímetro de sus cuerpos con las yemas de los dedos y los labios. Entonces, cuando la pasión se tensaba como la cuerda de un arco, Aura apartó sus labios de los de él y dijo:

—Un momento, campeón.

Acto seguido, tendió un brazo, cogió sus pantalones y de un bolsillo sacó el sobrecito de un preservativo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Juan.

—Se lo encargué a Fergus —respondió ella—; ya sabes, el tipo que consigue cosas. Me los trajo ayer, por eso quedé contigo hoy. —Sonrió, burlona, y añadió—: Tu pequeño soldadito va a tener que ponerse un chubasquero.

—No tan pequeño —murmuró Juan.

Y volvió a besarla.

Tres cuartos de hora más tarde, cuando las hormonas se calmaron, ambos permanecieron en silencio tumbados sobre la colchoneta, uno al lado del otro, cubiertos con la manta que había traído ella. La luz que desprendía la llama titilaba creando sombras ondulantes.

—¿De dónde has sacado el quinqué? —preguntó Juan.

—Estaba aquí, como los cajones. No soy la primera en descubrir este túnel. En los puntales de madera hay muchas inscripciones, la mayoría de la época de la guerra civil; pero aquí, en la cámara, encontré una que pone «Holloway sucks. Jane Brooke. 1969». A lo mejor fue esa Jane la que trajo el quinqué.

—Hay cinco cajones —observó Juan—. Aquí debían de reunirse varios estudiantes. Me recuerda a *El club de los poetas muertos*.

—Odio esa película.

—¿Por qué? A mí me gusta…

—Porque es mentira. No existen profesores como el que interpreta Robin Williams.

Aura cogió la cajetilla que descansaba a su lado y encendió un cigarrillo.

—Eso es malo para la salud —comentó Juan.

Ella dio una calada y exhaló el humo formando un anillo en el aire.

—La vida es mala para la salud —respondió.

Hubo un silencio. Juan giró la cabeza y la besó en el hombro desnudo. No un beso erótico, sino afectuoso. Aura reaccionó como un resorte. Su expresión se endureció y, mirándole a los ojos, le advirtió:

—No te enamores de mí, Juan.

Él arqueó las cejas, confuso.

—¿Quién ha hablado de amor? —dijo.

—Nadie. Pero que quede claro: esto que hemos hecho es sexo, no amor. ¿Sí?

Juan demoró unos segundos la respuesta:

—Sí —contestó con escasa convicción.

—Bien.

Hubo un silencio. De repente, la magia se había evaporado. Aura aplastó el cigarrillo, se incorporó y comenzó a vestirse.

—Vámonos —dijo—. Ya es muy tarde.

Durante los siguientes días, Juan y Aura siguieron encontrándose en el túnel. No siempre hacían el amor; a veces se limitaban a charlar sobre toda suerte de temas, pero se veían casi a diario. De hecho, le robaban tantas horas al sueño que comenzaron a lucir profundas ojeras. Durante un par de semanas, sus encuentros se sucedieron sin intromisiones, hasta que una noche, cuando Bennett regresó a la casa después de alguno de sus múltiples castigos, fue al cuarto de Juan y le dijo:

—Tú tienes un secreto, ¿verdad, *spaniard*?

Juan, que estaba estudiando, alzó la cabeza.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—De lo que haces por las noches.

El corazón le dio un vuelco a Juan.

—No hago nada…

Sonriente, Bennett se sentó en el borde de la cama.

—No te esfuerces en mentir, viejo jamelgo —dijo—. Ya sabes que mi cuarto está justo encima del tuyo. Pues bien, el miércoles de la semana pasada tenía insomnio, y ahí estaba yo, contando corderitos, cuando escuché el sonido de la puerta que da al exterior al abrirse y cerrarse. Me levanté, miré por la ventana, te vi ir hacia el torreón y desapareciste en la oscuridad. El viernes volví a verte, y lo mismo. Comprenderás que aquello me dejó intrigado. Ayer, cuando oí que salías, te seguí. Vi que llegabas al torreón y… desapareciste. No es que te ocultaras en las sombras, es que ya no estabas. —Sus manos

hicieron un floreo en el aire—. ¡Te habías esfumado! Menudo enigma, me dije. Así que esta mañana, después de comer, he ido al torreón, he bajado al fondo y allí, detrás de un arbusto, me he encontrado con un agujero, que es por donde supongo que tú te metes. Reconozco que soy demasiado aprensivo para internarme en orificios desconocidos; por ello, debo preguntártelo: ¿qué hay al otro lado de ese agujero?

Juan dejó caer los hombros y suspiró.

—Un túnel —dijo.

—¿Un túnel? ¿Lo has excavado tú?

—Sí, con una cucharilla de café.

—Vale, era una pregunta tonta. ¿Qué pasa con ese túnel, por qué vas ahí?

Juan volvió a suspirar y se lo contó todo. Cuando acabó, Bennett se lo quedó mirando con cara de asombro y dijo:

—Te has estado viendo con una alumna de la Holloway, ¿y no nos has dicho nada?

—Era un secreto. Se lo prometí a Aura.

—Pues ya no es un secreto. Oye, esa tal Aura, ¿no tendrá una amiga?

Juan negó con la cabeza.

—Olvídate de esto, Archy; no va contigo.

—¿Que haya un túnel secreto y la posibilidad de conocer a una chica? ¿Eso no va conmigo?

Discutieron durante unos minutos, hasta que Bennett zanjó el debate aduciendo una razón irrefutable:

—Dime una cosa, *spaniard*: ¿qué me impide seguirte cuando vayas a uno de tus encuentros, meterme en el túnel y hablar yo con tu amiguita?

A la siguiente noche, Juan le contó a Aura lo que había pasado. Ella se enfadó mucho, pero finalmente, ante la amenaza de que Bennett divulgara la existencia del túnel, accedió a traer una amiga.

—¿Cómo es ese tal Archy? —le preguntó.

—Muy listo y muy raro.

Aura reflexionó brevemente y dijo:

—Ya sé quién puede ser.

Se llamaba Kathy Livingstone-Ravenscroft, tenía diecisiete años y era hija de un conde inglés. También era extraña; tanto que se rumoreaba que a ella no le habían obligado a ingresar en la Holloway, sino que lo había hecho por decisión propia, pues quería estudiar en el centro académico más riguroso del mundo para poner a prueba sus capacidades. Resultaba difícil determinar si era guapa o fea, pues su rostro siempre mostraba una expresión de profunda seriedad y, además, estaba parapetado tras unas grandes gafas negras de miope. La noche que conoció a Bennett, en el túnel, lo primero que dijo fue:

—Tengo un cociente de inteligencia de ciento noventa y cinco. ¿Y tú?

—Ciento noventa —respondió Bennett.

—No está mal.

—Ya.

Y no volvieron a hablar durante la siguiente media hora, dejando todo el peso de la conversación en manos de Juan y de Aura; lo cual resultaba extraño, pues normalmente lo difícil con Bennett era conseguir que se callase. Pero cuando Juan mencionó de pasada cierto objeto interestelar detectado unos meses atrás, el 3I/ATLAS, que se había hecho popular por la posibilidad de que fuera una nave extraterrestre, todo cambió. Kathy y Bennett rompieron su silencio y comenzaron a hablar sobre la posibilidad de que existiera vida fuera de la Tierra, de ahí pasaron a la astrofísica y poco después a la mecánica cuántica. Para entonces, Juan y Aura no entendían nada y guardaban silencio, mirándolos con desconcierto. Al poco, Juan se quedó dormido; cuando se despertó, vio que Bennett y Kathy estaban sentados frente a frente, mirándose con intensidad.

—Alfil de F8 a C5 —dijo Kathy.

—Enroque corto —respondió Bennett al cabo de unos segundos.

Hubo una larga pausa, tras la cual Kathy dijo:

—Caballo de G8 a F6.

—Dama a E2 —replicó al instante Bennett.

—¿Qué hacen? —preguntó Juan en voz baja.

—Juegan al ajedrez —respondió Aura sin apartar la mirada de ellos.

—¿Sin tablero ni piezas?
—De memoria.
Hubo un silencio.
—Son extraterrestres —murmuró Juan.
Aura asintió. Luego, se volvió hacia él y le dijo:
—Ni de coña volvemos a quedar con ellos.

A partir de entonces, Juan y Bennett, con la aprobación de Aura, pactaron los días en que cada uno «utilizaría» el túnel. No es que a ella le pareciera bien aquella situación; al contrario, opinaba que era un desastre.

—Van a acabar descubriéndonos —dijo—. Y la culpa será tuya, Juan.

Tenía razón. Apenas una semana más tarde, cuando Bennett y Kathy estaban en el túnel, apareció Pancho Cruz, que había seguido sigilosamente a su amigo inglés. Como era inevitable, Cruz le pidió a Kathy que la siguiente noche invitara a una amiga. Dado lo rara que era Kathy, Juan y Aura se preguntaron qué clase de bicho raro les iba a presentar; pero se equivocaron, pues finalmente trajo a Gabriela María Quiroga, una joven costarricense que era su polo opuesto. Alegre, simpática, extrovertida, enseguida hizo buenas migas con el joven mexicano. Quien no estaba nada contenta era Aura.

—Genial —dijo de malhumor—; ahora el túnel parece una estación de metro en hora punta.

—Tampoco es para tanto —repuso Juan.

—Ah, ¿no? Pues ya te he dicho que no pienso quedar con ellos en plan grupo de parejitas, así que ahora solo vamos a disponer de la tercera parte del tiempo que antes teníamos para estar en el túnel. Qué bien, ¿verdad?

Sin embargo, ocurrió algo con lo que nadie contaba: a comienzos de noviembre, Archy Bennett fue castigado a pasar un mes en la Reflection Chamber.

Y así, sin que nadie se diera cuenta al principio, comenzó la pesadilla.

7

La oscura habitación blanca y el destino de Archy Bennett

En realidad, Bennett no hizo nada especialmente grave; desde luego nada distinto a lo que había hecho hasta entonces. Más bien se trató de una acumulación de faltas, de un comportamiento extravagante mantenido a lo largo del tiempo. En clase de Química, Bennett alzó la mano para hacer una pregunta y dijo: «¿Sabe cómo se despiden los químicos, señor Malerman? Dicen: "Ácido un placer"». Los demás alumnos se rieron; Malerman no. Le castigaron a dar veinte vueltas a la pista de atletismo. El señor Foster, uno de los ayudantes de Murray, se ocupó de supervisar el castigo. Cuando Bennett completó las veinte vueltas, Foster le dijo:

—Bien, jovencito, ¿has aprendido la lección?

Bennett reflexionó durante unos segundos y respondió:

—Pues la verdad es que no. ¿Qué lección era?

Foster le ordenó que diera diez vueltas más. Cuando Bennett las completó, Foster le formuló la misma pregunta y Bennett negó con la cabeza.

—Nada —dijo—, que no la aprendo.

Otras diez vueltas. Para entonces ya era de noche y había empezado a llover. Hacía frío. Al acabar la décima vuelta, Bennett llegó a la meta temblando y prácticamente arrastrando los pies.

—¿Por fin has aprendido algo? —le preguntó Foster.

Bennett, jadeante, volvió a negar con la cabeza.

—Pues no, y mira que lo intento —respondió entre resuellos—. Sé que hay una lección por ahí, pero no la pillo.

Foster, protegido bajo un paraguas, contempló al empapado Bennett con el ceño fruncido, consultó su reloj y dijo:

—Mañana, a primera hora, preséntate en el despacho del señor Fraser. Ahora, vete a tu cuarto.

Angus Fraser era el *deputy head* —o subdirector— del Barrenton. Tenía cincuenta y dos años; era alto, rubio, con una bien recortada barba enmarcándole el rostro y una severa expresión en la mirada. Bennett se presentó en su despacho a las ocho de la mañana y escuchó, impasible, la bronca que le echó el subdirector, reprendiéndolo por su mal comportamiento. Acto seguido, Bennett le explicó con detalle lo que opinaba del Barrenton College: básicamente, que no debería existir, y que lo que habría que hacer con él era dinamitarlo, a ser posible con todos los profesores dentro. Sin pensárselo dos veces, Fraser le castigó a pasar un mes en la Cámara de Reflexión.

Todo fue tan rápido que Bennett ni siquiera pudo despedirse de sus amigos; tanto es así que nadie se enteró de lo que había pasado hasta el día siguiente. Aquella noche, cuando la noticia se extendió por el colegio, Victor «Ginger» Young arrugó el entrecejo, puso cara de preocupación y se dirigió a su cuarto. Juan, que había advertido su cambio de expresión, fue tras él, lo sujetó por un hombro y le preguntó:

—¿Qué pasa con la Reflection Chamber? ¿Por qué es un castigo tan malo? Y no te hagas el loco, Ginger; nos dijiste que se contaban historias; ¿qué historias?

Young guardó un breve silencio, como si se estuviera cuestionando responder o no; finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Ven y lo hablamos en mi cuarto.

Young se sentó en la única silla disponible, mientras que Juan lo hizo en el borde de la cama.

—Los que entran en la Reflection Chamber salen cambiados —dijo el joven inglés de repente.

—¿Cambiados en qué sentido?

—En nada concreto, pero son diferentes a cómo eran antes de entrar en la Cámara. Más tranquilos, más distantes, más… más aburridos.

—¿Más formales?

—También —asintió Young.

Juan hizo un gesto vago.

—Bueno —dijo—, se supone que para eso sirve ese castigo, ¿no?

Young lo miró con escepticismo.

—Venga, Juan —replicó—. Si a un tío que es un gamberro lo aíslas durante un mes, ¿crees que con eso bastará para que salga convertido en un monje? —Negó con la cabeza—. De eso nada, hay algo más, pero no sé qué es.

—¿Qué pasa dentro de esa cámara? ¿Qué cuentan los que han estado ahí?

—Nada, eso es lo más raro. Dicen que es una habitación blanca en la que solo hay una cama y una silla, y que se aburrieron mucho. Eso es todo.

Sobrevino un silencio.

—Pues no sé qué decirte —murmuró Juan, desconcertado.

—Hay más —prosiguió Young—. ¿Recuerdas que os hablé de un amigo mío que se suicidó? Se llamaba Bernard Moreau. Una noche subió a la torre del edificio y se tiró desde lo más alto. Eso ocurrió más o menos un mes después de haber pasado por la Reflection Chamber. Al principio, después de haber cumplido el castigo, parecía normal, pero poco a poco cambió. Estaba apagado, triste, apenas hablaba… Y acabó arrojándose al vacío sin explicarle a nadie por qué. —Aspiró una bocanada de aire, la retuvo unos segundos en los pulmones y la exhaló de golpe—. Pero todavía hay más: se rumorea en el colegio que hace años otros dos alumnos se suicidaron después de pasar por la Cámara. Y por último, Barry Cavendish. Era alumno del Barrenton, pero no entró aquí por mal comportamiento, sino voluntariamente. Tenía tres años más que yo y por lo visto era muy inteligente. —Hizo una pausa—. Cuando estaba en el último curso, a un amigo suyo lo castigaron a la Cámara. Por lo visto, cuando salió estaba tan cambiado que costaba reconocerlo.

Mosqueado por ese cambio, Barry formuló oficialmente una pregunta a la Junta Directiva: en qué consiste la Reflection Chamber y en qué métodos pedagógicos se basa. No obtuvo ninguna respuesta. Entonces, Barry amenazó con denunciar el asunto al Ministerio de Educación. Su padre era un aristócrata emparentado con la reina, un tipo muy influyente, así que se podía montar un buen escándalo.

Young tragó saliva y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué pasó? —preguntó Juan.

—Un mes más tarde, Barry apareció muerto en la cama. Según la autopsia, la causa de la muerte fue SUDS.

—¿Qué es eso?

—Las siglas de Sudden Unexplained Death Syndrome; síndrome de muerte súbita inexplicada. Lo que, traducido, significa que no tenían ni puta idea de qué lo mató, pero le pusieron un nombre y se quedaron tan tranquilos. ¿Tú crees que es normal que un tío de diecisiete años totalmente sano se muera de repente?

Juan se encogió de hombros.

—No sé —dijo—, esas cosas pasan…

—Sí, pasaron justo antes de que Barry pusiera en un brete al colegio. Qué casualidad tan conveniente, ¿verdad?

Hubo un silencio.

—Espera un momento —murmuró Juan—. ¿Estás diciéndome que alguien del colegio mató al tal Barry?

—Lo único que digo es que pasan cosas muy raras en todo lo relacionado con la Reflection Chamber. Y que, por si acaso, no pienso meter la nariz en ese asunto.

Juan desvió la mirada y reflexionó durante unos segundos. Hasta entonces, nunca había pensado en ese castigo tan peculiar del Barrenton; pero ahora, después de lo que le había contado Young, comenzaba a preocuparle, sobre todo teniendo en cuenta que Bennett estaba encerrado en esa extraña habitación.

—¿Conoces a alguien que haya pasado por la Reflection Chamber y todavía esté en el colegio? —preguntó.

—Claro, hay varios. Por ejemplo, Alexei Volkov. Es el hijo de un magnate ruso; está en nuestro mismo curso. ¿Lo conoces?

—De vista; nunca he hablado con él.

—El año pasado lo castigaron a la Cámara. Era un follonero y ahora es un corderito. «Otro milagro» inexplicable.

—Vale, Ginger; gracias por la información.

Juan abrió la puerta para irse, pero Young lo contuvo preguntándole:

—¿Vas a hablar con Alexei?

—Sí.

—Pues ten cuidado, Juan, porque estoy seguro de que algo huele mal en el Barrenton.

Juan no coincidía en ninguna clase con Alexei Volkov, de modo que al día siguiente, después de la jornada lectiva, fue a buscarlo a su casa, que estaba situada un par de edificios a la derecha del suyo. Volkov era un joven de diecisiete años, alto y corpulento, con el pelo rubio cortado a cepillo y una expresión tranquila en la mirada. Lo encontró en el salón comunal, estudiando en un rincón.

—¿Que cómo me fue en la Reflection Chamber? —dijo en un inglés plagado de ecos eslavos—. Me morí de aburrimiento, así me fue.

—Es una habitación blanca, ¿no?

Volkov asintió.

—Solo hay una cama, una silla, una mesa plegable y un baño enano. Eso es todo.

—¿Y la comida?

—Me la pasaban por un torno tres veces al día.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

—Un mes.

—¿Y no viste a nadie durante ese tiempo?

—A nadie… No, espera: más o menos a mitad de mes vino a verme el doctor Patel un par de veces para comprobar mi estado físico. Pero eso es todo.

—¿Pasó algo extraño, algo que te llamara la atención?

—Estaba solo en una habitación casi vacía; ¿qué narices va a ocurrir? Pasé todo el tiempo haciendo flexiones, yendo de un lado a otro como un oso enjaulado o tumbado en la cama, durmiendo. No sucedió absolutamente nada.

Juan reflexionó durante unos segundos y preguntó:

—Cuando saliste de la Cámara, ¿notaste algo distinto?

Volkov demoró unos segundos la respuesta.

—La verdad es que sí —dijo—. Antes de pasar por la Cámara yo era muy nervioso, pero después… No sé, estoy más tranquilo, más relajado. Me jode reconocerlo, pero me ha venido bien.

—¿Y por qué crees que ha pasado eso?

El joven ruso se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió—. Pero, sea por lo que sea, ahora me siento mejor que antes.

Aquella tarde, después de practicar boxeo con Alec Duncan, su tutor, Juan le habló de su preocupación por la suerte de su amigo Archy Bennett.

—La Reflection Chamber es un simple correctivo —dijo Duncan—. Un castigo inofensivo. No te preocupes.

—Se parece a las celdas de aislamiento de las cárceles. ¿Hay esa clase de Cámaras en otros colegios británicos?

—Que yo sepa, no. Es una peculiaridad del Barrenton; una excentricidad, si prefieres verlo así. Pero ¿un peligro? —negó con la cabeza—; de ningún modo. Además, según dicen, funciona.

—¿Y por qué funciona?

—No sé… Puede que la soledad obligue a enfrentarse con uno mismo y a corregir los errores.

—¿Así de sencillo? ¿Un mes aislado y zas, como nuevo?

Duncan alzó los brazos, simulando protegerse.

—Tranquilo, Juan —dijo—, que yo no tengo nada que ver con la Reflection Chamber. Sé lo mismo que tú. —Sonrió—. No te preocupes; solo es un castigo; el mes pasará y antes de que te des cuenta volverás a encontrarte con tu amigo.

Pero Juan no podía evitar preocuparse. Le contó a Cruz, Bianchi y Saint-Clair, sus mejores amigos, lo que le había revelado Young, y todos, salvo Cruz, mostraron una mezcla de extrañeza e incredulidad.

—¿De verdad crees que alguien del colegio asesinó a un alumno? —preguntó Bianchi con escepticismo.

—Según Ginger —respondió Juan—, fue porque ese alumno, Barry Cavendish, iba a organizar jaleo acerca de la Reflection Chamber.

—¿Sabes lo que diría Archy si estuviera aquí? —intervino Saint-Clair—: *Correlation does not imply causation*. La correlación no implica causalidad. Que ese chaval, Barry, fuera a montar un follón, y que luego la palmase de muerte súbita, son hechos que no tienen por qué estar relacionados. Pueden ser sucesos independientes, y no el uno la causa del otro.

—Además —terció Bianchi—, ¿qué puede haber en la Reflection Chamber que sea tan chungo como para matar por ello?

—En mi país, y en todas partes, razones para matar no faltan —comentó Cruz.

Sobrevino un silencio un tanto fúnebre.

—Nos estamos poniendo un poquito paranoicos —comentó Bianchi.

—Es verdad —asintió Saint-Clair—. Esperemos a que vuelva Archy; a ver qué tal le ha ido.

Juan asintió con un cabeceo, dando a entender que dejaba aparcado el asunto, aunque no podía quitarse de la cabeza las sospechas de Young. Esa noche, en el túnel, se lo contó todo a Aura. Ella lo escuchó con atención; cuando concluyó, encendió un cigarrillo en silencio, le dio una calada, exhaló una nube de humo y dijo:

—Si te he entendido bien, crees que hay un plan siniestro en torno a la Reflection Chamber, algo que cambia a la gente. Y también crees que cuando un alumno intentó sacar a la luz eso, lo que sea, lo asesinaron. Es decir, alguien del colegio lo mató. Un profesor asesino. Y, además, algo o alguien hace que alumnos del Barrenton se suiciden. ¿Es eso?

Dicho así sonaba ridículo, pensó Juan. Quizá porque era ridículo.

—¿En la Holloway existe el castigo de la Cámara? —preguntó.

—Sí.

—¿Y las chicas que lo cumplen salen distintas?

Aura le dio otra calada al cigarrillo y se encogió de hombros.

—No lo sé, Juan; no conocía personalmente a ninguna. Además, no son tantas. Desde que estoy en la Holloway, creo que solo tres han pasado por la Cámara.

—¿Y no hay rumores de que sucede algo raro?

—En los colegios hay rumores para todos los gustos —suspiró ella.

Estaban desnudos, tumbados sobre la colchoneta y arropados con una manta. Aura le dio una última calada al cigarrillo y tiró la colilla al suelo. Luego, se apretó contra él y susurró:

—Les das muchas vueltas a las cosas, campeón. —Le acarició el pecho, la mano se deslizó hacia el vientre y siguió bajando—. ¿No preferirías pensar en algo más divertido?

Juan se giró hacia ella y la besó. Sí, claro que lo prefería.

El mes transcurrió con la lentitud de una tortuga. Una tarde, cuando acabaron las clases, Juan abandonó el aula y se quedó mirando la escalera que conducía a la cuarta planta; allí estaba la Reflection Chamber. El acceso se hallaba sellado con un grueso cordón rojo; a un lado, un cartel rezaba: PROHIBIDO EL PASO. ZONA RESTRINGIDA AL PERSONAL AUTORIZADO.

Juan miró a un lado y a otro. Las aulas ya estaban vacías. Prestó atención para comprobar si había alguien, pero el lugar estaba silencioso; los alumnos y los profesores ya se habían ido. Tras unos instantes de duda, Juan sorteó el cordón pasando por debajo y comenzó a subir la escalera sigilosamente, procurando no hacer ruido.

Cuando llegó a la planta superior encontró un vestíbulo con una puerta de roble. En la hoja de la derecha, un rótulo anunciaba: REFLECTION CHAMBER. En la de la izquierda, otro cartel exhibía una señal de prohibido y el texto: NO ENTRY. Se acercó y posó un oído en ella. No se percibía el menor sonido. Sin embargo, detrás de esa puerta debía de estar Archy Bennett. Tendió una mano e intentó

girar el picaporte. Imposible: la puerta estaba cerrada con llave. Tras un suspiro de decepción, Juan bajó la escalera camino de la Casa Betelgeuse.

Llegaron los exámenes y la presentación de trabajos, así que Juan estuvo tan ocupado durante un par de semanas que se olvidó del misterio de la Cámara. Hasta que llegó el 5 de diciembre, el día en que concluía el castigo de Bennett…

Bennett no apareció. El lunes, 8 de diciembre, durante el encuentro semanal con su tutor, le preguntó por él.

—Archibald Bennett, ¿eh? —murmuró Duncan mientras examinaba los papeles que contenía una carpeta—. El que estaba castigado a la Reflection Chamber.

—Sí. Tenía que haber salido el pasado viernes, pero no hay ni rastro de él.

—Ya… —Duncan cogió uno de los documentos y lo dejó sobre el escritorio—. Aquí dice —prosiguió— que, por lo visto, a mitad del correctivo telefoneó su padre, reclamando la presencia de Archibald en Londres. Por lo visto, su abuela estaba agonizando y el señor Bennett quería que toda la familia estuviera reunida. Tu amigo abandonó el colegio el pasado 18 de noviembre.

—Entonces está en Londres…

—Supongo. Hablando de otra cosa, esta tarde se harán públicas las notas. Pero puedo adelantarte algo: tienes la segunda mejor nota media de tu curso. Felicidades.

—Gracias. —Sonrió Juan.

—Y eso no es lo mejor —prosiguió Duncan con una sonrisa burlona—. Por ser tan buen alumno te has hecho merecedor de participar en la Honour Ride.

—¿Qué es eso?

—Una tradición del Barrenton. Se premia a los veinte mejores estudiantes del trimestre con un paseo a caballo por los alrededores del colegio. Iréis acompañados por dos o tres profesores que os

explicarán lo más reseñable que encontréis durante la cabalgada. Será agradable e instructivo, ya verás.

—¿Irá usted, Alec?

Duncan sacudió la cabeza.

—¡Ni loco! —exclamó. Y añadió en voz baja—: Te voy a confesar un secreto: no sé montar; me dan miedo los caballos.

—¿Cuándo será esa Honour Ride?

—Pasado mañana, el miércoles. Hoy te lo comunicarán oficialmente.

Juan desvió la mirada, pensativo. ¿Un paseo a caballo? Desde luego, mucho mejor que estar encerrado en el colegio. En Escocia, las vacaciones de Navidad comenzaban el 12 de diciembre; solo faltaban cuatro días. Suspiró; se moría de ganas de volver a casa, sobre todo para dejar atrás el asfixiante ambiente del Barrenton College. Pero antes tenía que averiguar qué tal estaba Archy Bennett.

Los componentes de la Honour Ride —tres profesores y veinte alumnos de trece a diecisiete años— partieron a caballo del colegio media hora antes del amanecer, a las ocho y cuarto. El termómetro marcaba 32 grados Fahrenheit; o lo que es lo mismo, 0 grados Celsius. Hacía un frío desagradablemente húmedo, motivo por el cual todos los miembros del grupo iban pertrechados con gruesos chaquetones acolchados.

Portaban faroles eléctricos, pero la luna estaba casi llena y el cielo despejado, así que no hizo falta utilizarlos. En primer lugar se dirigieron a las ruinas megalíticas; que estaban muy cerca, así que apenas tardaron cinco minutos en llegar. Una vez allí, desmontaron y el señor MacDonald, profesor de Historia, les ordenó a los alumnos que se reunieran a su lado en el extremo oeste del megalito.

Se trataba de un crómlech; es decir, un círculo de menhires, grandes piedras alargadas hincadas en la tierra para permanecer erguidas. Solo seis de los doce menhires que había tenido el círculo

cuando se erigió permanecían en pie; otros dos yacían sobre el suelo y el resto había desaparecido.

—Este monumento megalítico se llama las Piedras del Gigante, o Clachan an Fhamhair en gaélico —explicó MacDonald—. Recibe este nombre porque la leyenda afirma que fue construido por el gigante Fionn mac Cumhaill, que también erigió la Calzada del Gigante en Irlanda. En realidad lo construyeron las tribus neolíticas que habitaban este lugar hace cinco mil años, que fue cuando se puso en pie este monumento. Y no resultó una labor fácil, porque cada una de esas piedras pesa varias toneladas.

—¿Y para qué lo construyeron? —preguntó uno de los alumnos más jóvenes.

—Buena pregunta, muchacho. Lo cierto es que lo ignoramos; pero al menos hay una utilidad de este monumento que sí conocemos. Fijaos en el menhir que tenemos enfrente, el más alto de todos. ¿Veis que tiene un orificio circular? Prestad atención a lo que va a suceder en breve.

El cielo clareaba por el este, preludiando el amanecer. Al cabo de unos minutos, el sol comenzó a despuntar sobre el horizonte, y poco a poco creció, transformándose en una esfera, que se alzó hasta encajar casi perfectamente con el orificio del menhir. Un murmullo de admiración floreció entre los alumnos; era como si la piedra emitiera luz.

—Como veis —prosiguió MacDonald—, desde nuestra posición, el Sol no encaja del todo con el agujero. Porque es demasiado pronto. Si vinierais aquí dentro de once días, veríais que la esfera solar coincide exactamente con el orificio del menhir. Es decir, uno de los objetivos de este megalito es marcar un día, el 21 de diciembre, el solsticio de invierno, el día más corto y la noche más larga del año. Eso significa que estas piedras servían, entre otras funciones que desconocemos, como calendario estelar; un artefacto creado para predecir las estaciones del año, algo muy útil para las tribus de agricultores que aquí vivían.

El profesor prosiguió su charla. Mientras Juan le escuchaba, se apartó del grupo y paseó por entre las piedras. Gracias a la claridad del día recién nacido, advirtió que en el suelo, entre la hierba, había

varias colillas. Supuso que pertenecían a Fergus, el tipo que proveía de sustancias prohibidas a los alumnos del Barrenton y la Holloway.

Montaron de nuevo en los caballos y reanudaron el paseo. Mientras cabalgaban a paso lento, otro profesor les comentaba las características geológicas de la zona. Un auténtico aburrimiento, en opinión de Juan. Al cabo de tres cuartos de hora, llegaron a la altura de las ruinas de una fortificación muy antigua. Desmontaron de nuevo y el señor MacDonald les aclaró que se trataba de los restos de un fuerte del clan Cameron, los Señores de Lochaber, construido en el siglo XIII, y a continuación hizo un resumen de la historia de los clanes en las Highlands.

La última parada de la Honour Ride fue Barrenton, el pueblo abandonado que le prestaba su nombre al colegio. Eran unas cuarenta chozas de piedra con los techos desmoronados, una iglesia que se caía a trozos y un edificio de dos plantas que debió de ser el ayuntamiento. El señor MacDonald les explicó que Barrenton se creó cuando, a mediados del siglo XVIII, se encontró oro en la región. Era, pues, un pueblo de mineros. Pero a comienzos del XIX la veta se agotó y el pueblo fue abandonado.

—Hay una pequeña anécdota acerca del nombre de esta villa —les explicó—. Al principio se llamaba Barren Town; es decir, «pueblo yermo»; pero cuando fue inscrito en el Ordnance Survey, que es la agencia cartográfica británica, a alguien se le trastabilló la uve doble y Barren Town se convirtió en Barrenton. Así pues, caballeros, el nombre de nuestro amado colegio se debe a un error de transcripción.

Juan pensó que, si Archy Bennett estuviera ahí, se habría mostrado totalmente de acuerdo: el Barrenton College era un error en sí mismo.

Al día siguiente, el previo a las vacaciones de Navidad, cuando cayó la noche, Juan se encontró de nuevo con Aura en el túnel. Hicieron el amor, pero esa vez fue distinto, más pausado, menos apasionado, más silencioso. Cuando acabaron, Juan se tumbó boca arriba,

abstraído en sus pensamientos. Aura encendió un cigarrillo y se lo quedó mirando.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Juan parpadeó, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Eh?… Nada, ¿por qué?

—Estás muy serio y muy callado.

—Qué va, estoy bien —respondió él, fingiendo una sonrisa—. Mañana volvemos a casa; supongo que tengo la cabeza en otra parte.

—Pues deberías estar encantado de largarte del colegio.

—Y lo estoy, lo estoy. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Pasarás las fiestas en Madrid?

Aura negó con la cabeza.

—Qué va. En cuanto llegue me iré con mi familia a Roma. Pasaremos allí la Navidad y luego iremos a Cortina d'Ampezzo a esquiar. ¿Y tú qué harás?

—Me quedaré en Madrid y pasaré las fiestas con mi padre y mi madrastra. Un plan apasionante, ya ves.

Aura sonrió con picardía.

—¿Y no hay alguna «amiguita especial» esperándote? —preguntó.

—No. ¿Y a ti? ¿Te espera algún Waldo?

Ella soltó una carcajada.

—No, campeón; se acabaron los Waldos en mi vida.

Fijó la mirada en el techo y con una sonrisa irónica continuó fumando en silencio. Juan se quedó mirándola de reojo; tenía ganas de abrazarla, acariciarle el cabello y confesarle sus verdaderos sentimientos: que estaba perdidamente enamorado de ella. Pero sabía que si lo hiciese, Aura se revolvería y lo rechazaría. Ella quería sexo, no amor; se lo había dejado bien claro. Por desgracia, él estaba cada vez menos de acuerdo con esa situación. Tras un suspiro, se incorporó y dijo:

—Venga, vámonos, que mañana nos espera una paliza de viaje.

Al día siguiente, una flotilla de autobuses llegó al colegio para conducir a los alumnos a Edimburgo. El embarque comenzaba a las siete y media de la mañana. Juan fue de los primeros en partir, aunque antes tuvo que hacer cola para recuperar las pertenencias que le habían requisado al entrar: el móvil, el ordenador y los libros.

Ya en el autobús, Juan intentó encender su móvil, pero se había agotado la batería. Sacó el cargador y lo conectó al enchufe que había en la parte baja de su asiento; luego, cerró los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó casi instantáneamente dormido. Se había acostado a las dos de la madrugada y el despertador había sonado a las cinco; estaba muerto de sueño.

El traqueteo del vehículo le despertó dos horas más tarde. Bostezó, se frotó los ojos y cogió el móvil. Ya tenía carga suficiente. Sacó del bolsillo un papel donde tenía apuntado el teléfono de Bennett. Lo marcó y, tras una pausa, una voz grabada le informó de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Llamó otras siete veces durante el trayecto, con idéntico resultado.

Llegaron al aeropuerto de Edimburgo poco antes del mediodía. Juan bajó del autobús y, cargando con su equipaje, se dirigió al vestíbulo de salidas. Una vez allí, entró en uno de los bares y llamó de nuevo a Bennett, obteniendo la misma respuesta: teléfono apagado o fuera de cobertura. Guardó el móvil y se quedó pensando. No era normal que el teléfono de Bennett estuviera desconectado tanto tiempo. ¿O sí lo era? Quizá se le había agotado la batería, o a lo mejor realmente estaba fuera de cobertura… o puede que a Bennett le sucediera algo.

Juan consultó su reloj; faltaban tres horas para el embarque de su vuelo a Madrid. Pero ¿de verdad le apetecía volver a casa? ¿Iba a quedarse tranquilo con la duda sobre Bennett? De repente, tomó una decisión. Salió del bar y se dirigió al mostrador de su aerolínea. Allí cambió el billete de regreso por otro similar para el día siguiente, pero partiendo de Londres en vez de Edimburgo. Adquirió también un billete para el primer vuelo con destino a Londres. Su salida estaba prevista para hora y media más tarde, así que tuvo tiempo de tomar un bocadillo antes de despegar.

Aterrizó en el aeropuerto de Heathrow a las cuatro de la tarde, coincidiendo con la puesta del sol, y cogió un Uber para que le condujera al West London, al número 21 de Kensington Palace Gardens, donde se encontraba Bennett Manor, la residencia de los condes de Kingsmere. Kensington era la zona más cara y lujosa de Londres, un barrio residencial —que solo podían permitirse los muy multimillonarios— lleno de viejas mansiones y palacios victorianos rodeados por jardines impecablemente cuidados. Durante el trayecto, le envió un wasap a su padre, informándole de que llegaría al día siguiente.

Tardó casi una hora en llegar a Bennett Manor. Se trataba de un palacete de dos plantas de estilo eduardiano rematado por una terraza y cuatro torres, una en cada esquina. El edificio estaba rodeado por un jardín y protegido por un muro de piedra y hierro forjado. Junto al portalón de entrada, en una de las jambas, había un interfono. Juan pulsó un botón y al cabo de un minuto una voz respondió por el altavoz:

—¿Qué desea?

—Soy Juan Alvarado. ¿Está Archy Bennett?

Un breve silencio.

—El señorito Bennett se encuentra indispuesto y no recibe visitas, lo siento.

Juan sintió que el corazón le daba un vuelco. Indispuesto, ¿cómo?

—Soy un compañero suyo del colegio Barrenton y he viajado aquí, a Londres, expresamente para verlo. ¿Podría hablar con alguien de su familia?

Otro silencio.

—Aguarde un momento, por favor.

Al cabo de tres o cuatro minutos de espera, la voz habló de nuevo:

—Adelante, puede pasar.

Simultáneamente, la verja se desbloqueó con un chasquido. Juan la abrió y siguió el sendero que conducía a la entrada principal. Allí le esperaba un mayordomo vestido de librea.

—Bienvenido, señor Alvarado —dijo el criado—. Si lo desea, puede dejar aquí su equipaje. Me ocuparé de guardárselo.

Juan depositó la maleta y la mochila sobre un banco y le echó un rápido vistazo al recibidor. Era una estancia amplia, con el techo de artesonado muy alto, y óleos y tapices colgando de las paredes. Frente a la entrada, una doble escalera de mármol conducía al piso superior. A izquierda y derecha se extendían largos corredores. Tras pedirle que le siguiera, el mayordomo le condujo por el pasillo de la derecha hasta un pequeño despacho. La puerta estaba abierta y, al otro lado del umbral, se distinguía a un joven de unos veinticinco años sentado a un escritorio. Al verlos llegar, el joven se levantó y se acercó a Juan para estrecharle la mano.

—Bienvenido a Bennett Manor, Juan. Soy William, el hermano mayor de Archy. ¿Quieres tomar algo, un té quizá?

—No, gracias, estoy bien.

William le indicó con un gesto al mayordomo que se retirase, y con otro invitó a Juan a sentarse en uno de los dos sillones que había en la estancia.

—¿Qué tal está Archy? —preguntó Juan.

—Bien —respondió William, acomodándose en el otro asiento. Luego, respiró hondo y agregó—: No, no tan bien. Dime, Juan, ¿a Archy le sucedió algo en el Barrenton College? Algo grave, quiero decir.

—Que yo sepa no. Es decir, le castigaban mucho, pero no parecía afectarle.

—Claro que no. Está más que acostumbrado a que lo castiguen.

—Aunque… a comienzos de noviembre le castigaron a lo que en el Barrenton llaman Reflection Chamber.

—Ya, una especie de celda de aislamiento. Archy me lo contó. Estaba cumpliendo ese castigo cuando mi padre le hizo volver a Londres. —Suspiró—. Pero no creo que tenga nada que ver con lo que ha ocurrido.

—¿Le ha pasado algo a Archy?

William desvió la mirada y guardó unos segundos de silencio. Juan pensó que se parecía mucho a su hermano, aunque era más fornido y apuesto que él. William volvió a suspirar y se inclinó hacia Juan, apoyando los antebrazos en los muslos y entrelazando los dedos de las manos.

—Archy me ha hablado de ti. Dijo que eras su mejor amigo del colegio. Te tiene mucho afecto.

—Y yo a él.

—Por eso —prosiguió William—, te pido discreción acerca de lo que te voy a contar, porque, como pronto comprenderás, se trata de un asunto delicado.

—Sí, por supuesto.

William bajó la mirada durante unos instantes y luego volvió a fijarla en Juan.

—Hace diez días —dijo—, Archy le robó a nuestra madre un bote de barbitúricos y… los ingirió todos, de golpe.

Los ojos de Juan se dilataron de asombro.

—¿Intentó matarse? —musitó.

William asintió.

—Por fortuna, una de las doncellas entró en su cuarto y se lo encontró tirado en el suelo, inconsciente. Llamó a urgencias y, gracias a Dios, los sanitarios lograron salvarlo practicándole un lavado de estómago.

Juan apartó la mirada, desconcertado. Archy era pura vitalidad, energía y optimismo. Lo conocía bien y lo último que podía imaginarse era al menor de los Bennett suicidándose.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó.

William se encogió de hombros.

—Mi padre le mandó volver del colegio porque nuestra abuela paterna estaba agonizando y él quería que toda la familia estuviera presente para acompañarla en sus últimos instantes. Eso debió de ocurrir sobre el 21 o 22 de noviembre. Cuando Archy regresó a casa lo encontré un poco extraño, diferente.

Un escalofrío recorrió la espalda de Juan.

—Extraño, ¿en qué sentido?

—Más calmado, menos intenso, más callado… Tiende a ausentarse, como si su mente estuviera en otro lugar. Lo atribuimos a la influencia del Barrenton, pero ahora no sé qué pensar. Nuestra abuela falleció el 29 de noviembre, y Archy intentó matarse el 2 de diciembre. Pero no creo que haya relación entre lo uno y lo otro. Archy quería a nuestra abuela, pero no estaba especialmente unido

a ella y desde luego no le veo suicidándose a causa de su fallecimiento.

—¿Y Archy qué dice?

William volvió a encogerse de hombros.

—Que se siente hueco.

—Hueco… ¿Eso qué significa?

—No lo sé. Ahora te voy a llevar con él; pregúntaselo. Quizá tú puedas descubrir lo que le pasa.

Se incorporaron y William condujo a Juan a un salón situado en el otro extremo de la mansión. Era una estancia grande, con tapices en las paredes, panoplias, muebles antiguos y un ventanal orientado al jardín. A la izquierda, un fuego ardía en el hogar de una gran chimenea. Frente a ella, sentado en un sillón, Archy Bennett permanecía inmóvil, abstraído en la danza de las llamas.

—Ha venido a visitarte un compañero del colegio, Archy —dijo William.

Bennett, inexpresivo, giró lentamente la cabeza. Al ver a Juan, sus ojos se iluminaron y exclamó:

—*Spaniard!*

Bennett se levantó y abrazó a Juan. William los dejó solos y ellos se acomodaron en un sofá, al lado del ventanal. Durante unos segundos se quedaron mirando en silencio, sonrientes; aunque Juan advirtió que los labios de su amigo sonreían, pero sus ojos no.

—Qué alegría verte, viejo jamelgo —dijo Bennett—. ¿Cómo es que te han dejado salir de esa prisión encubierta que es el Barrenton?

—Por las vacaciones de Navidad —respondió Juan.

—Ya, es verdad… ¿Y has venido a verme antes de volver a casa? ¿O es que tienes una amiguita en Londres?

—Si tuviera una amiguita en Londres, ¿crees que estaría aquí perdiendo el tiempo con un inglés loco?

Bennett soltó una carcajada.

—Ahí le has dado, *spaniard*. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, como siempre.

—¿Y tu novia?

—Aura no es mi novia.

—Pues para no serlo no paráis de follar.

Juan retuvo el aire en los pulmones y lo exhaló de golpe.

—Es complicado —dijo.

—Ya. Los asuntos del corazón, o de la bragueta, siempre lo son.

Hubo un silencio. Juan observó a su amigo; era el de siempre, pero a la vez distinto. Tenía la mirada apagada, hablaba despacio, su voz sonaba más débil; no quedaba ni rastro de la alegre vitalidad que antes derrochaba.

—Tu hermano me ha contado que has hecho una tontería —rompió el silencio Juan.

—¿A cuál te refieres? He hecho muchas.

—A la última, la más grande. ¿Qué es eso de intentar matarte?

La fingida sonrisa que hasta entonces intentaba iluminar un poco el rostro de Bennett se desvaneció. El joven inglés se recostó contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Guardó silencio durante tanto rato que Juan empezó a sospechar que se había dormido. Pero no; al cabo de un par de minutos abrió los ojos y dijo:

—Estoy mal, *spaniard*. Por dentro, muy mal. Es como si estuviera vacío, como si fuera el cascarón de un ser humano. No siento nada, no experimento ninguna emoción. —Suspiró—. Hace unos días falleció mi abuela, y lo lamenté, claro, pero no sentí la pena que debería haber experimentado. En realidad, no sentí nada. Ahora mismo, sin ir más lejos; cuando te he visto me he alegrado, pero de nuevo intelectualmente, no por dentro. Estoy seco, es una sensación horrible.

—Y por eso intentaste suicidarte…

—Descubrí que el alcohol me calmaba la desazón, era como un anestésico, así que me tiraba todo el día medio borracho. Una tarde bebí más de la cuenta y…, bueno, me acordé de lo que toma mi madre para dormir y… me tragué un cóctel de nembutales. Entonces me pareció buena idea.

—Porque eres gilipollas.

—Sí, será por eso.

Juan negó con la cabeza en un gesto de reprobación.

—¿Desde cuándo te pasa eso de sentirte vacío? —preguntó.

—No sé, desde que salí del colegio. Empezó poco a poco y luego fue a más.

—Desde que saliste de la Reflection Chamber, querrás decir… —murmuró Juan, pensativo—. Estuviste encerrado allí unos quince días, ¿no?

—Más o menos.

—¿Pasó algo?

—Es una habitación casi vacía y estás ahí solo, ¿qué podría pasar? Cuando se me escapaba un pedo era un acontecimiento.

—¿Qué hacías, cómo matabas el tiempo?

—Durmiendo. Recordando partidas de ajedrez. Hablando solo. Tirándome pedos. Cualquier cosa menos reflexionar.

—¿Viste a alguien?

—Antes de entrar en la Cámara me examinó el doctor Patel. Y cuando salí, otra vez Patel chequeándome, el muy pesado. Luego apareció Angus Fraser para contarme lo de la llamada de mi padre.

—¿El subdirector en persona?

—Todo un honor, ¿verdad? —repuso Bennett en tono sarcástico.

—¿Eso dónde pasó?

—En la enfermería.

Juan se acarició la nuca, pensativo.

—Entonces —dijo— ¿fue Patel quien te sacó de la Reflection Chamber?

Bennett apartó la mirada y frunció el ceño. Al cabo de un largo minuto sacudió la cabeza con aire de desconcierto y dijo:

—No me acuerdo… Cuando estás en la Cámara pierdes la noción del tiempo y a veces las cosas se vuelven un poco confusas.

—Vale. Entonces ¿estás seguro de que no sucedió nada raro mientras estuviste encerrado?

—Ni raro, ni normal, ni feo, ni bonito. Nada. Lo único que pasó fue que me aburrí como una ostra. Suponiendo que las ostras se aburran, claro. —Recuperó la sonrisa y preguntó—: ¿Hasta cuándo te quedas en Londres, *spaniard*?

—Mi vuelo a Madrid sale mañana a primera hora, inglés.

—Vaya, qué pena… —Hizo una pausa—. ¿Y los chicos? ¿Qué tal están Pancho, Beppe y Luc? ¿Me echan de menos?

—Ya se han olvidado de ti —bromeó Juan—. No, qué va; claro que te echan de menos. Dejas huella, inglés; dejas huella…

Estuvieron charlando un rato más. A las siete y media, Archy le invitó a quedarse a cenar, y Juan aceptó. El señor y la señora Bennett estaban ausentes, así que solo compartió mesa y mantel con Archy y su hermano William. Después de cenar, Juan se despidió; había reservado una habitación en el hotel Sofitel London Heathrow, situado junto a la terminal 5 del aeropuerto, y estaba lejos, a una hora de trayecto. Además, al día siguiente tenía que madrugar. Antes de que se fuera, William lo llevó aparte y le preguntó:

—¿Has averiguado algo? ¿Archy te ha contado por qué lo hizo?

Juan negó con la cabeza.

—Me ha dicho lo mismo que a ti. Pero, William…

—Llámame Bill.

—Vale, Bill; escucha… —Juan abrió la boca para hablar, pero tardó unos segundos en encontrar la forma adecuada de expresarlo—: En el Barrenton sucede algo extraño. Ha habido otros casos de suicidio…

—¿Cuándo?

—Uno hace un par de años. Pero al parecer hubo más. Y creo que todos están relacionados con ese castigo llamado Reflection Chamber. —Hizo un gesto de desconcierto—. Cambia a las personas, las vuelve distintas. Que es lo que le ha ocurrido a tu hermano.

—¿Y eso cómo crees que sucede?

—Aún no lo sé… pero lo averiguaré.

Juan recuperó su equipaje y se despidió de William. Archy lo acompañó a la salida y, al detenerse frente a la puerta, le dio una palmada en la espalda.

—Gracias por acordarte de mí, *spaniard* —dijo.

—Ha sido un placer, inglés. ¿Volverás al colegio después de Navidad?

—No creo que ahora pudiera soportarlo —respondió Archy con un escalofrío.

Juan se lo quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—Te han hecho algo en el Barrenton, Archy —dijo—. En la Reflection Chamber.

—Pero es que no pasó nada… —protestó Archy.

—Sí que pasó, aunque no sé qué ni cómo. Pero sea lo que sea te ha cambiado y te ha inducido al suicidio. Por cierto, ni se te ocurra volver a intentar matarte. ¿Entendido?

—Tranquilo; no es agradable que te hagan un lavado de estómago, créeme. Una y no más.

En ese momento, el taxi que habían llamado paró frente a la entrada de la mansión. Se estrecharon las manos.

—Adiós, *spaniard*. Pórtate mal.

—Hasta la vista, inglés. —Juan hizo una pausa y, sujetando todavía la mano de su amigo, añadió—: Voy a averiguar qué te han hecho en el Barrenton, Archy. Te lo prometo.

8

La inesperada revelación de Lourdes Gilabert y la revelación no menos inesperada de Yolanda Fitz-Castro

El avión de British Airways con destino a Madrid despegó del aeropuerto de Heathrow a las ocho en punto de la mañana, hora local. Antes, en la sala de embarque, Juan escuchó el sonido que anunciaba la llegada de un nuevo mensaje a su WhatsApp. Era de su padre; le preguntaba a qué hora llegaría a Madrid. Le contestó que no necesitaba que le fueran a buscar, pero su padre insistió: «¿Estarás en casa antes de las 13.00?». Juan respondió que sí.

El vuelo tomó tierra en el aeropuerto de Barajas a las 11.25, hora de Madrid. Juan pasó por el control de pasajeros y luego cogió un taxi. Llegó a su casa a las 12.35. La primera en recibirlo fue Adela, el ama de llaves colombiana.

—¡Juanito! —exclamó al verlo—. ¡Qué alegría que hayas vuelto, mi niño!

Le plantó dos besos en las mejillas y luego se lo quedó mirando con desaprobación.

—Pero qué flaco estás. ¿Es que no te dan de comer en ese colegio?

—Hago mucho ejercicio, Adela. Pero no estoy flaco, sino en mi peso.

—¡Tonterías! La semana que viene te prepararé un sancocho que te vas a relamer de puro rico que va a estar. Tenemos que ponerles un poco de carne a esos huesos tuyos.

—Ya estoy salivando. A mí también me alegra verte, Adela. ¿Está mi padre?

—En su despacho.

—¿Y Yolanda?

—La señora está de viaje, visitando a su mamá. Volverá el domingo de la semana que viene.

—Vale. Pues me voy a mi cuarto para deshacer el equipaje. Luego hablamos.

—Ya me ocupo yo de eso —replicó ella, quitándole de las manos la maleta y la mochila—. Tu papá ha dicho que vayas a verlo en cuanto llegues. Parecía urgente.

Juan se dirigió al despacho de su padre. Este, al verlo entrar, se incorporó e hizo amago de acercarse a él para darle un abrazo, pero recordó que su hijo rechazaría cualquier muestra de afecto suya y se limitó a decir:

—Hola, Juan. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y el viaje?

—Sin problemas.

—Estupendo; luego me contarás qué tal tu nuevo colegio. —Ricardo hizo una pausa y prosiguió—: Ayer me llamó una amiga tuya, Lourdes Gilabert.

Juan hizo un gesto de sorpresa.

—¿Le dijiste dónde estaba yo?

—Ya lo sabía. Pero no quería hablar contigo, sino conmigo. Me dijo que tenía algo que contarme, pero en persona y estando tú delante. ¿Sabes qué puede ser?

Juan frunció el ceño; claro que lo sabía. Y le preocupaba.

—Más o menos —murmuró—. ¿En qué quedaste con ella?

—Va a venir ahora, a la una.

Juan consultó su reloj; eran las 12.49. Sacó el móvil de un bolsillo y comprobó el WhatsApp: había más de treinta mensajes de Lourdes.

—Antes de que Lourdes hable contigo —dijo—, quiero hablar yo con ella. Voy a esperarla fuera.

Juan abandonó el despacho, se dirigió a una salita próxima a la entrada y tomó asiento en una silla. Después, abrió su WhatsApp y leyó los mensajes de su amiga. Cuando acabó, dejó caer la mano que sostenía el móvil y movió lentamente la cabeza de un lado a otro. Era lo que se temía.

A la una en punto sonó el timbre. Juan se incorporó como impulsado por un resorte y corrió a la entrada.

Lourdes Gilabert era bajita y menuda, de cabello rubio, piel clara, ojos azules y una expresión dulce en el rostro. Parecía una muñeca, pequeña, bonita y delicada. Cuando Juan abrió la puerta, ella se lanzó sobre él sonriente y lo abrazó.

—Qué loco eres —susurró—. Qué loco tan maravilloso…

Juan la apartó suavemente y se la quedó mirando, muy serio.

—No tienes por qué contárselo a mi padre —dijo.

—Claro que sí; bastantes problemas te he causado ya.

—Los problemas me los he buscado yo solo. Tú no…

Ella lo silenció posando un dedo en sus labios.

—Me equivoqué —dijo—; corrí a esconderme, fui cobarde y ahora tú lo estás pagando. Y no me digas que nadie te obligó a hacer nada, porque te conozco, Juan, y debería haber sabido cómo ibas a reaccionar.

—Pero…

—Déjame que haga las cosas bien ahora —le interrumpió Lourdes —. Tu padre tiene derecho a saberlo, tú tienes derecho a que él lo sepa, y yo me sentiré menos culpable.

Juan dejó caer los hombros y suspiró.

—Como quieras —dijo.

La llevó al salón principal y le pidió que esperara mientras iba a buscar a su padre. Al poco regresó acompañado por Ricardo; este saludó a Lourdes con dos besos y se sentó en un sillón, expectante.

—No sé si se acuerda de mí, señor Alvarado —dijo Lourdes, un poco cohibida.

—Claro que sí. Una vez os llevé a ti y a Juan al parque de atracciones. Por entonces te llamaban… ¿Lulú?

—Sí, de pequeña me llamaban Lulú. El caso es que Juan y yo nos conocemos desde el jardín de infancia. Es, con diferencia, mi mejor amigo.

—Y ella mi mejor amiga —intervino Juan.

—Hemos crecido juntos —prosiguió Lourdes—. Además, ambos somos hijos únicos, así que más que amigos, somos hermanos. Esto es importante para entender lo que pasó.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ricardo.

—Su hijo le dio una paliza a un tal Íñigo Álvarez de Arteaga. ¿Le explicó por qué lo hizo?

—No.

—Por eso quería hablar con usted: para explicárselo; tanto el motivo de la paliza como del silencio de Juan. —Aspiró una profunda bocanada de aire y, tras una pausa, continuó—: Todo comenzó el pasado 11 de abril, un viernes. Nunca olvidaré esa fecha… Ese día, mi prima Leticia, que es tres años mayor que yo, me telefoneó por la mañana para decirme que la habían invitado a una fiesta que iba a celebrarse esa noche en un chalet de Somosaguas. No quería ir sola y me pidió que la acompañara. Al principio me resistí, no me apetecía ir a una fiesta en la que no conocía a nadie, pero ella insistió tanto que acabé cediendo…

Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó Juan.

—Un poco de agua, por favor.

Juan se incorporó y abandonó el salón. Lourdes carraspeó para aclararse la garganta y siguió narrando su historia:

—Llegamos en el coche de mi prima a la fiesta pasadas las nueve de la noche. Había mucha gente, aunque, como sospechaba, no conocía a nadie. Pero mi prima sí; nada más llegar, se puso a saludar a unos y a otros, hasta que la perdí de vista. Y ahí me quedé yo, rodeada de desconocidos que, además, eran cuatro o cinco años mayores que yo. Así que me senté en un rincón, resignada a aburrirme. Al cabo de un rato, un chico se sentó a mi lado y comenzó a charlar conmigo. Era Íñigo. La verdad es que fue

encantador. Era simpático, amable, atento, sabía escuchar. Todo un caballero, pensé.

Juan regresó con un vaso de agua y lo dejó en la mesa de café, frente a Lourdes. Ella lo cogió y le dio un largo trago antes de proseguir:

—A eso de la medianoche me entró sueño y decidí irme a casa. Busqué a mi prima y la encontré en una de las habitaciones besándose con un chico. Le dije que me marchaba, que iba a llamar a un Uber. Ella me pidió que me quedara un poco más, pero no insistió mucho y continuó con lo que estaba haciendo. Entonces Íñigo, que me había seguido, me dijo que él también iba a irse y que, si yo quería, me llevaría a casa en su coche. Parecía un buen chico, me dije; así que acepté. Nos montamos en su Porsche y puso rumbo a mi casa. Durante el trayecto hablábamos, creo que de cine; comentábamos las últimas películas que habíamos visto. Todo normal… hasta que llegamos a la entrada de mi urbanización e Íñigo pasó de largo. Le dije que se había equivocado, y él me contestó que quería enseñarme algo, que solo sería un momento. —Hizo una pausa—. Unos kilómetros más adelante, se desvió por un camino rural y detuvo el coche en un bosquecillo de pinos. Le pregunté qué hacíamos allí… y entonces él se abalanzó sobre mí, sobándome e intentando besarme.

Bebió otro trago de agua. Sus ojos estaban vidriados por las lágrimas.

—Me resistí, señor Alvarado —prosiguió—, le juro que me resistí. Forcejeé, grité, le arañé, pataleé. Y entonces él me dio una bofetada, muy fuerte; tanto que perdí el conocimiento durante unos segundos. Cuando lo recuperé estaba conmocionada, paralizada de miedo; no podía ni hablar. Entonces él aprovechó para hacer conmigo lo que quiso.

Las lágrimas se deslizaban por su rostro. Sacó un kleenex del bolso y las enjugó.

—Me violó —murmuró tras sorber por la nariz—. Varias veces. Me dolía mucho… Si protestaba o me resistía, me daba bofetadas y me insultaba. —Suspiró—. Como dos horas después, cuando se cansó de mí, arrancó el coche y me llevó a casa. Ninguno de los dos dijo

nada por el camino; yo no podía parar de llorar. Mis padres estaban dormidos cuando llegué, de modo que subí a mi habitación sin que nadie viera que tenía la ropa rasgada. Me desnudé, me metí en la ducha, abrí el grifo y estuve, no sé, una hora bajo el agua caliente. Era como si quisiera limpiarme de la piel el tacto de Íñigo y toda la suciedad que sentía dentro.

Volvió a beber un sorbo de agua. Ya no lloraba.

—Lo siento mucho, Lourdes —dijo Ricardo, mirándola horrorizado —. Nadie debería pasar por algo así…

—¿Sabe lo peor, señor Alvarado? Al día siguiente, cuando me desperté y recordé lo que había ocurrido, me sentí culpable. Pensaba que yo había provocado a Íñigo de alguna manera, que le había lanzado mensajes equivocados, que me había reído demasiado cuando estábamos en la fiesta, que mi actitud le había confundido. Qué sé yo, incluso me culpaba por haber aceptado que me llevara en su coche, como si hacerlo me obligara a pagar un peaje.

—El único culpable es él —dijo Ricardo—. Tú eres la víctima.

—Ahora lo sé; pero entonces me moría de vergüenza. Y no le conté nada a nadie. Tenía moratones en la cara por los golpes que me había dado Íñigo y dije que me había caído. Pero aunque fingía por fuera, por dentro estaba mal. Necesitaba alejarme de todo, intentar olvidar. —Hizo una pausa—. Tenía previsto cursar el último año de bachillerato en Suiza, en el colegio Surval Montreux. Está frente al lago Lemán y cerca vive una de mis tías. Les dije a mis padres que quería pasar el verano allí, con mis tíos y mis primos, para conocer el lugar antes de que empezara el curso. Y así fue. Pero antes de irme hice algo… quizá equivocado.

—Le contaste a mi hijo lo ocurrido —aventuró Ricardo.

—Exacto. —Suspiró—. Debería haberme imaginado cómo reaccionaría Juan. —Titubeó—. O a lo mejor inconscientemente lo sabía y por eso se lo conté. No lo sé… Además, cometí otro error: le pedí a Juan que no se lo contara a nadie y él me lo prometió. Y ya sabe cómo es su hijo, señor Alvarado: si acepta guardar un secreto no lo revelaría ni bajo tortura.

—Por eso te negabas a explicar por qué pegaste a ese chico… —murmuró Ricardo, contemplando a Juan con los ojos entrecerrados

—. Y por eso el tal Íñigo insistió en que su padre no te demandara —añadió—, porque temía que en un juicio saliera a relucir la agresión sexual…

Juan asintió casi imperceptiblemente.

—Viajé a Suiza y me aislé de todo y de todos —prosiguió Lourdes —. No mantenía contacto con nadie en España, excepto con mis padres. Intenté hablar con Juan, pero era imposible.

—En el Barrenton me requisaron el móvil —explicó Juan.

—Pero yo no sabía dónde estabas ni lo que había pasado. Hasta que, hace una semana, hablé con una amiga común y ella me lo contó. Entonces le telefoneé, señor Alvarado, porque usted tenía que conocer toda la historia y Juan no se lo iba a contar por respeto a la promesa que me hizo.

Hubo un silencio. Ricardo se pasó una mano por la nuca; parecía desconcertado, como si aún estuviera procesando lo que ella le había revelado.

—Te lo agradezco muchísimo, Lourdes —dijo—. Y lamento infinitamente lo que te ocurrió. Espero que lo puedas superar.

—Ya lo estoy haciendo, señor Alvarado; y en parte gracias a su hijo. Me sucedió algo horrible y yo, en vez de afrontarlo, corrí a esconderme. Sin embargo, Juan… No era su problema, pero en cuanto se lo conté lo hizo suyo. Y como no tolera la injusticia, actuó: fue en busca de Íñigo y, a su modo, hizo justicia. Pues bien, yo debería haber demandado a Íñigo en su momento, pero no lo hice. De modo que lo voy a demandar ahora. Lo he hablado con mis padres, y me apoyan. Ya sé que al final será su palabra contra la mía y que perderé el juicio. Pero así todo el mundo sabrá qué clase de persona es Íñigo Álvarez de Arteaga y por qué Juan le partió la cara. Y con suerte alguna chica se lo pensará dos veces antes de subir a su coche. —Se incorporó y recogió el bolso y el chaquetón—. Se hace tarde y en casa me esperan para comer. Gracias por recibirme y escucharme, señor Alvarado.

—Gracias a ti, Lourdes —respondió Ricardo, poniéndose en pie.

—Solo una cosa más. Su hijo es la persona más buena, noble e íntegra que conozco. —Se aproximó a Juan, le cogió de un brazo y agregó—: Debe estar usted muy orgulloso de él.

Juan la acompañó a la salida. Antes de abrir la puerta le preguntó a su amiga:

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—De demandar a Íñigo.

—En mi vida he estado tan segura de algo, y lo único que lamento es no haberlo hecho antes. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Le dolió?

—¿A quién?

—A Íñigo. ¿Le dolió lo que le hiciste?

—Mucho —asintió Juan con una sonrisa cómplice—. Lo mandé al hospital, Lourdes. Aún debe de dolerle.

—Pues… supongo que no está bien que lo diga, pero me alegro muchísimo. —Le devolvió la sonrisa—. Un día de estos me lo tienes que contar con detalle. ¿Nos vemos luego?

—Claro. Te llamaré.

Se despidieron con dos besos, Juan se dirigió a su dormitorio, se dio una ducha, se cambió de ropa y se tumbó en la cama. Solo quería descansar un poco, pero estaba a punto de dormirse cuando unos golpes en la puerta lo espabilaron. Era su padre.

—¿Puedo pasar? —preguntó, asomando la cabeza por la puerta.

Juan asintió al tiempo que se sentaba en la cama. Ricardo entró en la habitación y se acomodó a su lado.

—Yolanda está de viaje —dijo.

—Lo sé, me lo ha contado Adela.

—Volverá a finales de la semana que viene. —Hizo una pausa—. ¿Comerás hoy conmigo? —preguntó—. Así podrás contarme cómo te ha ido en el Barrenton.

—Vale.

Un silencio.

—Lo que ha revelado tu amiga —dijo Ricardo— lo cambia todo…

—No cambia nada —le interrumpió su hijo—. Me tomé la justicia por mi mano y eso no está bien. Lo hice sabiendo que pagaría un

precio por ello.

Ricardo lo miró con una mezcla de extrañeza y tristeza.

—¿Por qué eres tan estricto? —murmuró. Arqueó las cejas y añadió—: ¿Sabes qué? Es cierto, no debiste hacerlo; pero me da igual. Tu amiga tenía razón: estoy muy orgulloso de ti. —Se incorporó, sonriente—. Se hace tarde; vamos al comedor.

Durante los primeros días de vacaciones, Juan se sintió extraño. Acostumbrado a la severa disciplina del Barrenton, gozar de libertad, poder disfrutar del tiempo a su antojo, le resultaba desconcertante. Además, Lourdes ya le había contado a sus amigos la agresión de Íñigo y la razón del comportamiento de Juan. Se lo dijo a unos pocos, pero los cotilleos corren más rápido que la luz y en breve tiempo todo el mundo estaba al tanto de lo que ocurrió. Y Juan pasó de ser el loco que le dio una paliza a un desconocido a convertirse en un héroe.

A partir de ese momento, todo el mundo comenzó a tratar a Juan de forma distinta. Los chicos lo miraban con un punto de respeto, y las chicas como si fuera un caballero andante. En cierta ocasión, una conocida se acercó a él, le dijo: «De parte de todas las tías, gracias», y le plantó un beso en la boca. De hecho, empezó a tener mucho éxito entre las chicas. No es que antes no lo tuviera, pero su habitual seriedad ahuyentaba a algunas. Ahora, sin embargo, la gravedad de su expresión se había convertido en un rasgo atractivo, similar al semblante estoico de un héroe romántico. Sin embargo, Juan no hizo el menor caso a todos los intentos de acercamiento femenino. Porque a esas alturas estaba perdidamente enamorado de Aura Ferreyra. Y no era feliz.

—Desde luego —dijo Lourdes cuando se lo contó—, debes de ser la única persona del mundo que va a un internado para chicos y consigue enrollarse con una chica. Pero no entiendo cuál es el problema; según dices, ella no te rechaza. Estáis juntos todo el tiempo que podéis y hacéis el amor.

—Ese es el problema —respondió Juan—: No hacemos el amor; follamos, que es distinto.

Estaban sentados a una mesa de un Starbucks, compartiendo unos cafés. Lourdes miró a su amigo con simpatía y le acarició una mano.

—Y eso a ti no te basta —dijo.

—Pues no. Cuando estoy con ella tengo que reprimirme constantemente, porque cualquier muestra de afecto, un beso, una caricia, un simple tono de voz, hace que ella saque las uñas y me recuerde que lo que hacemos es sexo, no amor.

—Pero tú estás enamorado.

—Sí…

—¿Y por qué no se lo dices y aclaráis las cosas de una vez?

—Porque temo que si se lo digo desaparezca y no vuelva a verla.

Lourdes suspiró y le dio un sorbo a su café con leche.

—Pues estamos buenos tú y yo —dijo con una sonrisa.

—No compares una violación con el mal de amores. Tú eres una víctima y yo un idiota. ¿Cómo estás, lo vas superando?

—Poco a poco. Pero estoy mucho mejor, no te preocupes. Fíjate, al final contarles a todos lo que me pasó ha sido una liberación, como quitarme un peso de encima. Además, he contactado con una asociación que ayuda a las víctimas de agresiones sexuales y tengo cita con un psicólogo. Ya verás, después de todo tu mejor amiga va a acabar estando cuerda.

—Y yo loco —repuso Juan—. Porque si solo fuera lo de Aura, bueno, tampoco sería el fin del mundo. Pero…

—Está lo de ese amigo tuyo, Archy Bennett, ¿no?

—Exacto. Si lo hubieras conocido, comprenderías que no es la clase de persona que se suicida.

—Pero lo intentó…

—Sí. Pero ya no es el mismo; es como si le hubieran robado la vitalidad. Y todo tiene que ver con la Reflection Chamber.

—Solo es una cámara de aislamiento, ¿no?

—Eso parece. Sin embargo… no sé, hay algo que se me escapa… Los que pasan por esa cámara cambian, eso es seguro. ¿Por qué y cómo? Ni idea.

Sobrevino un silencio que ambos aprovecharon para darle un sorbo a sus cafés.

—El Barrenton es uno de los colegios más caros y prestigiosos del mundo —comentó Lourdes—. ¿De verdad crees que son capaces de asesinar alumnos, o inducirlos al suicidio? Sería muy fuerte, ¿no?

—Esas son las teorías de Ginger. Yo no sé qué pensar… Probablemente exagere; pero estoy seguro de que sucede algo extraño con esa cámara de aislamiento.

—Y quieres averiguar qué es. —Juan asintió y ella preguntó—: ¿Cómo vas a hacerlo?

Juan se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Ya se me ocurrirá algo.

Lourdes le dio un pensativo sorbo a su café y dijo:

—Pues por si acaso, ten mucho cuidado.

Yolanda Fitz-Castro, la segunda esposa de Ricardo, regresó de viaje el domingo 21 de diciembre, pero Juan no la vio hasta el día siguiente, cuando ella fue a buscarlo a su cuarto.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde la puerta.

Juan asintió y ella se acomodó en una de las dos sillas que había en la habitación, frente a la que ocupaba él.

—¿Podemos charlar un ratito?

—Claro.

—Tu padre me ha contado la razón por la que pegaste a ese chico. Y quería decirte que me parece una excelente razón. Te felicito.

—¿Por qué? ¿Partirle la cara ha valido para algo? A Lourdes la violaron, y nada de lo que hice cambia eso.

—No se puede cambiar el pasado, por supuesto. Pero claro que ha valido para algo. De entrada, dudo mucho que el tal Íñigo vuelva a agredir a una mujer. En segundo lugar, ahora todo el mundo sabe qué clase de persona es ese… cerdo, y lo que ha hecho. Por último, y quizá más importante, estoy segura de que tu amiga se ha sentido reconfortada por lo que hiciste, aunque solo sea un poquito.

Juan se encogió de hombros.

—Ojalá tengas razón —dijo.

—La tengo. Pero no es de eso de lo que quería hablar contigo. —Yolanda se frotó los ojos con el índice y el pulgar y prosiguió—: Tu padre me pidió expresamente que no te lo contara; pero creo que debes saberlo.

—¿El qué? —preguntó Juan, intrigado.

—Voy a ir directa al grano. El accidente en el que murió tu madre. Oficialmente, conducía el coche Ricardo. Pero no fue así. Conducía ella.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Juan, frunciendo el ceño.

—Los dos habían bebido demasiado durante la cena a la que asistieron. Al salir, tu padre dijo que deberían llamar a un Uber y recoger su coche al día siguiente. Pero tu madre insistió en que podía conducir. Y tu padre acabó dando su brazo a torcer. Cuando se produjo el accidente, él logró salir del coche y sacar a tu madre, que estaba inconsciente. Más tarde, cuando llegó la policía, Ricardo dijo que conducía él, para protegerla a ella. Tu madre estuvo varias semanas en coma; cuando falleció ya no tenía sentido cambiar la versión.

Juan se la quedó mirando de hito en hito, inexpresivo.

—Eso es lo que él te ha contado —replicó—. Pero es mentira.

Yolanda le contempló con una sonrisa triste en los labios.

—Qué poco conoces a tu padre, Juan —le dijo con dulzura—. Ricardo tiene defectos, claro, pero entre ellos no se cuenta el de ser un mentiroso. Y desde luego, no es la clase de hombre que achaca sus errores a alguien que ha fallecido. ¿O es que lo consideras tan miserable como para hacer algo así? —Suspiró—. Él me contó que conducía tu madre, y yo le creo.

Sobrevino un silencio. Juan tragó saliva y preguntó:

—¿Y por qué nunca me lo contó a mí?

Yolanda se incorporó.

—Eso tendrás que preguntárselo a él —respondió.

Y salió de la habitación.

Ricardo estaba en su despacho, sentado frente a su escritorio, leyendo el periódico, cuando Juan entró como una tromba, se plantó ante él y le preguntó:

—¿Es cierto? ¿Conducía mamá?

Ricardo dejó el diario sobre la mesa y contempló a su hijo con expresión preocupada.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó a su vez.

—Yolanda. Dime: ¿es verdad?

Ricardo desvió la mirada.

—No ha debido contártelo —murmuró. Luego, miró a su hijo y agregó—: Sí, conducía ella.

—Júramelo.

—Te lo juro. —Dejó escapar un suspiro—. Cuando tuvimos el accidente, el coche empezó a arder. Tu madre estaba inconsciente; logré salir y sacarla. Luego, llegaron la ambulancia y la policía y pensé que era mejor decir que conducía yo…

—Eso ya lo sé —le interrumpió Juan—. ¿Por qué no me lo contaste a mí?

Su padre hizo un gesto vago, como si no tuviera clara la respuesta.

—Tu madre estuvo casi un mes en coma. Durante ese tiempo lo único importante era ella y yo… no podía pensar en nada más. Luego, cuando murió, ¿qué podía hacer? Si te lo contaba, podrías pensar que mentía, que intentaba quitarme la culpa de encima. Además, adorabas a tu madre y no quería que nada ensombreciera su recuerdo.

Hubo un largo silencio.

—Llevo más de tres años culpándote por algo que no hiciste —murmuró Juan—. Deberías habérmelo contado.

—Probablemente sí. Pero que yo no condujera no me hace menos culpable. Jamás debí permitir que se sentara al volante; pero lo hice, así que soy tan responsable como ella de lo que sucedió. —Hizo una pausa y, señalando la butaca que tenía al lado, añadió—: Siéntate, Juan, y hablémoslo con calma.

Su hijo se pasó una mano por la nuca y negó levemente con la cabeza.

—Ahora no, papá —dijo—. Estoy hecho un lío; tengo que aclararme las ideas. Ya lo hablaremos.

A continuación, abandonó el despacho. Ricardo se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta por donde había salido su hijo. Poco a poco, una sonrisa se formó en sus labios. Era la primera vez en mucho tiempo que su hijo le llamaba «papá».

Decir que Juan estaba confundido sería quedarse muy corto. Por una parte, se culpaba de haber sido injusto con su padre durante años. Y por otra, le enfadaba que su padre no hubiese sido sincero con él. Al mismo tiempo, le preocupaba Archy Bennett y le intrigaba el misterio que se ocultaba en el Barrenton; si es que había algún misterio, o solo era fruto de su imaginación. Todo ello aderezado con el amor frustrado que sentía por Aura Ferreyra.

Demasiadas preocupaciones, su mente era un tiovivo. Así que Juan decidió dejar de darle vueltas a la cabeza y aplazar las decisiones para después de las fiestas. Sin embargo, el día de Navidad se vio obligado a tomar una decisión que englobaba a todas las demás. Después de comer, Juan, Ricardo y Yolanda pasaron al salón, donde una criada les sirvió los cafés. Ricardo puso música clásica navideña en el equipo y se sentó al lado de su hijo.

—Le he estado dando muchas vueltas, Juan —comentó—, y creo que tenías buenos motivos para propinarle un correctivo a ese chico, Íñigo Álvarez. También me parece comprensible que te negaras a decir la razón por respeto a la promesa que le habías hecho a Lourdes. De hecho, me parece admirable.

—A mí también me lo parece —intervino Yolanda.

—Actuaste por motivos nobles —prosiguió Ricardo—. Si lo hubiera sabido en su momento, no te habría enviado al Barrenton. —Le dio un pensativo sorbo a su café y prosiguió—: Me he puesto en contacto con tu antiguo colegio y te admitirán de nuevo para que continúes el curso allí después de las fiestas.

Juan parpadeó varias veces, sorprendido.

—¿Y dejar el Barrenton? —murmuró.

Su padre asintió y él desvió la mirada. No se le había pasado por la cabeza abandonar el internado antes del final del curso, pero la idea era sin duda atractiva. Dejar atrás la severa rigidez del Barrenton, sus lóbregas aulas, el inclemente clima de las Highlands, y regresar a Madrid, recuperar la libertad y el buen tiempo. Muy tentador, salvo por un detalle: le había prometido a Bennett que averiguaría lo que le habían hecho en la Reflection Chamber. Y, por supuesto, también estaba Aura.

—Gracias, papá —respondió—; pero no hace falta. Estoy bien allí.

Su padre le miró con perplejidad.

—Pero… —Titubeó—. ¿Sigues enfadado conmigo?

—No, para nada. Es que… En fin, el Barrenton es un buen colegio. Duro, pero creo que será bueno para mí.

—¿Seguro? —preguntó Yolanda—. ¿No quieres pensártelo?

Juan consideró la posibilidad de contarles sus sospechas de que algo siniestro se ocultaba entre las paredes del Barrenton, pero lo desechó al instante. Solo conseguiría alarmarlos; bien porque lo creyeran, o bien porque pensaran que se había vuelto loco.

—Seguro —respondió con una sonrisa—. Además, solo serán cinco meses y medio. Estaré bien.

De nuevo, se equivocaba.

Después de Navidad, Juan empezó a buscar en internet noticias y datos sobre el Barrenton College. Al principio solo encontró referencias muy generales; pero cuando se puso a examinar la prensa local de las Highlands encontró un filón de noticias. En el ejemplar del 8 de marzo de 2010 del periódico *The Press and Journal*, en la sección de sucesos, se comunicaba el suicidio de dos alumnos en el Barrenton College. Ambos, amparados por la oscuridad de la noche, se habían colgado de un árbol.

Esos eran los dos suicidios que se rumoreaban en el colegio, pensó Juan. Pero el periódico incluía un dato inesperado: los dos chicos fallecidos eran alumnos becados. Eso era sorprendente, pues, que Juan supiese, el Barrenton no ofrecía becas. Siguió buscando y

en otro periódico local, el *Inverness Courier* de enero de 2008, encontró un anuncio del Barrenton ofreciendo diez becas para el curso 2009-2010, exclusivas para los residentes en las Highlands. En ningún otro año, ni antes ni después, se habían ofrecido becas.

La información más interesante la encontró en el ejemplar de mayo de 2011 del periódico *The Oban Times*. Era un artículo de opinión criticando la educación elitista de algunos centros escolares. Ponía como ejemplo el Barrenton y citaba el caso de los diez becados. Dos de ellos se habían suicidado en el colegio, como Juan sabía; pero es que además otro lo había hecho al volver a su casa y un cuarto lo había intentado. El articulista sostenía que esos diez becados, chicos de clase baja, habían sido discriminados en el internado por su condición social, lo que llevó a cuatro al suicidio.

Al leer esa conclusión, negó con la cabeza. Puede que el periodista tuviera razón, pero Juan estaba seguro de que los becados que se suicidaron, y el que solo lo intentó, habían estado recluidos en la Reflection Chamber.

Pasaron las fiestas. El curso se reanudaba el lunes 12 de enero; el día anterior, un domingo por la mañana, Ricardo y Yolanda acompañaron a Juan al aeropuerto. También iba con ellos Lourdes. Tras detenerse frente al control de equipajes, Juan se despidió de sus padres con sendos besos y luego abrazó a su amiga.

—¿Sigues pensando en hacer de Sherlock Holmes en ese colegio? —le susurró ella al oído.

—Se lo debo a Archy —respondió él.

Lourdes se apartó de Juan y, mirándolo con fijeza, dijo en voz baja, para que nadie más pudiera oírla:

—Sabes que si tienes razón correrás peligro, ¿no? Si es cierto lo que dice tu compañero, esa gente ya ha matado.

—Pues espero no tener razón. Pero si la tengo, alguien deberá hacer algo.

—O sea, tú. —Lourdes volvió a abrazarlo y añadió—: Cuídate mucho, grandullón.

Hora y media más tarde, el avión despegó con rumbo a Edimburgo. Tres días antes, Juan había sacado doce mil euros en efectivo de la cuenta corriente que años atrás le había abierto su padre. No sabía qué iba a encontrar en el Barrenton, pero intuía que disponer de efectivo podría ayudar.

E iba a necesitar mucha ayuda.

SEGUNDA PARTE

La oscura sombra del Barrenton

9

La muerte visita el internado

Al aterrizar en el aeropuerto de Edimburgo, a Juan no le esperaba el viejo y lujoso Bentley de la primera ocasión, sino un servicio de autobuses que salían cada hora en dirección al colegio. Durante el trayecto, mientras circulaban por las Tierras Altas, el clima mostró su peor cara, con el cielo encapotado, constantes chubascos y un viento cortante y helado.

En esa época del año, el sol se ponía en Escocia a las cuatro de la tarde, de modo que cuando llegó al internado ya era noche cerrada. Antes de dirigirse a la Casa Betelgeuse, Juan pasó por la oficina de Seguridad, para que uno de los hombres de Wallace, el *head porter*, registrara su equipaje. Esta vez, Juan no había traído ni libros ni el ordenador, así que solo tuvo que entregar el móvil para que lo consignaran.

Ya en Betelgeuse, Juan deshizo el equipaje y bajó al salón comunal. Habían distribuido bandejas de sándwiches por las diferentes casas, para que los alumnos recién llegados pudieran tomar un tentempié. Juan cogió uno de rosbif, se sentó en un sillón y empezó a comerlo. Unos minutos después, apareció Young cargando con su equipaje. Juan se levantó para estrecharle la mano.

—Hola, Ginger.

—¿Cómo va eso, Juan? Aquí estamos, otra vez en el infierno.

—Eso nos pasa por pecadores. ¿Qué tal las fiestas?

—Genial. Cualquier cosa que no sea el Barrenton me parece maravillosa. Incluso mi familia. ¿Y tú qué tal?

—Bien. Estuve en Londres y visité a Archy.

—¿Cómo le va?

Juan respiró hondo antes de responder.

—Mal. Intentó suicidarse.

Young se quedó con la boca abierta, atónito.

—Dios mío… —murmuró—. ¿Ahora está bien?

—Más o menos. Pero ha cambiado, Ginger; Archy ya no es el mismo.

El joven inglés cerró los ojos y permaneció inmóvil y silencioso durante unos segundos. Luego, recogió su equipaje y dijo:

—Estoy cansado. Ya hablaremos.

Al día siguiente, antes de que se reiniciaran las clases, Juan se dirigió al despacho de Alec Duncan, su tutor. Una vez allí, tras una breve charla intrascendente, Juan fue directo al asunto que le preocupaba. Le contó a Duncan todo lo que había averiguado y las sospechas de Young, aunque sin mencionar su nombre. Los suicidios —en particular los que se produjeron entre los diez becados—, la misteriosa muerte de Barry Cavendish, el intento de suicidio de Bennett y los cambios de personalidad que provocaba la Reflection Chamber. Cuando acabó el relato, Duncan, que le había escuchado en inexpresivo silencio, alzó las cejas y preguntó:

—¿De verdad crees que alguien del colegio asesinó a ese chico, Cavendish?

—No lo sé. Pero Cavendish también pensaba que había algo extraño en la Reflection Chamber.

—Solo es un cuarto de aislamiento, Juan —replicó Duncan en tono paciente—. Cuando me hablaste por primera vez de ese asunto, hice unas averiguaciones. ¿Sabes lo que es la Masonería? Una sociedad más o menos secreta, una especie de club al que pertenecen o han pertenecido muchas personas conocidas; entre ellos, algunos profesores del Barrenton. Pues bien, la Masonería tiene ciertos rituales, entre ellos uno para el acceso de nuevos miembros a la fraternidad. Durante la ceremonia, los aspirantes se aíslan en una sala donde deben entregarse a la introspección y el

autoconocimiento. Esa sala ceremonial se llama Chamber of Reflection. ¿Y sabes lo que creo? Que algún miembro masón del colegio tomó prestada la idea de esa sala para convertirla en una herramienta pedagógica.

Juan suspiró con cansancio. No esperaba que fuera tan difícil conseguir que le creyeran; o, cuando menos, que Duncan aceptara que había algo inexplicable en aquel asunto.

—Por muy masónica que sea —dijo—, esa Cámara cambia a la gente, y a veces la induce al suicidio.

—Lo que me has contado, lo de los suicidios, es muy lamentable; pero esas tragedias suceden, así es la vida. De hecho, a veces un acto de suicidio provoca otros por imitación. Quizá fue eso lo que sucedió.

Juan cerró los ojos. Era desesperante… Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Desde cuándo existe la Reflection Chamber? —preguntó.

—No lo sé. Suena a vieja tradición. Eh… —Duncan titubeó—. Bryson es uno de los profesores más veteranos; él debe de saberlo. A ver si lo localizo.

Descolgó el auricular y marcó una línea interior. Habló brevemente y colgó.

—Pues no es tan antigua como pensaba —dijo—. Según Bryson, la Reflection Chamber se instauró en el curso 2009-2010.

—El mismo curso en que el Barrenton aceptó por primera y última vez a diez becados —murmuró Juan con los ojos entrecerrados—. ¿Sabe lo que creo, Alec? Que admitieron a esos diez becarios para probar con ellos lo que sea que haga la Reflection Chamber. Y cuatro se suicidaron o lo intentaron.

—No sabes si esos chicos pasaron por la Cámara —le rebatió Duncan.

—Es verdad, no lo sé. ¿Podría averiguarlo usted, Alec? Escuche: Archy Bennett es mi amigo, y le pasa algo muy malo. Está cambiado, no es el que era y…, demonios, intentó matarse.

Duncan se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Por la tarde, después de las clases, Juan se reunió con Bianchi, Saint-Clair, Cruz y Young en el salón de la Casa Betelgeuse para contarles lo que había ocurrido con Bennett. Se quedaron de piedra.

—¿Archy suicidándose? —murmuró Saint-Clair, estupefacto—. No me lo puedo creer…

—Archy no es de los que se quitan la vida —dijo Cruz.

—Pero lo intentó, Pancho —replicó Juan—. Eso es un hecho.

—Debió de ser un acceso de locura o algo así —sugirió Bianchi.

Juan negó con la cabeza.

—No, Beppe. A Archy le han hecho algo. La Reflection Chamber cambia a la gente. Ginger lo sabe.

Young, muy serio, se levantó de la silla donde estaba sentado y echó a andar hacia la escalera.

—Yo no sé nada —dijo mientras se alejaba.

—¿Volverá Archy al colegio? —preguntó Bianchi.

—Por ahora, no creo —respondió Juan.

—¿Y cómo lo podemos ayudar? —quiso saber Cruz.

—Se lo he contado todo a Alec Duncan, mi tutor, y va a hacer averiguaciones. A ver qué descubre.

Saint-Clair se inclinó hacia él.

—Si necesitas ayuda, Juan —dijo—, ya sabes.

—Aquí estamos —terció Cruz—, para lo que necesites.

—Somos los tres mosqueteros —comentó Bianchi—, porque en realidad eran cuatro.

—¡Yo soy D'Artagnan! —bromeó Saint-Clair.

—No —replicó Bianchi, sonriente—. Juan es D'Artagnan, eso está claro.

Esa noche, Juan regresó al túnel. Antes de las vacaciones, Aura y él habían quedado en reunirse al concluir el primer día del curso. Y ahí estaba ella, esperándole, iluminada por la titubeante luz del quinqué. A Juan se le aceleró el corazón al verla y tuvo que reprimir el impulso de echar a correr y abrazarla. Aura le saludó con su

habitual sonrisa irónica y un par de besos en las mejillas. A Juan le habría gustado un reencuentro más afectuoso, pero no dijo nada.

—¿Cómo estás, campeón? ¿Has aprovechado las vacaciones para pegarle una paliza a alguien más?

—No. Estoy planteándome empezar a darles palizas a las chicas malas —bromeó él.

—Cuidado, muchacho. Esta chica mala tiene garras.

—De eso no me cabe la menor duda.

Tomaron asiento en sendas cajas.

—¿Cómo te ha ido a ti? —preguntó Juan.

—Un aburrimiento —bostezó ella—. Roma vale, pero Cortina d'Ampezzo está lleno de viejos. Al menos esquié un poco. ¿Y tú qué tal?

—Yo no he salido de Madrid. Pero bien… En realidad, muy bien.

—Vaya, cuánto entusiasmo. ¿Te ha pasado algo bueno?

Juan asintió con la cabeza y le contó lo que había ocurrido con su amiga Lourdes. Aura le escuchó con interés y cuando acabó el relato dijo:

—Entonces, le pegaste a ese tipo para defender el honor de tu amiga…

—Ella no le iba a denunciar, y ese hijo de puta no podía irse de rositas.

Aura soltó una carcajada.

—¡Pero si estoy con un auténtico héroe! —exclamó.

—No te burles de mí —murmuró Juan, intentando no ruborizarse.

Aura se incorporó, se puso de rodillas frente a él y apoyó los brazos en sus muslos.

—No me burlo, campeón —dijo, sonriente—. De verdad creo que eres un héroe. Y me da mucho morbo estar con un héroe. —Comenzó a desabrocharle el cinturón—. Ahora, como representante del género femenino, te voy a dar el premio que te mereces…

Juan se incorporó, la levantó en vilo y la besó en los labios. Luego, la llevó en brazos a la colchoneta.

Una hora después, Juan y Aura descansaban tumbados el uno al lado del otro; ella fumaba un cigarrillo, él tenía la mirada perdida en el techo. Aunque la temperatura en el túnel, al estar bajo tierra, no oscilaba mucho a lo largo del año, en invierno no pasaba de diez grados Celsius. Hacía mucho frío, así que estaban medio vestidos.

—Visité a Archy en Londres —comentó Juan.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo está ese loco?

—Mal. Intentó suicidarse tragándose un frasco de sedantes.

Un silencio.

—¿Está bien ahora? —preguntó Aura.

—Vivo, al menos. Pero distinto; la Cámara de Reflexión le ha hecho algo.

Aura le dio una última calada a su cigarrillo, lo apagó contra el suelo y se sentó, abarcando con los brazos las piernas flexionadas.

—¿Cómo? —preguntó.

—¿Qué?

—Dices que esa Cámara cambia a la gente, ¿no? ¿Cómo lo hace?

—No sé, le he dado muchas vueltas… Quizá le pongan drogas a la comida.

—¿Qué drogas?

—Ya te digo que no lo sé. Un compuesto experimental que modifica el comportamiento o algo así.

—Entiendo. Pero, vamos a ver, cuando se deja de consumir una droga, sus efectos desaparecen. Al menos, esa es mi experiencia.

Juan aspiró una bocanada de aire, la retuvo en los pulmones y la exhaló de golpe.

—Vale, no tengo ni idea —aceptó—. Pero aunque no sepa explicarlo, el hecho es que la Cámara de Reflexión le hace algo malo a la gente que entra en ella. Si vieras ahora a Archy me creerías.

Sobrevino otro silencio. Aura apartó la manta, cogió los pantis y los pantalones y comenzó a ponérselos.

—No me gusta cuando te pones paranoico, Juan —dijo—. Me da mal rollo. Anda, vámonos.

Tras reanudarse el curso, Juan y su tutor volvieron a practicar boxeo en el gimnasio, dos veces a la semana, los martes y los jueves. Diez días después, el 22 de enero, antes de calentar, Duncan le dijo a Juan:

—Esta mañana me ha llamado a su despacho Angus Fraser, el subdirector. Me ha pedido, ordenado más bien, que deje de hacer preguntas sobre la Reflection Chamber.

Juan se lo quedó mirando con los ojos dilatados de sorpresa.

—¿Y le ha dicho por qué?

—Sí. Al parecer, con mis preguntas estaba quebrando el pacífico discurrir de la actividad académica, dándoles credibilidad a rumores absurdos.

—¿Y qué va a hacer usted?

Duncan desvió la mirada, pensativo.

—Hay algo que me intriga —dijo al cabo de unos segundos—. Fraser parecía realmente preocupado. De hecho, demasiado preocupado para tratarse de un tema en apariencia tan inocente. Empiezo a creer que tienes algo de razón, y que hay algo extraño en esa Cámara.

—Ya, pero ¿qué va a hacer?

—Seguiré indagando, pero con discreción. —Le guiñó un ojo—. Con mucha discreción, para no quebrar el pacífico discurrir de la actividad académica, ya sabes.

Juan volvió a ver a Duncan el lunes siguiente, durante la tutoría, pero no hablaron de nada relacionado con la Cámara.

El martes, Juan recibió una nota de su tutor en la que le informaba de que suspendía de momento las prácticas de boxeo.

El jueves 30 de enero por la tarde, cuando acabaron las clases y Juan se dirigía a la Casa Betelgeuse, Duncan apareció de detrás de unos árboles, miró a un lado y a otro, cogió a Juan de un brazo y tiró de él hasta un punto apartado de la vista. Estaba mortalmente serio.

—Será mejor que no nos vean juntos —dijo en voz baja.

—¿Qué sucede, Alec? —preguntó Juan, alarmado.

—Que tenías razón: he averiguado lo que ocurre en la Reflection Chamber, y es terrible.

—¿Y qué ocurre?

Duncan negó con la cabeza.

—Cuanto menos sepas, mejor, Juan. Por tu propio bien.

—Pero…

—No insistas. Saber lo que he descubierto es peligroso. Pero no te preocupes, pronto podré contártelo. Este sábado tengo el día libre e iré a Fort William. Allí denunciaré el asunto a la policía y al juzgado.

—¿A la policía?… —murmuró Juan con los ojos como platos.

—Lo importante es que ahora no hagas nada. No preguntes, no muestres interés por la Cámara. Tú dedícate a tus estudios y pasa desapercibido. ¿De acuerdo?

Juan titubeó.

—Eh…, sí, supongo que de acuerdo…

—Genial. Como te he dicho, es mejor que no nos vean juntos. —Fingió una sonrisa—. Y tranquilo, está todo controlado.

Se despidió con un cabeceo y echó a andar hacia su residencia. Juan se quedó mirando cómo se alejaba. ¿La policía, el juzgado…? ¿Qué demonios había descubierto?

Juan no volvió a verlo, ni a tener noticias suyas, hasta que el domingo, durante el desayuno, le dieron la noticia: Alec Duncan había muerto.

10

Mentiras y secretos

La versión oficial del colegio acerca de la muerte de Alec Duncan fue que el sábado, después de comer, había montado en uno de los caballos del centro para dar un paseo. Al caer la noche y comprobar que no volvía, varios miembros de la seguridad del colegio salieron a buscarlo. Al cabo de unas horas encontraron su montura, y al amanecer dieron con su cadáver cerca de las Piedras del Gigante. En apariencia, se cayó del caballo y se rompió el cuello.

—¡Es mentira! —exclamó Juan—. Duncan no sabía montar, le daban miedo los caballos, él mismo me lo dijo. —Resopló, muy enfadado—. ¿Dicen que salió a dar un paseo a caballo y se mató? ¡Y una mierda, le han asesinado!

Estaban sentados en un banco del jardín, cerca de la Casa Betelgeuse: Bianchi, Cruz, Saint-Clair y él.

—¿No estarás sacando conclusiones precipitadas? —sugirió Bianchi.

—¿Precipitadas? —Juan se encaró con él—. Duncan me dijo el jueves que había descubierto algo terrible e iba a denunciarlo a la policía, y el domingo siguiente aparece muerto. ¿Te parece precipitado decir que eso es sospechoso?

Bianchi dejó escapar un suspiro.

—La verdad es que sí es un poquito sospechoso… —murmuró—. Pero no te enfades conmigo.

—No me enfado, perdona. Es que estoy indignado y… triste. Duncan era un buen profesor y una buena persona.

Se produjo un largo silencio.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Cruz.

Saint-Clair alzó un dedo, como pidiendo permiso para hablar, y dijo:

—La pregunta es: ¿debemos hacer algo?

—Por Archy —replicó Cruz—. El gringo lo está pasando mal.

—Ya, claro, por Archy. Pero, tal y como yo lo veo, hay dos opciones. La primera: que Juan se equivoca y nadie ha matado a nadie. En cuyo caso perderíamos el tiempo. La segunda: que Juan tenga razón y haya en el colegio gente sin escrúpulos para matar. En cuyo caso… ¿Nos vamos a enfrentar a unos asesinos? ¿Nosotros?

—No tendríamos por qué enfrentarnos a nadie —murmuró Juan, pensativo—. Bastaría con averiguar lo que averiguó Duncan…

—¿Cómo? —preguntó Saint-Clair.

Juan guardó silencio. Una ráfaga de aire gélido los azotó. Anochecía.

—Hace frío —comentó Bianchi arrebujándose en su chaquetón.

Sin decir nada más, los cuatro echaron a andar hacia la Casa Betelgeuse.

Ya en su habitación, Juan se tumbó en la cama con las manos entrecruzadas debajo de la nuca y la mirada perdida en el techo. No podía dejar de darle vueltas a la muerte de su tutor. Le tenía afecto y lamentaba profundamente lo que le había ocurrido; pero también estaba seguro de que le habían asesinado y eso le indignaba. Y al mismo tiempo se sentía culpable, pues había sido él quien le incitó a iniciar una pesquisa que, finalmente, había acabado con su vida.

Y no había nada que hacer.

¿O sí?…

Se levantó de la cama y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. Hasta que, de pronto, se detuvo. Se le había ocurrido algo. A toda prisa, salió de su habitación, se dirigió al cuarto de Luc Saint-Clair y entró sin llamar a la puerta. El canadiense estaba sentado a su mesa de trabajo, estudiando.

—Quiero pedirte un favor, Luc.

—Tú dirás.

—¿Podrías enseñarme a abrir cerraduras?

Saint-Clair lo miró con perplejidad.

—¿Qué clase de cerraduras? —preguntó.

—Las normales, las que hay en las puertas.

—¿Y para qué lo quieres? ¿Qué puerta pretendes abrir?

Juan titubeó antes de responder:

—La del apartamento de Duncan.

—¿Para qué?

—Para ver si dejó alguna pista sobre lo que descubrió.

—Ya. ¿Y cuándo quieres hacerlo?

—Hoy, después de la cena.

Saint-Clair le contempló con ironía.

—¿Quieres aprender cerrajería en un ratito? —preguntó—. Amigo mío, estás subestimando la dificultad del *lockpicking*.

—¿Qué es eso?

—La técnica de manipular cerraduras sin la llave. Yo soy un maestro, pero enseñarte me llevaría algo más que un ratito.

Abrió un cajón del escritorio, sacó de su interior un estuche y lo desplegó sobre el tablero. Contenía una colección de pequeños ganchos de diverso tamaño y grosor, y un surtido de varillas dobladas.

—Estas son mis ganzúas —dijo con orgullo—. Te acompañaré.

La vivienda de Alec Duncan se encontraba en la planta baja de un bloque de cuatro apartamentos situado a unos sesenta metros de la Casa Betelgeuse. A las 11.45 de la noche, dos figuras cruzaron el jardín con sigilo y se detuvieron frente a la puerta B, el apartamento donde había residido Duncan cuando estaba en el colegio. Saint-Clair encendió una linterna —la misma que había robado para Juan— e iluminó la cerradura de la puerta.

—Es una Yale Mortice Lock de cinco pernos —comentó en voz baja —. Está chupado.

Apagó la linterna, se la entregó a Juan, sacó del bolsillo el estuche de ganzúas y escogió dos. Luego, se puso en cuclillas frente a la cerradura y dijo:

—Alúmbrame.

Juan obedeció y observó cómo su amigo fijaba en la parte baja del ojo de la cerradura una varilla metálica doblada en forma de ele, y luego comenzaba a hurgar en el interior del mecanismo con un pequeño gancho. Apenas treinta segundos después, sonó un clic y la puerta se abrió.

—Eres un mago —murmuró Juan con genuina admiración.

—Sí que lo soy —asintió Saint-Clair, complacido.

Entraron en el apartamento. El interior estaba apenas iluminado por la luz de las farolas que se colaba por la ventana; pero aquel leve resplandor les bastó para ver que todo estaba desordenado. Papeles y libros tirados por el suelo, una mesa volcada, cajones abiertos… En el dormitorio, la ropa de Duncan se amontonaba sobre la cama, tirada de cualquier manera.

—Tu tutor era un desastre —susurró Saint-Clair.

—Esto no lo ha hecho Duncan —respondió Juan en voz baja—. Alguien ha registrado este lugar.

—Pues estamos buenos…

Salieron del dormitorio. En un rincón del saloncito había un pequeño escritorio sobre el que descansaba un cuaderno en espiral con el membrete del colegio. Juan lo abrió; todas las hojas estaban en blanco, pero en la primera había unas marcas muy profundas.

—Mira —dijo, enseñándole la hoja a Saint-Clair.

—¿Qué quieres que mire, si no hay nada escrito?

—Sí que lo hay, pero no se ve. Mira esas marcas. Alguien escribió algo en la página anterior; tan fuerte que las letras quedaron grabadas en la página de abajo.

—¿Y qué pone?

Juan paseó el haz de la linterna por el suelo hasta encontrar lo que buscaba: un lápiz. Lo cogió y, sujetándolo horizontalmente, comenzó a trazar un sombreado por encima de las marcas. Poco a poco, una palabra subrayada seguida de tres signos de exclamación fue formándose en negativo, blanco sobre negro: LIMEN!!!

—¿Qué es eso? —preguntó Saint-Clair—. ¿Qué significa «LIMEN»?

—Ni idea. —Juan arrancó la hoja y se la guardó en un bolsillo—. Si aquí había alguna pista, ya se la han llevado. Vámonos. —Antes de echar a andar, añadió—: Ojo, tenemos que dejarlo todo como estaba.

Saint-Clair dejó escapar un suspiro, sacó del bolsillo un pisapapeles de cristal y lo depositó sobre la mesa.

—Pero ¿para qué querías eso? —le preguntó Juan, intrigado.

—Para nada. Es la costumbre. Venga, larguémonos.

Más tarde, tumbado en la cama, a Juan le costaba conciliar el sueño. Pensaba en Alec Duncan. Le habían matado para proteger un secreto, y luego habían registrado su apartamento para asegurarse de que no había ningún rastro, ninguna pista, que pudiera conducir a ese secreto. ¿Qué podría ser tan grave como para asesinar? ¿Y quién en el Barrenton era capaz de matar fríamente? Solo era clara la participación en aquel asunto de una persona: Angus Fraser, el subdirector, pues había sido él quien presionó a Duncan para que dejara de preguntar por la Reflection Chamber. Pero a Juan le costaba mucho imaginarse a Fraser matando a alguien. A no ser que el secreto fuera especialmente comprometedor. Pero ¿qué podía ser…?

Juan se dio cuenta de que estaba pensando en círculos e intentó relajarse. Pero no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Porque luego estaba esa extraña palabra, LIMEN. ¿Tenía que ver con el asunto, o era cualquier otra cosa, un dentífrico, una tienda, crema para las hemorroides, lo que sea…? Tenía que averiguar lo que significaba, si es que significaba algo.

Eso le sirvió para centrar sus pensamientos. ¿Qué cosas concretas podía hacer él para intentar resolver el misterio? Solo se le ocurrieron tres. Todas eran complicadas y para todas iba a necesitar ayuda.

Al día siguiente, a primera hora, se celebró en la capilla del colegio un servicio fúnebre en memoria de Alec Duncan. Juan no era creyente, pero asistió a la ceremonia por respeto a su tutor. Charles Buchanan, el director, dijo unas palabras, y el capellán, Rupert Turner, pronunció un sentido responso. Todo muy solemne, muy sentido, aunque Juan no podía evitar pensar que entre los que asistían al funeral muy bien podía estar el asesino.

Más tarde, durante la hora de estudio en la biblioteca, buscó en un diccionario el significado de la palabra «LIMEN». Era un término latino que significaba «umbral». Es decir, el punto de paso entre un lugar y otro. Juan no le encontró el menor sentido.

Por la tarde, cuando finalizaron las clases, se reunió con Saint-Clair, Cruz y Bianchi en su habitación. Quería pedirles algo.

—Voy a intentar averiguar quiénes y por qué mataron a Alec Duncan —dijo—. Pero necesito vuestra ayuda.

—Cuenta con ella —dijo Cruz.

—Por supuesto —asintió Saint-Clair.

—Somos los cuatro mosqueteros —agregó Bianchi.

Juan inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento.

—Gracias —dijo. Se volvió hacia Bianchi—. Una pregunta, Beppe: ¿podrías hackear los ordenadores del colegio?

—Sin un ordenador no. Y no lo tengo.

—Pero si lo tuvieras, ¿podrías?

Bianchi sonrió con suficiencia.

—¿Puede un pájaro volar? —respondió—. Claro que sí; me encantaría.

—Genial. ¿Qué clase de ordenador necesitarías?

Bianchi reflexionó durante unos segundos y respondió:

—Uno que tenga un procesador i7 o Ryzen 7, con al menos treinta y dos gigas de RAM y un SSD de un tera. Y que pueda correr Linux sin problemas.

—Vale. Si no te importa, me lo apuntas luego. ¿Alguna marca en particular?

—Por ejemplo, MacBook Pro o ThinkPad X1 Carbon.

—¿Cuánto puede costar?

—Entre mil quinientos y dos mil quinientos euros.

—¿Vas a comprarlo, Juan? —preguntó Saint-Clair—. ¿Cómo?

—Hay un tipo en el megalito que surte a los alumnos de alcohol, tabaco, drogas, lo que sea.

—He oído hablar de él —intervino Cruz—. Se llama Fergus y, por lo que dicen, trabajaba en el Barrenton hasta que lo corrieron por ladrón.

—Menudo pájaro —comentó Bianchi.

—Otra cosa —prosiguió Juan—. Ahora no hay nadie en la Reflection Chamber. Quiero verla, pero se encuentra en la planta superior del edificio principal, detrás de una puerta cerrada con llave. Necesito que me enseñes a abrirla, Luc.

Saint-Clair estiró los brazos, desperezándose.

—Con tiempo, claro que te podría enseñar a abrir cerraduras corrientes —dijo—. Pero… No puedes intentarlo de día, porque podrían pillarte, así que lo harás de noche, cuando el edificio está cerrado. ¿Cómo entrarás? Por la puerta principal no, demasiado a la vista. Entonces por una puerta trasera. Pero ¿y si tiene una cerradura de seguridad? No sabrías forzarla. ¿Y si hay un sistema de alarma? No sabrías desconectarlo. —Sonrió—. En resumen: iré contigo.

Al poco rato, Saint-Clair y Bianchi se fueron a sus habitaciones; sin embargo, Cruz se quedó sentado en la cama y preguntó:

—¿Podemos hablar un momentito, Juan?

—Claro.

Cruz bajó la mirada y tras una pausa la volvió a alzar.

—Quería decirte que…, bueno, no tengo las habilidades de Luc y Beppe, pero me gustaría ayudar. Y en este momento me siento un poco inútil.

—Yo tampoco tengo sus habilidades, Pancho…

—Pero tienes iniciativa —lo interrumpió el mexicano—, y estás dispuesto a arriesgarte. Y tienes principios.

—Y tú también.

Cruz apoyó los codos en las rodillas y sacudió la cabeza con desánimo.

—Yo no sé qué soy ni qué tengo —murmuró. Luego, tras un suspiro, añadió—: Nunca les he confesado por qué mi padre me inscribió en el Barrenton. ¿Quieres saberlo?

—Si tú quieres contármelo… Pero es asunto tuyo; haz lo que te parezca.

—Quiero contártelo. —Hizo una pausa—. Ya os hablé de mi padre, Edelmiro Cruz.

—El Puma de Matamoros —asintió Juan—; lo recuerdo.

—Exacto. Mi padre es narcotraficante, el jefe del cártel de Matamoros. Yo soy su hijo mayor; pero ni mis hermanos, ni mi madre ni yo vivimos con él, porque siempre tiene que andar escondido. Es lógico: lo buscan la Guardia Nacional, la Fiscalía, la DEA…, todo el mundo. Nosotros, su esposa y sus cuatro hijos, vivimos en un fraccionamiento de lujo de Loma Bonita, en Tampico. Cuando quiere vernos, manda a su gente por nosotros y nos llevan hasta donde esté. Pero eso casi no pasa; una o dos veces al año, cuando mucho. El resto del tiempo, allá en Tampico, vivimos con protección de los sicarios de mi padre, porque siempre existe el riesgo de que algún cártel rival nos levante.

—¿Que os levante? —preguntó Juan, extrañado.

—Que nos secuestre —le aclaró Cruz.

—Pues vaya estrés…

—Mucho. Allá, en México, tengo que andar siempre con guardaespaldas. Incluso aquí, en Escocia, porque mi padre mandó a varios de sus hombres a Fort William, por si necesito ayuda. Pero así ha sido desde que nací, estoy acostumbrado. Sin embargo, la pasada primavera ocurrió algo distinto. —Suspiró—. Verás, como primogénito se supone que soy el heredero de mi padre, que algún día seré el jefe del cártel de Matamoros. Así que él decidió que yo debía empezar a aprender el oficio, y un día sus hombres vinieron a buscarme. Me llevaron a un lugar de la sierra de Tamaulipas, a unas cuatro horas de Tampico. Es una zona selvática y montañosa a la que es difícil llegar y por la que no es fácil moverse. Allá, oculta en la selva, mi padre tiene una estancia con una gran mansión. Pues

bien, al día siguiente de mi llegada, después de desayunar, me dijo que lo acompañara, que ya iba a empezar a enseñarme, y me llevó al patio trasero. En ese patio había…

Hizo una pausa para tragar saliva, pero tenía la boca seca, de modo que se disculpó, fue al baño y bebió del grifo. Cuando regresó, se sentó en la cama, perdió la mirada y guardó un prolongado silencio. Por la expresión de su rostro era como si estuviese recordando algo que no quería recordar.

—¿Qué había en el patio, Pancho?

Cruz lo miró y esbozó una sonrisa que apenas duró un instante.

—Estaba Manuel, la mano derecha de mi padre, y dos de sus hombres. Y también había un tipo sentado en una silla, amarrado de pies y manos y con una mordaza. Mi padre lo señaló y dijo: «Esta escoria se llama Teodomiro Mateos. Trabajaba para nosotros y descubrimos que le estaba pasando información a nuestros rivales, los del cártel del Noreste. Es una rata que no merece vivir». Entonces extendió la mano y Manuel le pasó una Glock…

—¿Qué es una Glock?

—Una pistola semiautomática de nueve milímetros. —Respiró hondo—. Mi padre me la dio a mí y me ordenó: «Mátalo».

Juan se quedó con la boca abierta.

—No me jodas… —murmuró.

—Me quedé helado —prosiguió Cruz—. Empuñé el arma; sabía cómo usarla, ya había disparado otras veces… pero contra latas o botellas, no contra personas. Todos me miraban, mi padre, Manuel, sus hombres, todos esperando a que matara a ese infeliz. Las manos y las piernas me temblaban. Le encañoné; el tipo tenía los ojos bien abiertos y agitaba la cabeza de un lado a otro, suplicándome con la mirada que no le disparara. Tuve que tragar saliva varias veces para no vomitar el desayuno. Apreté el dedo contra el gatillo y…

—¿Qué pasó?

—Que no fui capaz. Bajé el arma; lo único que alcanzaba a decir era «no puedo, no puedo…». Estaba a punto de echarme a llorar. Entonces mi padre me arrebató la pistola de un manotazo y le disparó al tipo entre las cejas. Luego me soltó una cachetada, me dijo que era un flojo y un cobarde, que se avergonzaba de mí, y me

mandó a mi cuarto. A la mañana siguiente, sus hombres me regresaron a Tampico; mi padre ni siquiera se despidió de mí. Un mes después nos escribió para decirnos que me había matriculado en el Barrenton, a ver si acá me hacían un hombre. —Suspiró—. Y ya, eso es todo. Ya sabes por qué estoy aquí: porque soy un cobarde.

Juan enarcó las cejas y se frotó los ojos.

—¿Un cobarde, dices? —Negó con la cabeza—. No te falta valor, Pancho, ni eres un flojo. Lo que pasa es que tienes conciencia y empatía.

—Ya, pero es que la conciencia y la empatía son un lastre en el mundo de mi padre. Por eso quería enseñarme a matar, porque en su trabajo es necesario ser cruel.

—¿Y tú quieres vivir en ese mundo?

—¡No! —casi aulló Cruz—. No quiero matar, ni que me maten, ni andar siempre escondido, ni que me persiga la DEA… Pero es mi legado y supongo que no tengo más remedio que aceptarlo.

—¿Por qué?

—Pues porque las cosas son así.

—Las cosas son como tú decidas que sean.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —replicó Cruz—. Tu padre es millonario, ¿no? Pues cuando llegue el momento, tú también vas a recibir una herencia; solo que, para tu suerte, la tuya no va a estar manchada de sangre, como la mía.

Juan sonrió y guardó un breve silencio, como si estuviera sopesando cada palabra de lo que iba a decir.

—Cuando mi padre muera y yo herede —respondió—, venderé sus acciones, sus casas, todas sus posesiones, vaciaré sus cuentas bancarias, y todo el dinero que obtenga lo donaré para causas sociales. —Suspiró—. Soy un privilegiado, Pancho, como todos los que estamos aquí; aunque a veces tengo la sensación de que soy el único consciente de eso. Si aceptara mi herencia, si recibiera un montón de dinero que no me he ganado y viviera de las rentas, me convertiría en un maldito parásito. No es justo recibir tanto sin ningún mérito ni esfuerzo. Mi padre no nació siendo rico; se hizo millonario gracias a su talento y su trabajo, y ahora lleva la vida de

un pachá. Pues muy bien, ole sus huevos, se lo ha ganado. Pero ¿qué he hecho yo para merecer una fortuna? —Negó con la cabeza —. Nada. Lo justo es que ese dinero vuelva a la sociedad.

Cruz se lo quedó mirando de hito en hito y preguntó:

—¿Eres comunista?

Juan se echó a reír.

—No, Pancho, no soy comunista. Pero sé lo que está bien y lo que está mal. —Hizo un gesto vago—. Lo que quería decirte es que nadie puede obligarte a aceptar una herencia. Eso lo decides tú.

Cruz respiró hondo y se incorporó.

—Gracias por los consejos —dijo—, y por escucharme. Y ya sabes, Juan: si me necesitas para algo, nada más dime.

En realidad, Juan no necesitaba a Cruz para sus planes; pero el destino es caprichoso y, más adelante, esa amistad supondría la diferencia entre la vida y la muerte.

11

El desconcertante misterio de la Cámara de Reflexión

Aquella noche, Juan había quedado con Aura en el túnel. Aunque tenía claro que ella no quería saber nada de sus planes, en cuanto llegó le contó lo que se proponía hacer. Aura le escuchó en silencio, sin hacer comentarios, inexpresiva. Luego, cuando él acabó de hablar, preguntó:

—¿Estás seguro de que han asesinado a tu tutor?

—Sí.

—Pues entonces no metas las narices. Y durante la próxima salida denúncialo a la policía.

—No puedo probarlo. Precisamente eso es lo que quiero encontrar: pruebas.

Aura abrió la boca para responder, pero cambió de idea. Negó lentamente con la cabeza y miró de nuevo a Juan.

—¿Por qué quieres meterte en líos? —preguntó.

—Por Archy, para averiguar qué le han hecho.

—Por Archy, claro; porque es tu amigo. Pero también porque crees que en el Barrenton sucede algo injusto… No, más que injusto: delictivo. Y eres incapaz de no hacer nada, ¿verdad? Porque siempre haces lo correcto.

—Lo intento —respondió Juan.

—Tienes vocación de héroe, campeón. —Sonrió ella—. No puedes evitarlo.

—Yo no…

—Ah, venga, no lo niegues. Incluso tienes la modestia del héroe. —Chasqueó la lengua—. Así eres y no vas a cambiar. Pero mira

dónde estamos. Este túnel es nuestro secreto…, bueno, y el de Pancho y Gabriela, por tu culpa. Pero ahora es tuyo y mío. Aquí no hay profesores, ni conspiraciones, ni asesinatos. —Se levantó del cajón, se sentó a horcajadas sobre Juan y le pasó los brazos alrededor del cuello—. Solo estamos tú y yo —prosiguió—. Los problemas se quedan fuera y nosotros podemos relajarnos un poco. ¿No te parece, campeón?

Dicho esto, le besó. Después, cuando sus labios se separaron, Juan se la quedó mirando en silencio unos segundos sin pensar en nada, y de pronto, como obedeciendo a un impulso, dijo:

—Te quiero.

Juan notó que Aura se tensaba.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—A que te quiero. Estoy enamorado de ti.

Aura se incorporó y se lo quedó mirando con los puños apretados.

—¿Por qué tienes que estropearlo todo? —dijo.

—¿Que te quiera está mal? —replicó él, poniéndose en pie.

—¡Sí! Te lo advertí, te dije que no te enamoraras de mí.

—Uno no elige enamorarse; es algo que ocurre. Y tú también me quieres, lo noto.

—Claro que puedes decidir si te enamoras o no. Y tú estás confundiendo sexo con amor. Ah, y no te quiero. Estás bueno y me caes bien, por eso follo contigo. Nada más.

—¿Eso es lo que soy para ti, un trozo de carne?

—Sí, y eso es lo que quiero ser yo para ti, un trozo de carne.

Sobrevino un silencio. Juan cerró los ojos e inspiró profundamente. Luego, preguntó con voz calmada:

—¿Por qué te da tanto miedo enamorarte?

Aura demoró unos instantes la respuesta.

—Porque el amor ata, hace que dependas de otra persona. ¿Y todo por qué? Pues porque cuando te enamoras tu cuerpo libera dopamina, serotonina y todas esas mierdas. El amor no es más que un colocón de drogas. Y cuando uno está drogado ve las cosas deformadas. Lo sé por experiencia.

Otro silencio.

—Qué romántico… —ironizó Juan.

—Justo lo que no quiero, romanticismo. —Aura suspiró—. Me gusta follar contigo, campeón, y eso es todo. Nada de cogernos de las manos y susurrarnos cositas al oído. Te ofrezco mi cuerpo, no mi corazón.

Juan, muy serio, asintió despacio con la cabeza.

—Buena frase esa última —dijo—. ¿La has ensayado o es que la has empleado mucho?

—Tampoco hace falta ponerse borde.

Otro silencio más.

—Tienes razón, perdona. —Juan carraspeó para aclararse la voz—. Vale, está claro lo que me ofreces. Pero para mí no es suficiente.

Aura se encogió de hombros.

—Pues entonces no hay nada más que hablar.

—No, no lo hay. —Juan titubeó unos instantes y añadió—: Buenas noches.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida por el torreón.

Juan estaba muy enfadado. Con Aura, por supuesto, pero sobre todo consigo mismo. De forma alternativa se arrepentía de haber roto con ella, para acto seguido reafirmarse considerando que había hecho lo correcto, para luego arrepentirse y vuelta a empezar. Era como estar en una de esas atracciones de feria que te suben, te bajan y te zarandean de un lado a otro. Puede que hubiera roto con Aura, pero seguía enamorado de ella.

De modo que Juan intentó olvidarla concentrándose en sus estudios y, sobre todo, en sus pesquisas. Aprovechando su escaso tiempo libre, se propuso como primera tarea localizar entre el alumnado a algún cliente de Fergus, el proveedor de las Piedras del Gigante. No tardó en dar con uno, un chico de dieciséis años llamado Oliver Thompson. Habló con él en el campo de rugby, después de un encuentro, y le preguntó cómo podía ver al tal Fergus.

—No suele venir regularmente —le explicó Thompson—. Lo mejor es citarse con él. Yo he quedado pasado mañana, si quieres le digo

que estás interesado en verle.

—Te lo agradezco.

—Si lo que quieres es marihuana o alcohol, Fergus siempre lleva encima.

—No. Es un encargo.

—Pues tendrás que pagárselo por adelantado.

Tres días más tarde, Thompson le buscó para decirle que Fergus le esperaba en los megalitos el 1 de febrero a las 23.30. También le explicó cuáles eran los mejores lugares para saltar el muro.

—Has sido muy amable —dijo Juan—. Gracias.

—Sí, soy un encanto. —Thompson le dedicó una mirada irónica—. Pero Fergus me hace descuento por cada cliente que le llevo, así que gracias a ti.

El 1 de febrero caía en domingo; faltaban cinco días. Juan dedicó ese tiempo a buscar a los alumnos que habían pasado por la Reflection Chamber para interrogarlos. Habló con seis y todos le contaron la misma historia que ya conocía: durante el mes de aislamiento en la Cámara, se habían aburrido y no había ocurrido absolutamente nada, salvo las visitas del doctor Patel. Todos habían salido de la reclusión más tranquilos y nadie había experimentado deseos de suicidio.

Finalmente, llegó el domingo, cayó la noche y Juan, amparado por las sombras, saltó el muro del colegio y se dirigió a su cita en las Piedras del Gigante.

El cielo estaba despejado y la luna llena brillaba tanto que Juan no necesitó encender la linterna mientras recorría el sendero que conducía al megalito. La noche era muy fría, quizá por debajo de los cero grados. Mientras caminaba, su aliento se condensaba en blancas vaharadas. No se oía nada, salvo el rumor del viento y el ocasional ulular de un búho.

El círculo de piedras parecía desierto cuando llegó a él. Se detuvo en el centro del megalito, dispuesto a esperar; y entonces el haz de luz de una linterna incidió en sus ojos, deslumbrándolo.

—¿Eres Juan? —preguntó una voz.

—Sí —respondió, haciendo pantalla con un brazo para protegerse los ojos de la luz—. Y tú Fergus, supongo.

La linterna se apagó y un hombre surgió de detrás de uno de los menhires. Tendría treinta y tantos años, era pelirrojo como Ginger, delgado, con el rostro cuajado de pequeñas cicatrices de acné.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó—. Tengo maría muy buena, muy fresquita.

—No, gracias. Quiero que compres algo por mí: un ordenador portátil.

El hombre frunció el ceño, extrañado.

—¿Un ordenador? —dijo—. Eso es muy caro…

Juan sacó del bolsillo nueve billetes de quinientos euros.

—Te lo pagaré por adelantado. El ordenador valdrá, como mucho, dos mil quinientos euros. Yo te daré ahora cuatro mil, y otros mil cuando me lo traigas. En total, cinco mil. Más o menos unas cuatro mil trescientas libras.

Fergus miró con recelo a Juan y con codicia al dinero que el joven sostenía en una mano.

—¿Qué clase de ordenador? —preguntó.

Juan le entregó el papel que le había dado Bianchi. El hombre le echó un vistazo y torció el gesto.

—¿Qué coño es esto? No entiendo una mierda.

—Da igual. Enseña esa nota en la tienda y ellos lo entenderán.

Fergus dudó unos instantes, miró el dinero y asintió con la cabeza. Luego, tendió la mano para coger los billetes, pero Juan los apartó de su alcance.

—Necesito el portátil pronto —advirtió—. Como mucho, en una semana.

—Yo qué sé si lo tienen en stock o hay que pedirlo a Edimburgo —protestó Fergus—. Pero bueno, lo intentaré. Vuelve aquí el próximo viernes a la misma hora.

Juan le entregó el dinero; Fergus contó los billetes y se los guardó en un bolsillo. Entonces a Juan se le ocurrió algo.

—Hace una semana —dijo—, apareció aquí, en las piedras, el cadáver de un profesor del colegio. ¿Viste algo?

Aunque la única fuente de luz que había era la de la luna, Juan advirtió con claridad que el rostro de Fergus se tensaba.

—Yo no he visto nada —respondió el hombre con brusquedad.

—Pero ¿estabas aquí?

—No, no estaba. Ahora lárgate, chico, que tengo más clientes.

Juan se lo quedó mirando durante unos segundos; luego, se despidió con un cabeceo y echó a andar de regreso al colegio. Mientras caminaba, estaba convencido de que Fergus mentía. Sí que había visto algo.

El siguiente paso era registrar la Reflection Chamber. Juan se aseguró otra vez de que no había nadie recluido en ella, y se puso de acuerdo con Saint-Clair en intentar entrar en el edificio principal la noche del miércoles.

Cuando llegó el momento, a las 23.00, Juan se dirigió a la habitación de Saint-Clair. Lo encontró vestido enteramente de negro, sentado frente a un espejo y embadurnándose la cara con betún.

—¿Qué haces? —le preguntó Juan.

—Camuflándome para que no se me vea de noche.

Saint-Clair acabó de tiznarse la cara, se encasquetó un gorro negro en la cabeza y se volvió hacia Juan.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

—Pareces un ladrón.

—Gracias. —Sonrió Saint-Clair—. ¿Quieres un poco de betún?

Juan negó con la cabeza.

—Si nos pillan a los dos con ese aspecto van a pensar que hemos entrado a robar.

—No nos van a pillar —replicó con suficiencia el canadiense—. El éxito de una infiltración depende de lo bien que la hayas planificado, y yo he preparado esta de puta madre. El edificio principal tiene dos entradas traseras, dos puertas de hierro: una está clausurada, así que olvídate de ella; la otra tiene cerradura y es accesible. Pero hay dos problemas: primero, la puerta tiene cerradura de seguridad.

—¿Y no puedes forzarla?

—Claro que sí; ¿por quién me tomas? Pero tardaré algo más, eso es lo malo…

—¿Y el segundo problema?

—Que esa puerta está justo debajo de un farol. Estaremos al descubierto, más iluminados que Taylor Swift en un escenario. Pero hay solución. —Abrió un cuaderno, cogió un bolígrafo y dibujó un rectángulo grande—. Esto es el recinto del Barrenton —dijo. Luego comenzó a insertar rectángulos más pequeños—. Esto es el edificio principal, esto la enfermería, la capilla, el campo de deportes, las casas de estudiantes… Pues bien, por las noches hay dos guardas de seguridad patrullando. Cada uno se sitúa en un extremo del recinto y comienzan a dar vueltas a la vez en el sentido contrario a las agujas del reloj; así pueden ver y vigilar constantemente la mayor parte de terreno. Si cualquiera de los guardas pasa por aquí, por aquí, por aquí y por aquí… —señaló con el dedo varios puntos del tosco plano que había dibujado y concluyó—, nos verá y, hala, a los leones. Sin embargo, cuando uno de los guardas tuerza la esquina de la enfermería dispondremos de un espacio de tiempo en el que ninguno de los dos podrá vernos.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis minutos, más o menos.

—¿Y podrás forzar la cerradura en seis minutos?

Saint-Clair se encogió de hombros.

—Más nos vale —respondió—. Esa cerradura tiene cinco pernos y hay que manipularlos uno por uno hasta que estén alineados. En teoría, podría forzarla en tres o cuatro minutos, pero a veces un perno se resiste y la cosa se alarga.

—¿Y qué pasa si alguno de los guardas camina más deprisa esta noche y se adelanta?

—Pues que nos pillarían, Juan. ¿Conoces algún plan perfecto? Venga, vámonos.

Salieron de la casa y, amparándose en las sombras, se dirigieron a la parte trasera del edificio principal, hasta detenerse a unos treinta

metros de distancia, acuclillados detrás de un seto. Hacía mucho frío.

El lugar estaba en silencio, sumergido en una oscuridad solo quebrada por los conos de luz que las farolas proyectaban hacia el suelo. A lo lejos se escuchaban los pasos de un guarda aproximándose. Saint-Clair sacó del bolsillo su estuche de herramientas y cogió una ganzúa y una varilla doblada en forma de zeta.

—Cuando el guarda desaparezca detrás de la enfermería —susurró —, pones en marcha el cronómetro y echamos a correr hacia la puerta. Tenemos seis minutos, ¿de acuerdo?

Juan asintió. El sonido de los pasos fue incrementándose, hasta que el guarda apareció por la derecha, siguiendo el sendero que se extendía por delante del edificio principal. El hombre pasó de largo y, al cabo de un par de minutos, desapareció por detrás del edificio de la enfermería.

—¡Ya! —exclamó Saint-Clair.

Juan puso en marcha el cronómetro de su reloj de pulsera y ambos echaron a correr en dirección a la parte trasera del edificio principal. Se detuvieron frente a una puerta de hierro pintada de verde, situada justo bajo una farola, como había dicho Saint-Clair. El canadiense, de rodillas frente a la puerta, insertó con la mano izquierda una varilla doblada en el ojo de la cerradura.

—Esto es el tensor —murmuró. Introdujo otra herramienta en el mecanismo y añadió—: Y esto es una ganzúa curva. Vamos a por el primer perno.

Siguió hurgando en el interior de la cerradura y sonó un clic.

—Primer perno en su lugar —dijo en voz baja—. A por el segundo.

—Ha pasado un minuto —anunció Juan.

Al poco, sonó otro clic.

—Ya está el segundo perno —murmuró Saint-Clair—. Ahora el tercero.

—Minuto y medio —anunció Juan.

—Deja de cantarme el tiempo, que me pones de los nervios — susurró Saint-Clair—. Avísame cuando falte un minuto.

Una lechuza ululó a lo lejos. El viento arrancó susurros a las hojas de los árboles. Saint-Clair, de rodillas frente a la puerta, trabajaba a toda prisa en la cerradura. Sonó un tercer clic. Y algo después, el cuarto. Habían transcurrido cuatro minutos. Sonó el quinto clic, seguido de una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan.

—Que cuando alineo el quinto perno se desalinea el primero…

—Pues falta un minuto.

Los segundos parecían transcurrir más rápido de lo usual. Mientras Saint-Clair se afanaba en forzar la cerradura, Juan encajó los dientes con la mirada fija en el cronómetro. Transcurrieron los seis minutos. De pronto, el guarda apareció por el otro extremo del recinto. Afortunadamente, les daba la espalda; pero bastaría con que girase la cabeza para descubrirlos.

Juan contuvo el aliento. Unos segundos después, sonó otro clic y la puerta se abrió con un leve gemido de óxido.

Sin decir nada, los dos jóvenes entraron en el edificio a toda prisa.

Al cerrar la puerta a sus espaldas se sumieron en una absoluta oscuridad. Juan encendió la linterna y paseó el haz de luz a su alrededor; se encontraban en un almacén con largas baldas en las paredes llenas de todo tipo de pertrechos de oficina: cajas con bolígrafos, folios, lápices, cartuchos de tóner, carpetas, papel para impresoras…

—Por los pelos —murmuró—. Se te ha resistido la cerradura, ¿eh, Luc?

—Es lo que tienen las de seguridad: las abres, pero no sabes lo que vas a tardar. Ahora hay un pequeño problema que no hemos comentado —dijo Saint-Clair—. Conocemos la parte delantera del edificio, pero estamos en la trasera y no tenemos ni idea de cómo es.

—Pues vamos a verlo.

Salieron del almacén y desembocaron en un largo corredor que se extendía jalonado de puertas en su lado izquierdo.

—Deben de ser más almacenes —comentó Juan mientras recorrían el pasillo.

Avanzaron unos sesenta metros y llegaron a la única puerta situada a la derecha. Saint-Clair se detuvo junto a ella e intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—Creo que da a la escalera. —Sacó del bolsillo su estuche de ganzúas y pidió—: Alúmbrame, por favor.

Juan hizo lo que le solicitaba su amigo. Saint-Clair escogió un tensor y una ganzúa y se acuclilló frente a la puerta.

—Esta cerradura es una Lowe & Fletcher normal y corriente —comentó—. Está chupada.

En efecto, menos de treinta segundos después, la puerta se abrió con un chasquido. Como había supuesto Saint-Clair, daba acceso al vestíbulo, al lado de la escalera principal. El lugar estaba levemente iluminado por el resplandor de las farolas que se colaba por las ventanas. Los dos jóvenes se dirigieron a la escalera y comenzaron a remontar los primeros peldaños; pero se detuvieron en seco al oír unos pasos que bajaban en su dirección. Un segundo después, percibieron el brillo de una linterna.

Procurando no hacer ruido, retrocedieron y se apresuraron a ocultarse en las sombras que poblaban la intersección entre la escalera y el muro. Los pasos resonaban cada vez más próximos conforme alguien bajaba los peldaños de madera, la luz de una linterna iluminó un tramo del vestíbulo y, unos segundos después, apareció la silueta de un guarda de seguridad.

Juan y Saint-Clair contuvieron el aliento. El hombre se detuvo y desplazó el haz de luz a un lado y otro del vestíbulo. Luego, se encaminó hacia el corredor situado a la derecha; poco a poco, sus pasos se perdieron en la distancia. Los dos jóvenes respiraron a la vez.

—Podías haberme avisado de que había un guarda aquí —susurró Juan.

—Y yo qué sabía. Tampoco tuve tanto tiempo para prepararlo.

—Pues otra como esta y me da un infarto. Venga, vamos antes de que vuelva.

Comenzaron a remontar la escalera. Intentaban hacer el menor ruido posible, pero los viejos escalones crujían y gemían a cada paso. El resplandor de las luces del exterior no llegaba hasta allí, de modo que Juan encendió la linterna. Llegaron al tercer piso, sortearon el cordón que bloqueaba el paso y subieron a la cuarta planta. Juan iluminó la puerta con la inscripción Reflection Chamber y el cartel de prohibido el paso.

—Vaya —murmuró Saint-Clair, contemplándola—; después de todo, aquí está.

—¿Qué te parece la cerradura?

—Es una Yale antigua. Pan comido.

Saint-Clair sacó su estuche de ganzúas, se acuclilló y empezó a forzar la cerradura.

—Como haya alguien aquí dentro —comentó—, a quien le va a dar un infarto es a mí.

Igual que en el caso anterior, tardó menos de un minuto en girar con el tensor el cilindro que desbloqueaba el paso.

—Ya está —dijo, incorporándose.

Juan giró el picaporte y abrió lentamente la puerta. La habitación que había tras ella estaba tan a oscuras como el resto del edificio. Cruzaron el umbral; Juan iluminó con la linterna el interior de la estancia… y no vieron una habitación blanca, sino pupitres rotos, sillas desvencijadas, cajones de madera, percheros, todo tipo de trastos viejos cubiertos de polvo.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró Saint-Clair.

Desconcertado, Juan paseó la mirada a un lado y a otro, y respondió:

—Un desván…

12

Revelaciones y amenazas

—Entonces ¿la Cámara de Reflexión no existe? —preguntó Cruz.

—Sí que existe, muchos chicos han estado en ella —respondió Juan—; pero no donde dicen que está.

Se encontraban en el cuarto de Juan; ellos dos, Bianchi y Saint-Clair.

—¿Y dónde está? —quiso saber Bianchi.

—No lo sé. —Juan se acarició el mentón, pensativo—. Los que estuvieron en la Cámara con los que hablé no me dejaron claro cómo entraron ni cómo salieron. Aunque tampoco se lo pregunté directamente… Creo que debería hacerlo.

—Lo que no entiendo es por qué el colegio miente —dijo Saint-Clair—. ¿Por qué dicen que está en un desván en vez de decir que está donde sea que esté?

Juan se encogió de hombros.

—Quizá cuando Beppe hackee los ordenadores del colegio lo averigüemos. —Se volvió hacia el italiano y le dijo—: Mañana por la noche te conseguiré el portátil.

—Genial.

—Oye, Juan —terció Saint-Clair—, ese Fergus que te va a conseguir la computadora, ¿también podría conseguir un teléfono móvil?

—¿Y para qué quieres un celular? —le preguntó Cruz—. Aquí no hay cobertura.

—Sí. Pero cuando Beppe entre a la wifi del colegio me pasa la contraseña y ya puedo conectar el móvil a la red. ¿No, Beppe?

—Claro.

Juan asintió.

—De acuerdo, le pediré a Fergus un móvil —dijo. Luego, se quedó pensativo y, tras una pausa, comentó—: Creo que sabe algo sobre la muerte de Duncan.

—¿Quién?

—Fergus. Él hace sus chanchullos en las Piedras del Gigante, y allí apareció el cadáver de Duncan. Estoy seguro de que estaba y vio algo; pero no quiere confesarlo. —Suspiró—. Tendré que obligarle a decírmelo.

—¿A puñetazos? —preguntó Cruz.

Juan soltó una carcajada.

—No seas burro, Pancho —dijo—. Hay algo mucho más poderoso que la violencia.

—¿El qué?

—La codicia.

El viernes por la noche, Juan saltó el muro del Barrenton y se dirigió a su cita con Fergus en el megalito. Estaba nublado y aún no había salido la luna, de modo que tuvo que encender la linterna para poder orientarse. Cuando llegó, Fergus ya le estaba esperando junto a uno de los menhires.

—Tengo tu encargo —le dijo a Juan cuando llegó a su lado—. ¿Tienes tú la pasta?

Juan sacó del bolsillo dos billetes de quinientos euros y se los entregó. Fergus se los guardó y sacó de una mochila que tenía a los pies una caja de cartón de mediano tamaño envuelta en una bolsa de plástico y se la dio a Juan.

—Es un ordenador cojonudo —le aseguró—. El mejor que he encontrado.

—Vale, gracias. Quiero encargarte también un teléfono móvil.

—De eso tengo aquí. —Fergus sacó de la mochila un blíster que contenía un móvil y se lo enseñó—. Un *smartphone* 4G y una tarjeta PIN prepago con cien minutos de datos. Trescientas libras.

Juan le entregó trescientos cincuenta euros y guardó el blíster en la bolsa, junto al ordenador.

—¿Algo más, chico? —preguntó Fergus.

—Pues sí. —Juan sacó un billete de quinientos euros y lo iluminó con la linterna—. Esto es para ti si me cuentas qué viste la noche que apareció el cadáver.

Fergus torció el gesto.

—Ya te he dicho que no estaba aquí —respondió, malhumorado.

Juan sacó otro billete de quinientos y lo unió al primero.

—Mil euros —dijo—. Y te prometo que jamás confesaré que me lo has contado tú.

Fergus contempló el dinero, tragó saliva y negó con la cabeza.

—Que no he visto nada, joder —masculló—. Lárgate y déjame en paz.

—Vale. —Juan sacó dos billetes de quinientos y los sumó a los otros dos—. Dos mil euros por una respuesta —dijo—. Es mi última oferta, no he traído más dinero.

Fergus cambió el peso de un pie al otro, se removió con nerviosismo, volvió a mirar los billetes y arrugó el entrecejo, como si se debatiera entre dos fuerzas opuestas. Finalmente, soltó un gruñido, tendió una mano y dijo:

—De acuerdo, chico. Dame la pasta.

Juan apartó el dinero de su alcance.

—Primero cuéntamelo —dijo.

—Ya, ¿y si luego no me das lo convenido? —replicó Fergus con desconfianza.

—¿Y si lo que me cuentas es mentira?

Fergus masculló algo por lo bajo y asintió de mala gana.

—Vale, chico, te lo cuento. —Carraspeó—. Sí que estaba aquí esa noche. Había quedado con un chaval del Barrenton, pero me dio plantón. Lo esperé hasta pasadas la una de la madrugada y, cuando estaba a punto de irme, vi llegar un coche, un todoterreno. Me oculté detrás de unas piedras y el coche se detuvo junto al círculo. Bajó un hombre, se dirigió a la parte trasera del vehículo y sacó del maletero un cuerpo; lo arrastró hasta esas rocas y lo dejó ahí tirado. Luego, volvió a montar en el coche y se fue. Cuando se perdió de

vista, me acerqué, vi que el tipo estaba muerto y me largué. Eso es todo.

—¿De dónde venía el todoterreno? —preguntó Juan.

—Del Barrenton, chico; ¿de dónde va a ser?

—¿Le viste la cara al hombre que lo conducía?

Fergus asintió.

—Pero no sabes quién era… —supuso Juan.

—Claro que lo sé. He visto esa fea cara muchas veces. Era Wallace, Ian Wallace.

Juan se quedó con la boca abierta.

—¿Wallace? —musitó—. ¿El director de seguridad del internado?

—Ese mismo hijo de puta.

—Pero… ¿lo conoces?

—Claro que lo conozco. Yo trabajaba en el Barrenton, chico, era uno de los jardineros. Hasta que hace dos años me acusaron falsamente de haber robado. Fue el cabrón de Wallace quien me echó a patadas del colegio.

Hubo un silencio. Juan bajó la mirada y se mordió el labio inferior mientras intentaba procesar la información que acababa de recibir.

—La pasta, tío —exigió Fergus.

Pensativo, Juan le entregó los cuatro billetes y preguntó:

—¿Le contarías eso a un juez?

Fergus soltó una risita sarcástica.

—Claro que sí —exclamó—. Le diría: «Verá, señoría, estaba yo esa noche vendiéndole sustancias prohibidas a menores de edad…». —Se tocó una sien con el índice—. ¿Te crees que estoy loco?

—Odias a Wallace, ¿no? Pues ahí tienes la oportunidad de vengarte.

—Oh, sí, por supuesto; me encantaría ver a ese cabrón entre rejas. Pero no a costa de que me enchironaran a mí también. Olvídalo, chico; y si se te ocurre decir que te lo he contado yo, lo negaré. Ahora lárgate de una vez.

Tras unos instantes de duda, Juan se dio la vuelta y echó a andar en dirección al internado. Hacía mucho frío, pero, abstraído en sus pensamientos, no lo notaba. Hasta esa noche, en el fondo de su mente albergaba la posibilidad de que todo fueran imaginaciones

suyas, de que la muerte de Duncan fuera fruto de un accidente, de que nadie hubiera matado a nadie. Pero ahora tenía la certeza de que en el Barrenton había, por lo menos, un asesino.

Aunque era muy tarde, cuando Juan regresó a su habitación se encontró con Bianchi esperándolo. El joven hacker llevaba mucho tiempo sin pulsar un teclado, pues su padre se lo había prohibido; de hecho, ni siquiera asistía a las clases de informática, así que estaba ansioso por tener en sus manos un ordenador. Cuando se lo entregó, Juan le preguntó:

—¿Qué tal es? ¿Te vale?

Bianchi abrió la caja y sacó el portátil.

—Es de lo más barato que hay —respondió—. Pero para lo que voy a hacer me sirve de sobra. ¿Cuánto te ha costado?

—Cinco mil euros.

Bianchi soltó un silbidito.

—Pues no vale ni mil.

Juan se encogió de hombros.

—Los precios de Fergus son para ricos —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—Es casi la una, debería irme a la cama. Pero hace tanto que no toco un ordenador… Creo que iré a mi habitación y empezaré a trastear con la red.

—Hazlo desde aquí, si quieres.

—¿No tienes sueño?

—No mucho, la verdad.

—Bueno, pues vamos a ello.

Bianchi sacó el portátil y lo dejó sobre la mesa. Luego, desenrolló un cable, conectó el equipo a la red eléctrica y encendió el ordenador. Mientras el sistema se iniciaba, preguntó:

—¿Le has sonsacado algo a ese tipo?

—¿A Fergus? Sí, mañana os lo contaré.

Cuando el sistema estuvo operativo, Bianchi pulsó rápidamente el teclado y contempló lo que ponía en la pantalla.

—Vale —murmuró—, tenemos todo lo que necesitamos. Ahora lo más sencillo: detectar la red.

Tecleó de nuevo con la mirada fija en la pantalla.

—Hay tres redes wifi —dijo por lo bajo—. Una se llama Holloway Abbey School. Otra Barrenton College…

—¿Y la tercera?

—Es un número, no tiene nombre. —Comenzó a teclear—. Me olvido de la Holloway y me centro en las otras dos…

Durante los siguientes diez minutos, Bianchi manipuló el teclado en silencio. Al cabo de ese tiempo, se recostó en la silla y dijo:

—La wifi del Barrenton usa un protocolo de cifrado obsoleto.

—¿Cómo de obsoleto?

—Como dejar la puerta cerrada con una cuerda. Es una antigualla; no creo que la hayan cambiado desde que la instalaron. Ahora bien, la otra wifi, la que no tiene nombre, es muy distinta. Creo que es una intranet…

—Perdona —le interrumpió Juan—. ¿Qué es exactamente una intranet?

—Es una red privada dentro del colegio que solo pueden usar las personas autorizadas. Funciona al margen de la otra wifi y tiene su propio servidor. Está muy protegida: el protocolo está bien implementado y la autenticación es sólida. No parece atacable, así que de momento la dejamos de lado y nos centramos en la otra wifi.

Dicho esto, Bianchi se puso a teclear y lo siguió haciendo durante los siguientes veinte minutos. Hasta que de pronto, alzó los brazos y exclamó:

—Santa Madonna, ma quanto sono bravo! Le mura di Gerico sono crollate!

—No hablo italiano, Beppe —dijo Juan en tono paciente.

—Digo que soy muy bueno. La red tiraba de un cifrado *legacy*. He capturado el *handshake*, he reinyectado tráfico y he manipulado la negociación hasta derivar material de clave válido.

Juan dejó escapar un suspiro.

—Me pasa como con el italiano —dijo—: no entiendo nada de lo que has dicho.

—Ni falta que te hace. Estamos dentro, ya tenemos acceso a internet.

—¿Has hackeado la wifi del Barrenton?

Bianchi asintió.

—Para acceder a esa wifi hace falta una contraseña que ni tú ni yo conocemos. Así que he engañado al sistema para que también acepte otra contraseña, la que yo me he inventado.

—¿Cuál es?

—«Porcamiseria».

—Eres un genio. ¿Me firmas un autógrafo?

—No cantemos victoria, Juan; esto solo es el primer paso. Y el más sencillo. Creo que lo que nos interesa es la otra wifi, la que no tiene nombre.

—¿Por qué?

—Pues porque una intranet es el equivalente informático de una caja fuerte. ¿Y qué es lo que se guarda en las cajas fuertes? Lo más valioso.

—O lo más comprometido…

—Exacto. Pero esa intranet es como una fortaleza; no sé si podré hackearla. Desde fuera y directamente, no. Necesito una entrada lateral… —Perdió la mirada y reflexionó durante un largo minuto—. ¿Quiénes crees que tienen acceso a esa intranet?

—Pues seguro seguro, el director y el subdirector.

—Buchanan y Fraser, vale. Tendría que infectar sus ordenadores…

—Pero no ahora —dijo Juan tras consultar su reloj—. Es muy tarde, Beppe; deberíamos irnos a dormir. Mañana podemos seguir.

Bianchi apagó el portátil, lo desenchufó y se lo puso bajo el brazo.

—Seguiré un poco más antes de irme a la cama. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Beppe.

Cuando el italiano se fue, Juan se lavó los dientes, se desvistió, se metió en la cama, apagó la luz y permaneció unos minutos tumbado con las manos entrelazadas bajo la nuca. Ya sabía con seguridad que había algo siniestro en el Barrenton, y sabía también que al menos Ian Wallace y el subdirector Fraser estaban implicados en el asunto.

Ahora había que averiguar qué demonios sucedía en aquel maldito internado.

Al día siguiente, después del almuerzo y antes de que comenzaran las actividades de la tarde, Juan se reunió en un rincón del jardín con Saint-Clair, Bianchi y Cruz para contarles lo que había confesado Fergus.

—Entonces ¿Wallace es un asesino? —preguntó Saint-Clair con los ojos como platos.

—Pues no me extraña —comentó Bianchi después de un bostezo —. Lo parece.

—O es el asesino —dijo Juan—, o es cómplice del asesino, porque ha sido él quien se ha ocupado de que la muerte de Duncan parezca un accidente.

Un silencio. Estaba nublado; una ráfaga de viento frío como el hielo susurró a su alrededor. Los cuatro chicos se arrebujaron en sus chaquetones.

—Ya sabía que este era un internado duro —dijo de pronto Cruz—. Pero, neta, se pasaron: aquí si te portas mal te matan.

Se echaron a reír, aunque al poco la risa se les congeló en los labios.

—Es verdad —dijo Saint-Clair—. Corremos peligro.

Otro silencio.

—Tenéis razón —dijo Juan—. Os estoy poniendo en peligro y no quiero que por mi culpa os pase algo malo. Antes sospechábamos que podía haber criminales en el Barrenton. Ahora sabemos que los hay.

—Dejando aparte que somos los cuatro mosqueteros… —comenzó a decir Bianchi.

—Que es una tontería —le interrumpió Saint-Clair—, porque no sabemos manejar la espada ni el mosquete…

—Vale —asintió Bianchi—; dejando aparte eso, que es una tontería, somos amigos, ¿no? Pues los amigos se ayudan entre sí.

Además, nadie me va a pillar. Lo bueno de hackear es que se hace a distancia y en plan anónimo.

—A mí, eso de correr riesgos me da vidilla —terció Saint-Clair.

—Y yo me crie entre asesinos —concluyó Cruz—; así que como en casa.

Juan sonrió y les dedicó una inclinación de cabeza.

—Gracias —dijo—. Vamos adelante, pero con una condición: si hay que hacer algo arriesgado, lo haré yo solo. ¿De acuerdo?

—Qué dramático te pones, español —le espetó Saint-Clair—. Por cierto, ¿qué pasa con mi móvil?

—Lo tengo en la habitación. Luego te lo doy.

—¿Es un iPhone?

—Estás tú bueno. No llega a los cien euros, pero ha costado trescientos cincuenta.

—Joder con el Fergus… Bueno, mientras funcione da igual. Luego te lo pago. ¿Sabemos la contraseña de la wifi?

Bianchi bostezó otra vez y respondió:

—«Porcamiseria».

—¿Para qué quieres el celular? —preguntó Cruz.

—Para hablar con mi novia —respondió Saint-Clair.

—Anda, no te hacía yo con novia —comentó Juan.

—¿Tan feo soy? Pues sí, tengo una novia en Canadá, es un bomboncito y será la futura madre de mis hijos. Se llama Chloé y la amo.

—Qué romántico… —dijo Bianchi.

—No os enseño una foto suya para que no la manchéis con vuestras lascivas miradas. Bueno, a Beppe sí, que es gay.

—Se nota que la quieres mucho —comentó Cruz.

—Estoy loco por ella. ¿Por qué creéis que no he participado en esas reuniones vuestras en el túnel secreto? Porque no me interesan las chicas de la Holloway. Solo tengo ojos para Chloé.

—¿Archy te lo contó? —preguntó Juan—. Lo del túnel, quiero decir.

—Pues claro. Archy no vale para guardar secretos.

Bianchi volvió a bostezar, esta vez ruidosamente.

—Parece que te caes de sueño —le dijo Juan.

—Es que me caigo de sueño —replicó Bianchi—. Anoche me enrollé con el ordenador y no pegué ojo. Tenía mono de informática.

—¿Y ya has reventado los ordenadores del colegio? —preguntó Saint-Clair.

Bianchi chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Lo de hackear no es tan sencillo ni tan rápido, Luc —dijo—. No es como en las películas, que llega un tipo, teclea un rato y hala, ya ha vulnerado la seguridad informática del Pentágono. Eso es imposible. Para acceder a un sistema remoto bien protegido me tienen que invitar a entrar.

—¿Y cómo vas a conseguir que te inviten?

—Haciendo trampas —respondió Bianchi con una sonrisa maliciosa —. Voy a utilizar un troyano. Pero antes tengo que programarlo.

—¿Y qué…? Casi no me atrevo a preguntarlo… ¿Qué es un troyano? Por favor, explícamelo como para tontos, porque en informática soy idiota perdido.

—Un troyano es…, por así decirlo, el ábrete sésamo de los hackers. Ya os lo explicaré cuando lo acabe.

Durante los siguientes días, Juan volvió a hablar con los alumnos que habían pasado por la Reflection Chamber para formularles una sencilla pregunta: ¿cómo habían entrado y salido de la Cámara?

La respuesta fue unánime: ninguno lo recordaba, igual que le sucedía a Bennett. Su último recuerdo antes del encierro era estar siendo examinados por el doctor Patel. Y luego, al salir, lo mismo: aparecían de repente en la enfermería mientras los examinaba Patel. Y además, Patel los visitaba varias veces durante el aislamiento. A Juan ya no le cabían dudas de que el doctor Patel estaba implicado en los oscuros secretos del Barrenton.

De modo que ya tenía tres nombres: el subdirector Angus Fraser, el director de seguridad Ian Wallace y el doctor Sebastian Patel. Todos ellos formaban parte de un plan siniestro, fuera lo que fuese, un secreto tan comprometedor que estaban dispuestos a matar para protegerlo.

El viernes por la mañana, cuando estaba en clase de Filosofía, Angus Fraser, el subdirector del internado, le hizo llamar. Al presentarse Juan en su despacho, Fraser le indicó con un ademán que tomara asiento en la silla que había frente al escritorio, y se quedó mirándolo con fijeza mientras se mesaba, pensativo, la barba. Al cabo de un minuto, dijo:

—Es usted un buen alumno, señor Alvarado.

—Gracias, señor.

—No tiene por qué agradecérmelo; esa consideración es fruto de su esfuerzo. —Hizo una pausa—. Hace poco falleció su tutor, el señor Duncan; ¿le afectó mucho su trágica desaparición?

—Por supuesto; el señor Duncan era un buen profesor y una gran persona. Lamenté mucho su muerte.

—Claro, claro… Tengo entendido que practicaba boxeo con él. ¿Es así?

—Sí, señor; un par de veces a la semana.

—De modo que la relación que había entre ustedes iba más allá de lo estrictamente académico.

—Solo en lo deportivo, señor. Los dos éramos aficionados al pugilismo.

—Ya veo… Dígame, señor Alvarado: ¿Alec Duncan le habló alguna vez de algún tema alejado de los estudios? Me refiero a algún asunto peculiar, algo que se saliera de lo corriente…

Juan arrugó el entrecejo, simulando confusión.

—No sé si le entiendo, señor… —dijo.

—¿Le contó algo… alarmante?

Juan negó con la cabeza.

—No que yo recuerde, señor.

Fraser asintió con la cabeza al tiempo que murmuraba: «Bien, bien»… Luego, guardó un prolongado silencio, compuso una fría sonrisa y dijo:

—Creo que ya tiene un nuevo tutor, ¿no es cierto?

—El señor Catling, señor. También es un excelente profesor.

En realidad, era un carcamal aburrido.

Fraser volvió a asentir y le dedicó una displicente mirada, como si ya hubiera perdido el interés en él.

—Muy bien, siga así, Alvarado; sería una lástima que algo estropeara su excelente expediente. Puede retirarse.

De regreso a la clase, Juan pensó que aquello era paradójico. Evidentemente, Fraser temía que Duncan le hubiera contado algo comprometido a él, cuando en realidad había sido Juan quien había puesto a Duncan sobre la pista de aquel asunto. En cualquier caso, Duncan había averiguado la verdad, y él seguía sin conocerla.

No obstante, ¿Fraser le había llamado simplemente para asegurarse de que no sabía nada, o porque sospechaba de él? Aquella noche, una inesperada visita disipó sus dudas.

Después de cenar, Juan se encerró en su cuarto para estudiar. Faltaba un mes para los exámenes trimestrales y, con tantas distracciones, andaba un poco retrasado. Estaba repasando matemáticas cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta y, casi simultáneamente, la abrió. Era Ian Wallace, el *headporter*, o director de seguridad, del colegio. El hombre entró, cerró la puerta a su espalda y le dedicó una severa mirada a Juan. Este intentó levantarse, pero Wallace se lo impidió:

—Siéntese —ordenó. Hizo una larga pausa y prosiguió—: ¿Sabe en qué consiste mi trabajo, señor Alvarado? En que dentro de esta institución reine la paz, que todo sea plácido como una balsa. Por eso, cuando alguien agita las aguas, es mi deber intervenir. —Sus ojos se endurecieron aún más—. Ir por ahí haciendo preguntas improcedentes sobre asuntos que suscitan controversia o, lo que es peor, habladurías, resulta del todo inadecuado y no lo vamos a tolerar. ¿He sido claro, señor Alvarado?

—Me temo que no, señor.

Hubo un tenso silencio.

—¿A qué se debe su interés por la Reflection Chamber? —preguntó Wallace.

—A nada en especial, señor. Es un castigo que me parece curioso.

—Curioso… —repitió el hombre asintiendo reprobador con la cabeza—. Pues reserve su curiosidad para los estudios. Y ni se le

ocurra seguir entrometiéndose en las medidas disciplinarias del centro dando pábulo a rumores. ¿Me ha entendido?

—Ignoraba que estuviera haciendo algo incorrecto, señor. No se repetirá.

—Más le vale, señor Alvarado. —Le señaló con un dedo y añadió —: Por su bien.

Wallace guardó un prolongado silencio con la mirada, fría como una navaja de hielo, clavada en Juan, y el índice extendido, apuntándolo como si fuera una pistola. Luego, se dio la vuelta y abandonó el cuarto sin despedirse.

Juan apoyó los codos en la mesa y descansó la barbilla sobre las manos entrecruzadas. Respiró profundamente; ahora ya sabía dos cosas: que, en efecto, sospechaban de él. Y que un asesino acababa de amenazarlo.

13

Secretos, mentiras, crímenes y otras asignaturas evaluables

Durante dos días, Bianchi dedicó la mayor parte de su tiempo libre a realizar con su ordenador tareas del todo incomprensibles para sus amigos. Al cabo de ese tiempo, una oscura mañana, mientras los alumnos realizaban en el exterior la habitual tabla gimnástica, ateridos bajo una gélida llovizna, Bianchi le dijo a Juan en voz baja:

—Ya tengo entrada libre en el ordenador del subdirector.

—¿Lo has hackeado?

—No puedo hacerlo hasta que Fraser lo conecte. Pero ya ha picado el anzuelo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Venid después de comer a mi cuarto y os lo explicaré.

Juan pasó el resto de la mañana intentando prestar atención a las clases y al tiempo dándole vueltas a lo que podrían encontrar en el ordenador de Fraser. No se daba cuenta, pero se estaba obsesionando con el misterio del internado.

Más adelante, mucho tiempo después, Juan llegaría a la conclusión de que se había volcado tanto en aquella investigación para no pensar en Aura. Y en efecto, durante la mayor parte del día conseguía eludir su recuerdo; pero al caer la noche, cuando yacía a oscuras en la cama, Juan no podía evitar rememorar las facciones de ella, su voz, el tacto de su piel, sus caricias… A Juan estar con Aura le hacía daño, pero su ausencia le hería también.

Después de comer, los cuatro amigos se dirigieron al cuarto de Bianchi. Nada más llegar, este conectó el portátil, tecleó durante unos minutos y comentó:

—Ya está.

—Ya está, ¿qué? —preguntó Saint-Clair.

Bianchi se rascó la cabeza, pensativo.

—A ver cómo os lo explico —dijo—. Os comenté que estaba preparando un troyano, ¿verdad? Bueno, pues un troyano es un programa que se hace pasar por algo inofensivo para colarse en el sistema y permitir acceso o acciones ocultas. Viene de la *Ilíada*; como sabéis, los griegos estaban sitiando la ciudad de Troya, pero no podían tomarla. Así que fingieron retirarse, pero antes dejaron fuera un gigantesco caballo de madera, como ofrenda. Los troyanos introdujeron el caballo en la ciudad y luego se emborracharon para celebrar la victoria. Pero dentro del caballo se ocultaban varios guerreros que, al caer la noche, salieron, abrieron las puertas de la ciudad, entró el ejército griego y, zas, Troya cayó.

—Así que los antiguos griegos sabían informática, ¿eh?

—No, hombre. Solo os he explicado por qué esos programas maliciosos se llaman troyanos. Porque van ocultos, como los griegos en el caballo.

—Pero ¿qué has hecho en concreto? —insistió Saint-Clair.

—Leí en la biografía de Fraser que era aficionado a los coches antiguos —respondió Bianchi—. Así que hice el falso catálogo de una subasta de automóviles y se lo envié por correo electrónico. Fraser lo abrió, pero para ver las fotos de los coches tuvo que hacer clic en una ventanita. Y eso le permitió ver las fotos, pero al mismo tiempo, sin que se diera cuenta, dio permiso para instalar un programa que me da acceso completo a su ordenador. Puedo hacer con él lo que quiera.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —se interesó Cruz.

—Puedo manejar a distancia su ordenador; pero corremos el riesgo de que Fraser se dé cuenta de que el portátil hace cosas aparentemente solo. Así que estoy ejecutando un *ghost* con el programa Acronis.

—¿Un fantasma? —dijo Juan, extrañado.

—Es un término informático. Significa que estoy clonando el ordenador de Fraser. Es decir, copiando su disco duro. Tardará un

par de horas; cuando acabe, todo lo que haya en el ordenador del subdirector estará en el nuestro.

—Habrá que esperar, pues —suspiró Cruz.

—Estoy preparando otro troyano para el director Buchanan —comentó Bianchi.

—Tranquilo —dijo Juan—. De momento vamos a centrarnos en el de Fraser. Si os parece, quedamos otra vez aquí esta tarde, después de las clases.

Todos asintieron. Se morían de ganas de ver qué había en ese ordenador.

A las seis y media de la tarde, tras las actividades extracurriculares, volvieron a reunirse en el cuarto de Bianchi. El portátil estaba encendido y una ventana en la pantalla anunciaba que el clonado había concluido satisfactoriamente.

—Ya está —dijo Bianchi—. El disco duro de Fraser está copiado en el nuestro. Vamos a ver lo que hay dentro.

El italiano pulsó el teclado a toda velocidad y se quedó mirando la pantalla en silencio.

—Bueno, ¿qué hay?

—Muchas cosas —respondió Bianchi frotándose la nuca—. Demasiadas. Hay tropecientos archivos de Word y tropecientos mil correos electrónicos. ¿Por dónde empezamos?

Juan, sentado en la cama, reflexionó brevemente.

—¿Podemos buscar con una palabra clave? —preguntó.

—Claro.

—Prueba con «LIMEN».

—¿Qué es eso? —dijo Cruz.

—Una palabra que había apuntado mi tutor en un cuaderno. No sé si tiene algo que ver con este asunto, pero por si acaso.

Bianchi pulsó el teclado y observó la pantalla.

—Hay tres coincidencias en el correo electrónico —dijo—. Un mail de octubre de 2024, del doctor Patel dirigido al subdirector Fraser. Dice: «Los incompetentes de NICE han vuelto a rechazar LIMEN,

pese a las mejoras de la versión 3.0. Son definitivamente imbéciles». Y Fraser le contesta: «No te preocupes. Haremos más presión sobre NICE, hasta que cedan. Disfruta al menos de tu estancia en Londres». Eso es todo.

—¿Qué es NICE? —preguntó Cruz.

Nadie respondió. Juan hizo un gesto de incomprensión y comentó:

—¿Y qué es LIMEN? Dice que hay una versión 3.0…

—Igual es un *smartphone* —bromeó Saint-Clair.

Juan resopló y dijo:

—¿Y las otras dos coincidencias, Beppe?

—Una es una cadena de mails de mediados de julio de 2024 —respondió Bianchi—. Y en el asunto figura la palabra LIMEN. Fraser le escribe a Patel y le dice: «¿Qué tal tus vacaciones en España, Sebastian? Espero que descanses. Aquí estamos trabajando en la presentación para el NICE. Necesitamos el dosier de LIMEN 3.0. ¿Podrías enviarme una copia?». Patel le contesta: «No hay copias del dosier LIMEN, ni debe haberlas. Los máster están en la caja fuerte de mi despacho». Y Fraser insiste: «Lo necesitamos con cierta urgencia. Dime la combinación de tu caja fuerte, por favor». —El italiano se encogió de hombros—. Aquí se acaba el hilo. Al día siguiente hay un mail de Patel a Fraser que dice: «¿Te acordaste de borrar el mail que te envié ayer? No me gustaría que la combinación de mi caja anduviera danzando por ahí». Fraser le contesta: «Tranquilo. Lo borré». Y eso es todo.

—Ese mail que dicen que debía borrarse no está, supongo —dijo Saint-Clair.

—Lo borraron —confirmó Bianchi—. Pero…

—¿Hay más coincidencias de LIMEN en otros programas? —le preguntó Juan.

—Vamos a mirar en el buzón de la intranet. Por cierto, ¿sabes quiénes tienen acceso a esa intranet? El director, el subdirector, el administrador general, el secretario académico y el doctor Patel. Es decir, el Consejo Rector del internado. Y además, el jefe de seguridad Ian Wallace. Nadie más… Ahora vamos a echarle un vistazo a ese buzón.

La palabra LIMEN aparecía en veintiséis correos de la intranet, pero ninguno de ellos aclaraba qué era. Lo que sí dejaban traslucir era que se trataba de algo muy confidencial y muy delicado. Aunque eso ellos ya lo sabían.

—Pues seguimos como antes —murmuró Cruz, desanimado.

—Al menos sabemos que la respuesta está en la caja fuerte de Patel —dijo Juan.

—¿Podrías forzarla, Luc? —preguntó Cruz.

—¿Sin saber qué modelo de caja es, y sin poder leer un tutorial antes, y sin mis herramientas? No, qué va. No soy tan bueno.

Sobrevino un silencio.

—Hay una posibilidad —dijo Bianchi—. Cuando la gente borra un texto en el ordenador, piensa que ese texto ha desaparecido, pero no es así. El texto permanece inactivo y solo se borra definitivamente cuando se escribe por encima de él. Pero si eso no ha ocurrido es posible recuperar el texto. A lo mejor ese mail perdido todavía está ahí. Aunque hace año y medio que se borró y es poco probable que no lo hayan sobrescrito…

—¿Qué esperas para intentarlo, genio? —dijo Saint-Clair.

—Nunca lo he hecho… —respondió Bianchi, pensando mientras hablaba—. Tendré que bajarme una herramienta de la red. El Forensic Toolkit, por ejemplo. Y aprender a usarlo… Esto va a llevar un rato largo, chicos; poneos cómodos.

Tres horas y media más tarde, mientras Bianchi tecleaba sin descanso, Cruz dormía sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared; Saint-Clair, medio tumbado en la cama, roncaba suavemente y Juan daba frecuentes cabezadas. De pronto, Bianchi exclamó:

—*Ma quanto sono bravo, Dio mio!*

Sus tres amigos dieron un bote.

—¿Qué pasa, qué pasa…? —preguntó Cruz, sobresaltado.

—Que por fin he recuperado el mail de Patel borrado —respondió Bianchi, resplandeciendo de orgullo.

—Genial, Beppe. ¿Y qué pone? —quiso saber Saint-Clair.

Bianchi miró la pantalla y leyó en voz alta:

—«La combinación de la caja fuerte es siete, tres, cero, seis, seis, cinco. Por favor, borra este mail en cuanto lo leas».

Sobrevino un silencio. Los cuatro intercambiaron miradas inquisitivas.

—Hay que entrar en el despacho de Patel —murmuró Juan.

Saint-Clair asintió con la cabeza y bostezó ruidosamente.

—Pero no esta noche —dijo—. Me muero de sueño.

Al día siguiente, el clima cambió drásticamente. Una masa de aire polar se desplazó hacia el sur por el océano Atlántico, al tiempo que otra masa de aire húmedo y cálido procedente del Mediterráneo se dirigía al oeste. Al encontrarse ambas, una tormenta de nieve se descargó sobre las islas británicas.

El Barrenton amaneció azotado por chubascos de aguanieve y un vendaval helado. El tiempo se volvió tan inclemente que, para alegría de los alumnos, se canceló la tabla gimnástica matinal. Durante el desayuno, Juan le dijo a Saint-Clair:

—Hoy, por la noche, sería el momento perfecto para entrar en la enfermería. Con el mal tiempo que hace nadie podrá vernos.

—Ok —dijo el canadiense con la boca llena de cereales.

—Con una condición —añadió Juan—: Me abres las puertas que estén cerradas con llave, pero luego te largas.

—Eh, que también quiero enterarme de lo que encuentres…

—Te lo contaré con pelos y señales. Pero es una tontería que nos arriesguemos los dos. Bastante riesgo corres abriendo las puertas.

Saint-Clair aceptó con un encogimiento de hombros y siguió dando cuenta de su bol de cereales y leche.

—Yo quiero ayudar —se ofreció Cruz.

—Y yo —se sumó Bianchi.

—Bastante has hecho ya, Beppe. Descansa. Y tú, Pancho… —Juan se lo pensó unos instantes—. La enfermería se cierra a las siete. ¿Te

importaría vigilarla para asegurarte de que Patel y la enfermera Krause se van a esa hora?

—Cuenta con eso. Quedé con Gabriela a las once y media, en el túnel; pero si hace falta, lo cancelo.

—No hará falta. Habremos acabado antes.

En realidad, Juan podía ocuparse de esa tarea, pero no quería que su amigo se sintiera inútil y por eso se la encomendaba a él.

—Entonces ¿cuándo lo hacemos? —preguntó Saint-Clair, que ya había acabado su desayuno.

—A las 21.20 si sigue haciendo mal tiempo —propuso Juan—. Y si escampa, una hora más tarde. ¿Te parece?

El canadiense asintió con un despreocupado cabeceo.

El tiempo, lejos de mejorar a lo largo del día, empeoró. Rachas de aguanieve se alternaban con momentos en que solo caían copos, para acto seguido volver a mezclarse con el agua, siempre en medio de una fuerte ventisca.

A las 18.45, Cruz salió de la Casa Betelgeuse y, en la oscuridad de la noche, se dirigió a un punto junto al edificio principal en el que podía guarecerse un poco de la tormenta y desde el que se divisaba la enfermería. Media hora después, Cruz regresó a la casa, se dirigió al cuarto de Juan y le informó:

—Patel y la enfermera han salido de la enfermería a las siete y diez. La Krause ha cerrado con llave y luego se han ido a toda prisa.

—Genial, Pancho. Gracias.

Cruz sacudió la cabeza.

—Genial no, Juan. Lo que me pediste es una tontería. Quiero ir con ustedes; no les voy a estorbar, me quedaré vigilando mientras entran a la enfermería.

—Pero…

—No me salgas con peros, compa. Mira, Juan, sé que eres duro, pero yo también. No como para matar, pero media vida la pasé en el campo; mis amigos eran bien salvajes, así que sé pelear. No como

tú, a mi modo, medio sucio. Te va a convenir tener a un bruto como yo a tu lado.

Juan tomó aire para negarse, pero cambió de idea. Cruz tenía razón; toda ayuda sería bienvenida.

—De acuerdo, bienvenido al equipo de ladrones, Pancho. Pero te quedarás fuera.

—¡Señor, sí, señor! —bromeó Cruz fingiendo cuadrarse.

A las nueve y cuarto llegó Saint-Clair, vestido de negro, cubierto con un chubasquero y con la cara tiznada de betún. Al ver a Cruz, le preguntó:

—¿Tú también vienes?

—Alguien tiene que haceros de niñera, Luc. Me quedaré fuera, vigilando.

—Ah, vale. —Saint-Clair se volvió hacia Juan y le preguntó—: ¿Qué, vamos allá?

Juan asintió. Se puso un impermeable y los tres abandonaron el dormitorio. Para salir al exterior, tenían que pasar por delante del salón comunal, donde aún había varios alumnos despiertos. Entre ellos Young, que al verlos dirigirse a la salida se acercó y preguntó:

—¿Adónde vais con este tiempo? ¿Y qué haces disfrazado de negro, Luc? Eso es de mal gusto.

—No estoy disfrazado de negro, capullo —replicó Saint-Clair—. Voy de conspirador.

—¿De conspirador…? No me jodáis, que soy el capitán de la casa. ¿Qué vais a hacer?

—No quieres saberlo, Ginger —le dijo Juan, sonriente—. Tú tenías razón en tus sospechas: hay algo siniestro en este colegio. Y alguien tiene que hacer algo para sacarlo a la luz.

Young parpadeó varias veces, confundido, y descargó el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Debería dar parte de vosotros —murmuró.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Juan.

El joven pelirrojo negó con la cabeza.

—Buena suerte —les deseó.

Y regresó al salón.

Salieron al exterior y se dirigieron a la enfermería, evitando los conos de luz de las farolas, que ahora se veían jaspeados a causa de la lluvia y la nieve. Aunque en realidad esa precaución era innecesaria, pues no se distinguía a nadie por los alrededores; ni siquiera a los guardas que, supuestamente, debían hacer la ronda.

Al llegar a la parte trasera del edificio principal, Cruz se quedó en el mismo puesto de observación que había ocupado antes y sus dos amigos se dirigieron a la entrada de la enfermería. Juan encendió la linterna que había traído e iluminó la cerradura. Saint-Clair se acuclilló, le echó un vistazo y dijo en voz baja:

—Es una Yale vulgar. La abro enseguida.

Luego, sacó su estuche de ganzúas, escogió dos y comenzó a manipular el mecanismo. El viento aullaba a su alrededor; la lluvia y la nieve impactaban contra sus impermeables casi como perdigonadas. Pasaron un par de minutos.

—*Putain!* —exclamó el joven canadiense en francés—. *Quelle serrure de merde!*

—¿No decías que estaba chupado?

—La cerradura está helada —masculló Saint-Clair—. Las ganzúas están heladas. Mis dedos están helados. Bastante hago con no morirme de frío.

Un minuto después, la puerta se abrió con un chasquido y los dos amigos entraron a toda prisa en la enfermería.

—*Putain!*, qué frío hace… —comentó Saint-Clair echándose aliento en las yemas de los dedos.

—Al menos, aquí se está caliente.

Estaban en el vestíbulo de la enfermería. Había cuatro asientos en un extremo, y en el otro la silla y la mesa de la enfermera Krause. Se quitaron los impermeables y los dejaron sobre uno de los asientos. Luego, alumbrándose con la linterna, abrieron la puerta que daba al interior y pasaron al siguiente habitáculo. Era la consulta del doctor Patel; había una camilla, un par de asientos, un escritorio, material clínico…

Abrieron la siguiente puerta. Daba a un pasillo; a la derecha, otra puerta, y al fondo otra más. Mientras se adentraban por el corredor, Juan advirtió que en la pared, junto a la primera puerta, había una especie de hornacina.

—¿Qué es eso…? —murmuró, iluminándola. Tendió una mano y comprobó que, al empujarla, giraba sobre sí misma—. ¡Es un torno! —exclamó.

Acto seguido, intentó abrir la puerta de al lado, pero estaba cerrada con llave.

—¿Te importaría descerrajarla, Luc? —preguntó.

—Eso está hecho —respondió el canadiense.

Mientras Saint-Clair manipulaba la cerradura, Juan se fijó en que, justo debajo del torno, había dos bombonas fijadas a la pared mediante un soporte metálico. Al principio pensó que eran extintores, pero al iluminarlos comprobó que ambas ostentaban un rótulo: SEVOFLURANO.

—¿Qué es el sevoflurano? —preguntó.

—¿Un habitante de Sevoflura? —bromeó el canadiense.

Las dos bombonas estaban conectadas a un manómetro del que brotaba un tubo que se incrustaba en la pared. A la derecha había dos botones. Debajo del de la izquierda, un rótulo anunciaba: ENTRADA DE GAS. Y debajo del de la derecha: EXPULSIÓN DE GAS.

—¿Qué es esto…? —murmuró Juan para sí.

—Ya está —dijo Saint-Clair, incorporándose—. Tenemos paso libre. O, como diría Beppe: «Las puertas de Troya han caído». —Sujetó la manija con una mano y preguntó—: ¿Abro?

—Adelante.

El canadiense abrió la puerta y Juan iluminó el interior. Y ambos contemplaron con sorpresa una habitación blanca, con una cama, una silla y una mesita plegable por todo mobiliario.

—La Reflection Chamber… —musitó Saint-Clair.

—Estaba aquí, en la enfermería… En el fondo es lógico.

—¿Por qué?

—Porque está claro que el responsable de la Cámara es Patel. Fíjate en esa esquina; hay una cámara de vídeo. Ese puñetero *mad doctor* lo monitoriza todo.

—Pero ¿qué leches monitoriza?

—Lo que sea que les haga a los chicos que pasan por la Cámara. Vamos a averiguarlo.

Se dirigieron a la última puerta. En ella, un rótulo dorado rezaba: DR. SEBASTIAN PATEL. Y debajo: RESIDENT MEDICAL OFFICER. Estaba cerrada con llave.

—Tiene cerradura de seguridad —dijo Saint-Clair—. Tardaré un poquito.

En realidad, tardó menos que con la cerradura exterior; en un par de minutos, la puerta se abrió. Juan iluminó con la linterna lo que había al otro lado y vio un despacho amueblado con una librería, un escritorio sobre el que descansaba el monitor y el teclado de un ordenador de torre, un sillón y una silla. En la pared situada detrás del escritorio había un cuadro, la reproducción de un paisaje de Turner, y a su derecha el título académico del doctor Patel enmarcado.

—Gracias, Luc —dijo Juan—. Ya puedes irte.

—¿No prefieres que me quede y te eche una mano?

—Ya me la has echado. Cada minuto que pasamos aquí aumenta el peligro de que alguien nos descubra. No vale la pena que corramos ese riesgo los dos.

Saint-Clair respiró hondo y asintió.

—Como quieras —dijo—. Nos vemos luego.

—Esto está muy oscuro. ¿Quieres que te alumbre hasta la salida?

—No hace falta. Es todo recto, no hay pérdida.

El canadiense desapareció pasillo adelante. Juan entró en el despacho de Patel y miró a su alrededor. Según había visto en las películas, solo había un sitio donde ocultar una caja fuerte. Se aproximó al cuadro de Turner y lo tanteó. No estaba colgado, sino fijado a la pared con unas bisagras. Lo hizo girar sobre ellas; detrás había una caja fuerte con un teclado numérico.

Juan sacó del bolsillo el papel donde había apuntado la combinación y posó el índice sobre la tecla 7. Entonces, antes de pulsarla, se le ocurrió algo: ¿y si Patel había cambiado la combinación? Un escalofrío le recorrió la espalda; después de revelársela a Fraser habría sido lo más lógico. Bueno, se dijo, solo

hay una forma de saberlo. Conteniendo el aliento, pulsó la combinación:

7-3-0-6-6…

Por cada tecla pulsada sonaba un leve bip. Presionó el 5 y se escuchó el débil sonido de un cerrojo al correrse. El cofre estaba abierto. Tras respirar aliviado, agarró la manija y tiró de ella. La pequeña puerta blindada se abrió con facilidad. Entonces, Juan dirigió el haz de la linterna hacia el interior de la caja y miró lo que había dentro…

14

LIMEN Y OTRAS RAZONES PARA MORIR

Dentro de la caja fuerte había una pila de documentos, el pasaporte de Patel, dinero en libras y euros y un pequeño estuche. Juan lo abrió; contenía dos *pendrives*. En uno aparecía escrito LIMEN DEMO y en el otro LIMEN DOSIER.

Juan se sentó al escritorio, conectó el ordenador e insertó en un puerto USB el primer *pendrive*. Contenía un archivo de vídeo. Cliqueó sobre él; comenzó a sonar una melodía de archivo y una imagen se formó en la pantalla; una cartela que ponía: LIMEN, y debajo: LIMBIC INTERFACE FOR MODULATION OF EMOTIONAL NETWORKS.

«Interfaz límbica para modulación de redes emocionales», tradujo mentalmente Juan. Ahora ya sabía de dónde venía aquel nombre, aunque no tenía ni idea de lo que significaba.

La cartela fundió a una imagen en blanco y negro: un toro bravo en una plaza. De pronto salió del burladero un hombre vestido con traje y corbata llevando en la mano un pequeño aparato. Al verlo, el toro le embistió; pero cuando estaba a punto de empitonarlo, el hombre pulsó un botón, el animal se detuvo en seco y miró a un lado y a otro, desconcertado. La imagen se congeló.

Mientras tanto, se escuchaba la voz de Patel en *off*: «En 1963, el doctor español José Manuel Rodríguez Delgado demostró públicamente que era posible controlar la agresividad de un toro bravo mediante estimulación eléctrica. Su invento, el Estimociver, requería de la inserción de electrodos en ciertas zonas del cerebro del animal, y de un mando a distancia».

El doctor Patel apareció en la pantalla, sentado a su escritorio con una bata blanca. Siguió hablando: «Fue la primera demostración de que el control externo de las emociones era posible. Más tarde, siguieron las investigaciones de los doctores Joseph LeDoux, James Olds o Peter Milner». (PRIMER PLANO DEL ROSTRO DE PATEL). «Pero el control emocional conseguido por ellos era insuficiente y, por así decirlo, chapucero; hasta que, hace una década, mi equipo y yo desarrollamos la primera versión de LIMEN».

(PLANO MEDIO). «LIMEN es un dispositivo de neuromodulación diseñado para reducir conductas agresivas anómalas mediante intervención directa sobre circuitos subcorticales».

Aparecieron en la pantalla sendas imágenes del dispositivo; una a tamaño real —más o menos como un grano de arroz—, y otra ampliada en la que se veía una especie de chip con ganchitos en la parte inferior.

Aparecieron unos dibujos animados que ilustraban las palabras del médico mientras hablaba en *off*: «Como saben —prosiguió Patel—, el hipotálamo es la zona del cerebro que controla el comportamiento emocional de los seres humanos y de los mamíferos en general. Pues bien, LIMEN se implanta por vía endonasal. Es decir, accedemos a través de la cavidad nasal, atravesando el seno esfenoidal, hasta alcanzar una posición estable en la base del hipotálamo. No es una cirugía abierta. No hay craneotomía. El implante se realiza en menos de quince minutos. El paciente permanece consciente o bajo sedación ligera. La recuperación es rápida».

A continuación, el doctor Patel mostró un ejemplo de la eficacia de LIMEN. En la pantalla aparecieron las imágenes de un chimpancé llamado Congo en el zoológico de Nueva Delhi. El animal era tan agresivo con otros monos —sobre todo hembras y crías— que había que separarlo de los demás. Luego se veía a Congo anestesiado y a Patel implantando LIMEN a través de las fosas nasales del simio. Acto seguido, las imágenes mostraban a un Congo totalmente pacífico rodeado del resto de los chimpancés.

Tras esta triunfal demostración, Patel siguió comentando las excelencias de LIMEN, y solo hacia el final se refirió a los posibles

efectos adversos: «Cuando la modulación es demasiado amplia, no solo se reduce la agresividad, se reducen todas las emociones. En algunos pacientes, la primera inserción produce una disminución general de la reactividad emocional. Apatía, anhedonia,* en ocasiones depresión. En casos más severos, se han observado pensamientos suicidas. Por ese motivo, los pacientes requieren supervisión estrecha durante las primeras semanas tras el implante. Si estos efectos aparecen y persisten, la solución no es retirar el dispositivo. Es reposicionarlo. Una variación milimétrica en la localización modifica de forma significativa el patrón de modulación. Al desplazar el implante hacia regiones con menor implicación en la regulación global del comportamiento, podemos preservar la respuesta emocional general mientras mantenemos el control sobre los impulsos agresivos. Dado lo poco invasiva que es la intervención, el reimplante puede realizarse cuantas veces sea necesario».

Tras esto, Patel enumeró las virtudes de su invento, y el vídeo llegó a su fin. Juan se reclinó en el asiento, pensativo. Así que era eso, se dijo; a los alumnos que pasaban por la Reflection Chamber el doctor Patel les implantaba, sin que ellos lo supieran, un dispositivo llamado LIMEN que controlaba sus emociones.

Pero ¿cómo era posible que esos alumnos no fueran conscientes de aquellas intervenciones? Que te metan un chip por la nariz no es algo que se pase por alto ni se olvide fácilmente… De pronto, Juan tuvo una idea. Entró en Google y escribió: «Sevoflurano». La respuesta llegó al instante: «Gas anestésico usado en los quirófanos».

De modo que Patel gaseaba a los alumnos que estaban en la Cámara y cuando dormían anestesiados les implantaba el dispositivo. Y si había que reimplantarlo, se les volvía a gasear sin que ellos se dieran cuenta de que estaban siendo sedados.

Juan se frotó la nuca; sentía tensión en los músculos y enfado. Todo aquello le parecía horrible y al mismo tiempo increíble. Era como protagonizar un thriller de ciencia ficción, como vivir en una película de serie B… Pero lo peor no era la manipulación oculta de seres humanos que Patel llevaba a cabo, sino lo que ocurría cuando LIMEN se implantaba incorrectamente. Los efectos adversos que

describía Patel en el vídeo eran exactamente los mismos que experimentaba Bennett. ¿Cuántos chicos se habían suicidado por culpa de aquel dispositivo? Que Juan supiera, al menos cuatro. Y Bennett, su amigo, lo había intentado.

¿Cómo era posible que LIMEN fuera una tecnología médica legal?

Juan quitó el primer *pendrive* e insertó el segundo. Contenía cinco carpetas con archivos de Word y de Excel. La primera carpeta se llamaba «Especificaciones técnicas del dispositivo LIMEN», y contenía un montón de datos tecnológicos que Juan no entendía. La segunda carpeta tenía por título «LIMEN - Ensayos clínicos en animales», y la tercera «LIMEN - Ensayos clínicos en humanos fase I». Clicó sobre ella y examinó su contenido. Como sospechaba, la primera prueba de LIMEN con seres humanos se había realizado con los diez alumnos becados. Y para colmo, de los resultados del ensayo se habían excluido los tres chicos que se suicidaron, de forma que solo se evaluaban los siete casos más positivos. Eso era hacer trampas, pensó; y quitarse de encima la responsabilidad de aquellas muertes.

La cuarta carpeta se llamaba «LIMEN - Ensayos clínicos en humanos fase II». Después de la primera experiencia se había mejorado el dispositivo con una versión 2.0, y se había probado con los alumnos del Barrenton más díscolos. Juan le echó un rápido vistazo, y pasó a la última carpeta, llamada «Resolución NICE». Nada más abrirla encontró un comunicado oficial del National Institute for Health and Care Excellence. Juan lo buscó en Google: se trataba del organismo del Reino Unido que evalúa para su aprobación las nuevas técnicas médicas. Juan desplegó el documento del NICE y lo leyó:

NATIONAL INSTITUTE FOR HEALTH AND CARE EXCELLENCE (NICE)

Informe de evaluación tecnológica
Referencia: NICE/NEURO-DEV/LMN-47
Fecha: 12 de octubre de 2024

Asunto: Evaluación del dispositivo LIMEN (Limbic Interface for Modulation of Emotional Networks)

Resumen ejecutivo

El Comité de Evaluación de Tecnologías Sanitarias del NICE ha revisado la propuesta presentada para la implantación clínica del dispositivo denominado LIMEN, descrito como un chip neuromodulador insertado por vía endonasal en el hipotálamo, destinado a la supresión de comportamientos agresivos.

Descripción del dispositivo

El sistema LIMEN consiste en un microimplante diseñado para modular la actividad de redes límbicas mediante estimulación e interferencia selectiva en circuitos asociados con la agresividad.

Evaluación de la evidencia clínica

Los datos presentados incluyen:

- Estudios en modelos animales con reducción significativa de conductas agresivas.
- Ensayos clínicos limitados en humanos (fase temprana).
- Seguimiento a corto plazo (≤ 6 meses), sin datos robustos a largo plazo.

El comité identifica las siguientes limitaciones:

- Falta de estudios que evalúen efectos sostenidos.
- Insuficiente caracterización de efectos secundarios neuropsiquiátricos.
- Ausencia de grupos de control adecuados en algunos ensayos.

Riesgos identificados

El NICE considera particularmente preocupantes los siguientes hallazgos:

1. **Alteraciones afectivas severas:** se reporta una incidencia significativa de estados depresivos tras la implantación.
2. **Ideación suicida:** en múltiples sujetos se observaron pensamientos suicidas emergentes, con correlación temporal

directa tras la activación del dispositivo.

3. **Aplanamiento emocional generalizado:** la supresión de agresividad parece acompañarse de una reducción global de la reactividad emocional, afectando la motivación, el placer y la capacidad de toma de decisiones.

Consideraciones éticas

El comité subraya preocupaciones éticas significativas:

- La intervención altera rasgos fundamentales del comportamiento humano, planteando dudas sobre consentimiento informado genuino.
- Existe riesgo de uso no voluntario en contextos judiciales o institucionales.
- Definición de «agresividad»: la línea entre conducta patológica y respuesta emocional adaptativa no está claramente definida.

Balance beneficio-riesgo

Aunque LIMEN muestra potencial en la reducción de conductas violentas, el comité determina que:

- Los beneficios observados no superan los riesgos graves identificados.
- La intervención compromete funciones emocionales esenciales para el bienestar humano.

Conclusión

El NICE rechaza la aprobación del dispositivo LIMEN para uso clínico en su forma actual.

Firmado:
Comité de Evaluación de
Tecnologías Sanitarias (NICE)

Juan se frotó los ojos con los dedos. LIMEN no estaba autorizado; el maldito Patel empleaba una técnica médica experimental prohibida en seres humanos, y sin consentimiento de los pacientes.

Aquello bastaba para meter en la cárcel a aquel doctor y a los miembros del colegio que lo apoyaban. Eso sin tener en cuenta el asesinato de Duncan.

Apagó el ordenador y se metió en el bolsillo los dos *pendrives*. Luego, devolvió el estuche, ahora vacío, al interior de la caja fuerte, la cerró y puso el cuadro en su lugar. A continuación, se dirigió a la salida cerrando las puertas a su espalda, llegó a la recepción y se inclinó para recoger su chubasquero.

Entonces, percibió que alguien se abalanzaba sobre él y notó un pinchazo en la espalda. Se revolvió y, al darse la vuelta, vio a la enfermera Krause mirándolo con una jeringa en una mano.

—¿Qué coño me ha inyectado…? —murmuró Juan. Sentía la lengua como de trapo.

Intentó dar un paso hacia ella, pero los pies le pesaban como si fueran de plomo. La cabeza le daba vueltas, la mirada se le desenfocaba, las piernas se habían vuelto espaguetis hervidos. Puso los ojos en blanco y se derrumbó sobre el suelo de la enfermería.

Y el universo se fundió a negro.

Lo primero que sintió al despertar fue un intenso dolor de cabeza. Intentó llevarse una mano a la frente, pero algo se lo impidió. Probó con la otra y le ocurrió lo mismo. Abrió los ojos. Veía doble; tuvo que parpadear varias veces para enfocar la mirada. Estaba en una habitación en penumbras; solo una lamparita en un rincón mitigaba la oscuridad. Era la consulta del doctor Patel.

Bajó la mirada. Se encontraba tumbado en la camilla, con las muñecas y los tobillos apresados por abrazaderas de cuero fijadas con cadenas. Por eso no podía moverse.

¿Qué hacía allí, qué había pasado…? De repente los recuerdos volvieron en tropel: el despacho de Patel, los *pendrives*, la Krause, una jeringuilla, un pinchazo, la inconsciencia… Le habían capturado.

Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. El corazón le latía a cien por hora. Para relajarse, comenzó a realizar los ejercicios respiratorios que había aprendido practicando yoga. Inhalar despacio

por la nariz, exhalar lentamente por la boca. Respiración *pranayama* básica. Poco a poco, se fue calmando. Entonces advirtió que se oían voces procedentes de la habitación contigua, la recepción. Eran Patel y la enfermera conversando, pero hablaban en voz tan baja que no podía entender lo que decían.

Pensó en llamar su atención a gritos, pero decidió no hacerlo. Aún estaba un poco conmocionado y para afrontar aquella situación quería tener la cabeza lo más despejada posible. Mejor esperar.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se escuchó el sonido de la puerta de entrada al abrirse, el rugido de la tormenta, unos pasos, la puerta cerrándose y la voz de Fraser, el subdirector.

Fraser: Wallace me ha contado lo que ha pasado. ¿Cómo es posible?

Patel: Es incomprensible, Angus. El chico llevaba estos *pendrives* en el bolsillo.

Fraser: Pero ¿no los guardabas en la caja fuerte?

Patel: De ahí los ha cogido.

Fraser: (INCRÉDULO) ¿Quieres decir que ese alumno ha forzado la puerta de entrada, la puerta de tu despacho y tu caja fuerte? Pero ¿quién es, Arsène Lupin? (PAUSA) ¿Ha visto el contenido de los *pendrives*?

Patel: He comprobado el registro del ordenador y esta noche alguien lo ha encendido durante algo más de media hora. Así que sí, probablemente lo ha visto.

Fraser: ¡Maldición!… Es Alvarado, el español, ¿no?

Patel: Sí.

Fraser: Su tutor era Duncan; él debió de hablarle de LIMEN.

Patel: Mal asunto el de Duncan. Y mal resuelto.

Fraser: La culpa fue de McLeod. Ese carcamal es el secretario académico más estúpido que he visto. Y el más borracho. Se tomó unas copas de más, se le fue la lengua y no se le ocurrió otra cosa que contarle todo lo de LIMEN a Duncan. Un desastre, un desastre… Pero bueno, eso está resuelto; ahora tenemos otro problema…

De nuevo sonó la puerta al abrirse y cerrarse, y se escuchó la voz de Charles Buchanan, el director del colegio.

Buchanan: ¿Es cierto lo que me acaba de contar Wallace? ¿Un alumno ha forzado tu caja fuerte, Sebastian?

Patel: Me temo que sí, Charles. Es Juan Alvarado; Frieda lo sorprendió y lo redujo inyectándole midazolam. El chico está en mi consulta, inconsciente.

Fraser: Había robado los *pendrives* con la presentación de LIMEN.

Buchanan: ¡Cielo santo! (PAUSA. IRRITADO) Hace tiempo que este asunto se nos está yendo de las manos… Jamás debí permitir que me embarcarais en esta locura. Tú tienes la culpa, Angus; tú me convenciste de aceptar el plan de Sebastian.

Fraser: El colegio iba mal, Charles; había que hacer algo.

Buchanan: ¡Pero no cualquier cosa! Lo que estáis haciendo es cada vez más ilegal, ¿no os dais cuenta? Por no hablar de lo de Duncan… ¿Cómo se te ocurrió permitir esa barbaridad, Angus?

Fraser: Yo no le ordené a Wallace que hiciera lo que hizo, por Dios. Fue cosa suya.

La cavernosa voz del director de seguridad sonó por primera vez.

Wallace: Teníamos un problema. Y dejamos de tenerlo.

Buchanan: Sí, y ahora tenemos otro aún mayor. (RESOPLIDO) Maldigo el momento en que oí hablar de ti, Sebastian, y del puto LIMEN.

Patel: (CALMADO) El «puto LIMEN» ha salvado tu colegio, Charles. Cuando te conocí, dirigías un centro anticuado y decadente que no hacía más que perder alumnos. Y el «puto LIMEN» lo ha convertido en el único internado del planeta capaz de corregir con garantías la conducta de los jóvenes más indisciplinados. (SUSPIRO) Pero es absurdo discutir ahora entre nosotros. Todos estamos implicados: Angus, tú, yo… El Consejo Rector en pleno aprobó LIMEN. Rememos juntos en la misma dirección para solventar este asunto. Lo primero que tenemos que hacer es hablar con el chico y averiguar qué sabe.

Un silencio.

Buchanan: Yo me lavo las manos. Haced lo que queráis, pero solucionad el problema. Y no quiero saber cómo.

De nuevo la puerta se abrió y se cerró. Fuera seguía resonando la tormenta.

Patel: ¿Tendría la amabilidad de comprobar si el chico sigue inconsciente, Frieda?

Tumbado en la camilla, inmovilizado de pies y manos, Juan escuchó los pasos de la enfermera aproximándose.

Al encenderse la luz del techo, Juan tuvo que guiñar los ojos, deslumbrado por el repentino resplandor. La enfermera se aproximó a él y lo contempló, inexpresiva.

—Estás despierto —dijo. No era una pregunta.

—Suélteme —replicó Juan.

La Krause le dedicó una mirada despectiva.

—Chico estúpido —le espetó.

Y tal como había llegado, se largó. Apenas treinta segundos más tarde aparecieron Patel y Fraser.

—¿Cómo estás, muchacho? —le preguntó el subdirector.

—Suélteme —le exigió Juan.

—Eso no es posible por el momento. —Hizo una pausa—. Has entrado forzando las cerraduras en una propiedad privada, has violentado una caja fuerte y has robado documentación confidencial. ¿Eres consciente de la gravedad de tus actos?

—¿Y usted? —replicó Juan—. ¿Es consciente de la gravedad de los suyos?

—¿Yo? No seas insolente, muchacho; no sé a qué te refieres… —repuso el subdirector.

—A LIMEN, señor Fraser; a eso me refiero. Están utilizando en los alumnos una tecnología peligrosa y prohibida. Una tecnología que ya ha causado varias muertes.

—Lo malinterpretas. No sabes de lo que estás hablando.

—Yo no, pero el NICE sí. Y prohibió el LIMEN. Están ustedes haciendo justo lo que los de ese instituto temían que fuera a hacerse: usar una técnica médica insegura sin consentimiento de los supuestos pacientes.

Fraser y Patel intercambiaron una mirada.

—Sabe lo del NICE —susurró el subdirector.

Patel se ajustó las gafas y le dedicó una sonrisa a Juan.

—Pierde algo de vista, señor Alvarado —dijo en tono amable—. Es cierto que las primeras versiones de LIMEN tenían defectos y causaron lamentables incidentes. Pero han transcurrido dieciséis años y hemos mejorado mucho el dispositivo; ya no hay fallos. —Hizo una pausa—. Me han dicho que ha estado usted hablando con algunos de los alumnos que han pasado por la Reflection Chamber y que por tanto llevan implantado el LIMEN. ¿Qué le han contado? Se lo voy a decir yo: que se encuentran mejor, más relajados, más enfocados en sus estudios. LIMEN 3.0 funciona y mejora sus vidas.

Juan clavó en él una dura mirada.

—Archy Bennett ha intentado suicidarse —dijo.

—Pero fue por un imprevisto —protestó Patel—. Bennett abandonó de repente la Reflection Chamber en mitad del tratamiento, cuando aún no habíamos ajustado correctamente el dispositivo…

—Ocurrió porque es una técnica peligrosa —le interrumpió Juan—. Pero usted no lo entiende; da igual si ha perfeccionado o no su maldito chip, porque lo que hace es en sí mismo malo. La agresividad forma parte de lo que somos y eliminarla es como una castración. Pero es que además se equivoca, doctor. ¿Cree que Archy Bennett era agresivo? Era el tipo más pacífico del mundo, incapaz de matar una mosca. Pero era rebelde, y usted confunde la rebeldía con la agresividad. Y basta ya de charla. Suéltenme de una vez. ¿O qué, van a matarme, como hicieron con Alec Duncan?

—¿Estás loco? —protestó Fraser—. No hemos matado a nadie.

—Usted no, claro. No quiere mancharse las manos. Lo hizo ese gorila suyo de seguridad.

Ian Wallace surgió de entre las sombras donde había estado oculto.

—Este chico es un problema.

—¿Alguna sugerencia, Ian? —preguntó Fraser.

—Las Highlands son tierras salvajes —respondió Wallace—. Y en noches como esta, peligrosas. Hay muchos accidentes.

—¿Otro accidente? —El subdirector soltó un bufido—. Vamos a pensarlo bien antes de tomar decisiones drásticas. Pero no aquí; con

tranquilidad, en mi despacho.

Echaron a andar hacia la salida. Antes de que se perdieran de vista, Juan preguntó:

—Y si tengo que ir al baño, ¿qué?

Wallace volvió la cabeza y le miró como si contemplara un insecto.

—Háztelo encima, chico —respondió—. Alguien lo limpiará.

El director de seguridad apagó la luz y salió de la consulta, dejando a Juan de nuevo a solas. Poco después se escuchó su voz ordenándole a uno de sus hombres que montara guardia en la enfermería. Luego, silencio.

Juan suspiró y cerró los ojos con desánimo. Su futuro no pintaba nada bien.

Pancho Cruz, oculto en su rincón de observación y apenas guarecido bajo el alero de un tejado, estaba muerto de frío por dos motivos distintos: primero, por la tormenta de aguanieve que se descargaba sobre el colegio, y segundo, porque la sucesión de acontecimientos que acababa de contemplar le había dejado helado.

Poco después de que Saint-Clair saliera en dirección a la Casa Betelgeuse, Cruz vio aparecer a la enfermera Krause acercándose sigilosa a la enfermería. Juan estaba dentro y le iban a pillar, pero no habían acordado ningún modo de avisarle, así que al mexicano no le quedó más remedio que quedarse donde estaba sin poder hacer nada.

Poco después, Patel y Wallace entraron en la enfermería. Luego salió Wallace y regresó con el subdirector Fraser. Al poco, se presentó el director Buchanan. Pasó un rato y por último salieron todos, dejando a uno de los miembros de seguridad montando guardia.

A Cruz ya no le cabía la menor duda de que habían capturado a Juan y lo tenían prisionero. Pero seguía sin saber qué hacer. Consultó su reloj: las doce menos veinte; llegaba tarde a su cita con Gabriela… Algo hizo clic en su cerebro. ¡Gabriela! Quizá a ella se le ocurriera algo…

Cruz salió de su refugio y echó a correr hacia el torreón. Y corrió y corrió bajo el agua y la nieve; descendió al fondo de las ruinas, que ahora era un barrizal, tan rápido que a punto estuvo de caerse; se arrastró por el agujero y volvió a correr siguiendo el túnel en dirección al habitáculo, que lucía iluminado por el quinqué. La costarricense le recibió con los brazos en jarras.

—He venido aquí con este tiempo —le dijo, enfadada—, y llevo esperándote casi media hora. Ya creí que…

—Cállate, por favor, y escucha —la interrumpió Cruz, jadeante.

Y a continuación le contó lo que había pasado, a toda velocidad y atropelladamente. Cuando acabó, ella se lo quedó mirando y dijo:

—No he entendido la mitad de lo que has dicho. Pero ¿Juan está en peligro?

—Sí. Ahora. Lo tienen encerrado en la enfermería y esa gente son criminales. No se me ocurre qué…

Gabriela lo silenció alzando el índice de la mano derecha frente a sus ojos. Reflexionó durante unos segundos y echó a correr por el otro ramal del túnel. Mientras se alejaba, gritó:

—Espérame ahí; ahora vuelvo.

Aura Ferreyra estaba profundamente dormida cuando Gabriela la sujetó por los hombros y comenzó a zarandearla.

—¡Despierta, despierta!

—Pero qué haces, loca —murmuró Aura, adormilada—. ¿Qué pasa?

—Tu chico, Juan…

—Juan no es mi chico.

—Pues lo que sea. Está en peligro, lo tienen prisionero en la enfermería del Barrenton.

El sopor se desvaneció de los ojos de Aura.

—¿Prisionero? ¿Por qué?

—No me he enterado mucho. Pancho dice que las sospechas de Juan eran ciertas. Hay asesinos en el Barrenton y ahora tienen en su poder a Juan.

—¿Dónde está Pancho?

—En el túnel, esperándome.

Aura saltó de la cama.

—Me visto y vamos allá —dijo.

Pancho le contó de nuevo lo que había sucedido a Aura, más despacio y con más orden. Una vez que lo hubo expuesto, Aura se quedó pensativa y preguntó:

—¿Solo había uno de seguridad vigilando la enfermería?

—Al menos cuando me he ido yo, sí.

Un silencio.

—Si alguien puede liberar a Juan —comentó Gabriela— es esta gamberra. Tiene más huevos que un pelotón de marines.

—Demasiada fe tienes tú en mí —comentó Aura—. Vale, se me ha ocurrido algo. Vamos a la enfermería.

—Voy con vosotros —se ofreció la costarricense.

—No, Gabi. Para lo que se me ha ocurrido nos bastamos Pancho y yo. No hace falta que te arriesgues. Vuelve a tu cuarto.

Aura se encaminó hacia la salida del torreón.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pancho mientras la seguía.

—Te lo cuento por el camino. Vamos, date prisa.

El guarda de seguridad que vigilaba la enfermería se llamaba Callum MacDonlevy, tenía treinta y ocho años, y se sentía cansado, aburrido y somnoliento. La noche estaba siendo muy larga y demasiado llena de incidentes, para su gusto. No sabía qué estaba pasando, pero Wallace le había tenido fuera, esperando bajo aquel tiempo inclemente. Y ahora debía vigilar a un alumno que había hecho no sabía qué. Pero se suponía que de eso se ocupaban los profesores, ¿no? De locos.

Al menos, ahí estaba seco y caliente, pensó, recostado en una silla de la recepción, con los pies encima de la mesa. Entonces, cuando

estaba a punto de dormirse, llamaron a la puerta. Callum soltó una maldición, se levantó y abrió. Y se quedó con la boca abierta, porque al otro lado del umbral había una chica joven con un impermeable.

—¿Podría ayudarme? —dijo ella.

—Pero… ¿quién eres tú?, ¿qué haces aquí?

—No sé dónde estoy. ¿Qué es este sitio?

—El colegio Barrenton —respondió el hombre, alucinado—. Un internado para chicos. ¿De dónde has salido tú?

—Me he caído de un avión.

—¡¿Qué?!

—Ahí tengo el paracaídas. No sé dónde meterlo. ¿Me ayuda?

Callum asomó la cabeza por la puerta.

—No veo ningún paracaídas —dijo.

—Está al otro lado de la casa. Venga a verlo.

Refunfuñando, Callum se puso un impermeable. Lo que me faltaba, pensó; una loca. Salió al exterior y comenzó a preguntar:

—¿Dónde dices que está ese pa…?

De repente, Cruz apareció de entre las sombras a su espalda y le golpeó en la cabeza con una piedra de buen tamaño y todas sus fuerzas. Callum se derrumbó como un árbol talado.

—Ay, madre, que me lo he cargado —murmuró Cruz dejando caer la piedra.

—Ayúdame a meterlo dentro —dijo Aura.

Entre los dos, arrastraron al exánime guarda al interior de la enfermería y cerraron la puerta.

—¿Está muerto? —preguntó Cruz, preocupado.

Aura se inclinó sobre el hombre y negó con la cabeza.

—Respira —dijo—. Átale las manos, por si se despierta. Yo voy a buscar a Juan.

—¿Y con qué se las ato?

Ella señaló la lámpara que descansaba sobre la mesa y respondió:

—Arranca ese cable.

Acto seguido, abrió la puerta que daba a la consulta y desapareció tras ella.

Juan había escuchado la entrada exterior al abrirse y luego un intercambio de susurros, pero no había podido identificar las voces. Súbitamente, la puerta de la consulta se abrió y alguien encendió las luces. De nuevo deslumbrado, Juan guiñó los ojos hasta acostumbrarse a la claridad. Y entonces la vio, de pie frente a él, mirándolo inexpresiva.

—¡Aura! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Pues ya ves, estaba dando un paseo y mira tú qué casualidad. Oye, esto parece una peli de James Bond. ¿Hay algún rayo láser que vaya a chamuscarte los testículos?

—¿Has venido a rescatarme? Pero ¿cómo te has enterado…?

—Pancho me lo ha contado todo —dijo ella, comenzando a liberarle las abrazaderas—. Está ahí fuera, esperándonos.

—Te estás arriesgando por mí —murmuró Juan, sonriente—. ¿Ves como me quieres?

Aura lo miró con las cejas arqueadas.

—¿En serio? —dijo—. ¿Vas a empezar ahora con eso, en medio de todo este lío? Y no te imagines cosas; haría lo mismo por un perro.

—Lo harías si quisieras a ese perro —replicó él.

—Mira que te dejo aquí y me vuelvo a la cama —le amenazó ella, parando por un momento de desatarlo.

—Vale, vale. Pues sea por las razones que sean, este perro te está agradecido.

Aura desabrochó la última abrazadera; Juan se puso en pie y estiró los brazos.

—Llevaba horas en la misma postura —comentó—. Estaba anquilosándome. Oye, Aura, esta gente es aún peor de lo que pensaba.

—Pues vámonos. Recogemos a Pancho y nos escondemos en el túnel…

Bruscamente, la puerta que daba acceso al interior de la enfermería se abrió y Frieda Krause apareció empuñando en cada

mano una jeringa. La mujer soltó un bramido y se abalanzó sobre ellos, como un banderillero corriendo hacia un toro.

Juan la frenó en seco mediante un contundente puñetazo en el mentón. La Krause se derrumbó, inconsciente. Las jeringas rebotaron contra el suelo.

—¿Quién es esta bruja? —preguntó Aura.

—La enfermera del colegio. Suele aparecer así, de repente.

—Qué encanto. —La joven se agachó, cogió una de las jeringas y examinó el líquido ambarino que contenía—. Iba a inyectarnos esto. ¿Qué es?

—Antes usó conmigo un anestésico.

Aura sonrió, se acuclilló junto a la Krause y le inyectó el líquido en un brazo.

—Sueña con los angelitos, hija de puta —susurró. Se incorporó y echó a andar hacia la salida—. Venga, vámonos —dijo.

Apagaron la luz, abrieron la puerta y se quedaron congelados. Porque en la recepción les esperaban Wallace y dos guardas que los encañonaban con sendas escopetas de caza.

15

Azarosos accidentes meticulosamente planeados

Les ataron las manos a la espalda con cinchas de plástico y les hicieron sentarse en dos de las sillas de la recepción, el uno al lado del otro. Wallace señaló el aún inconsciente cuerpo de Callum y les ordenó a sus hombres:

—Esto no lo ha hecho esa chica sola. Tiene que haber alguien más por ahí fuera. Buscadlo.

Los guardas salieron de la enfermería. Wallace se encaró con Aura y le preguntó:

—¿Quién eres tú?

Ella sonrió con ironía y respondió:

—Soy la Virgen María. Iba camino de Fátima y me he parado aquí a descansar un ratito.

Wallace le devolvió la sonrisa.

—Pero qué graciosa eres. Es que me muero de risa contigo. —Su mirada se endureció—. Responde a lo que te pregunte, niña, o tú y yo nos vamos a reír mucho. ¿Quién eres?

—Es verdad, le he mentido: no soy la Virgen. En realidad, soy Supergirl, y cuando venga mi primo se va a enterar.

De improviso, Wallace le propinó una fuerte bofetada.

—¡Que quién coño eres! —gritó.

Los brazos de Juan se tensaron contra las ligaduras que los inmovilizaban, al tiempo que le clavaba una mirada de odio al director de seguridad.

—Como vuelvas a tocarla te mato —le amenazó.

Wallace se volvió hacia él.

—¿Tú me vas a matar? —preguntó.

Y le propinó a Juan un puñetazo en el estómago.

—Qué machote —exclamó Aura, burlona—. Pegar a gente maniatada; eso sí que es ser valiente.

Wallace alzó la mano para abofetearla de nuevo, pero en ese momento se escucharon voces en el exterior. Instantes más tarde, se abrió la puerta y un guarda asomó la cabeza.

—Tenía razón, jefe —dijo—. Había un chico oculto tras un seto. Gordon lo ha encontrado y lo trae para aquí.

De repente, se oyó fuera un grito desgarrador, seguido de una algarabía de voces. El guarda miró alternativamente hacia fuera y hacia dentro, dijo: «Un momento, jefe», y desapareció cerrando la puerta.

Wallace comenzó a pasear de un lado a otro con aire malhumorado. Cinco minutos después, el guarda de antes entró en la recepción.

—Lo siento, jefe —dijo—. El chico se ha escapado.

—¿Que se ha escapado? —Wallace lo miró como si no diera crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Cómo?

—Gordon lo traía agarrado de un brazo, pero el chico se ha revuelto y le ha atizado una patada en los huevos. Luego ha salido corriendo. Le hemos perseguido, pero corría como un gamo y…, bueno, ha saltado el muro.

Wallace encajó la mandíbula. Parecía que fueran a salirle chispas de los ojos.

—¿El chico está ahora en el exterior del recinto? —preguntó.

—Sí.

—Sois la mayor panda de inútiles que me he echado a la cara —masculló—. Meted a Cullen en la consulta, junto a la gorda que está ahí tirada en el suelo; a ver si se despierta de una maldita vez. Y traedme a Patel y a Fraser. Venga, mueve ese culo.

El guarda se puso en marcha a toda velocidad. Wallace apretó los puños y murmuró:

—Este desastre se va a acabar ya.

El doctor Patel llegó quince minutos más tarde. Al ver a Aura se sorprendió, pero no hizo ningún comentario; en vez de ello, le preguntó a Wallace:

—¿Y Frieda?

—En la consulta. Está inconsciente y no hay forma de despertarla. También hay ahí uno de mis hombres. Creo que lo han puesto fuera de combate de un golpe en la cabeza. Atiéndalos, por favor.

Patel miró a Juan y a Aura e hizo amago de preguntar algo; pero cambió de idea y entró en la consulta sin abrir la boca.

Fraser tardó más de una hora en presentarse. Wallace echaba humo cuando lo vio aparecer en la enfermería.

—¿Dónde demonios estabas? —le espetó—. Te he llamado hace una eternidad.

—He despertado a los miembros del consejo rector para celebrar una reunión extraordinaria —respondió Fraser.

El director de seguridad lo miró con incredulidad.

—¿Estás celebrando una reunión del consejo ahora? —dijo.

—Claro; tenemos que resolver este problema. Hay que tomar decisiones importantes.

Wallace respiró profundamente, como si estuviera haciendo acopio de paciencia.

—De acuerdo —dijo con voz calmada—. ¿Y qué decisión ha tomado el consejo?

Fraser titubeó.

—Pues… todavía ninguna…

Entonces Wallace explotó.

—¡Pero ¿es que somos gilipollas?! —gritó—. ¡Tenemos un problema urgente, ahora, aquí, y hay que solucionarlo antes de que amanezca! —Volvió a respirar hondo y prosiguió más calmado—: Nuestro problema son esos dos chicos. Saben demasiado y solo hay una forma de evitar que hablen. Tú lo sabes bien, pero tu hipócrita moral te impide tomar la única decisión posible. Y lo mismo pasa con tu maldito consejo rector; os pasaréis toda la noche debatiéndoos

entre lo que hay que hacer y lo que sois capaces de hacer y no llegaréis a ninguna parte. De acuerdo, no toméis ninguna decisión; pero dadme carta blanca para que me ocupe yo a mi manera.

Fraser apartó la mirada y se removió, inquieto.

—Esa es la chica que ha intentado liberar a Alvarado, ¿no? ¿Quién es?

—Una alumna de la Holloway, supongo. Pero me da igual quién sea; está en el mismo bando que el chico, de modo que también sabrá demasiado.

—No se crea —intervino Aura—. No sé nada de nada. Y al tal Juan apenas lo conozco. Solo soy una buena chica…

—¡Cállate! —la silenció Wallace. Luego se encaró con Fraser y le apremió—: Bueno, ¿qué?

El subdirector demoró unos segundos la respuesta.

—¿Qué propones? —dijo.

—Sencillo. El chico y la chica se han hecho amiguitos, no sé cómo, y esta noche robarán un todoterreno del colegio para fugarse juntos. Por desgracia, por el camino sufrirán un accidente. Problema solucionado.

—Por Dios, ¿otro accidente? Me han dicho que había un tercer chico y que se ha escapado. ¿Qué pasa con eso?

—Está fuera, a la intemperie. Con este tiempo no tardará en morir de hipotermia.

Fraser parpadeó con nerviosismo.

—Pero es que es una barbaridad… —murmuró, indeciso.

Wallace acercó su cara a la de él y le susurró al oído:

—No voy a permitir que me encarcelen por culpa de esos dos idiotas, Angus. Más vale que te avengas a razones.

El subdirector lo miró de hito en hito y tragó saliva.

—Todo esto es muy molesto —dijo—. ¿Sabes qué?, que hagas lo que te dé la gana. Tengo que irme; me esperan en el consejo.

Y se fue. Wallace esbozó una feroz sonrisa e hizo llamar a Drummond y Ramsay, sus dos hombres de confianza —los únicos que iban armados con escopeta de caza—. Cuando los tuvo delante, les preguntó:

—¿Conocéis en la carretera a Fort William algún lugar donde un coche pueda despeñarse?

—En Beul Ifrinn —dijo Ramsay—. Es un barranco muy profundo a unas seis millas de aquí.

—Perfecto; pues allí lo haremos. Id al garaje y llenad los depósitos del todoterreno grande y del pequeño. —Señaló con un cabeceo a Juan y Aura, y concluyó—: Esos dos se despeñarán conduciendo el pequeño.

Mientras tanto, en la Casa Betelgeuse, Saint-Clair y Bianchi aguardaban dando cabezadas en el cuarto de este último.

—¿Qué hora es? —preguntó el canadiense.

—Las cuatro menos veinte de la madrugada —respondió Bianchi —. Y Juan y Pancho sin dar señales de vida.

—Seguro que les ha pasado algo.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Bianchi.

—Llamar a la policía, ¿no?

—¿Y qué les contamos? ¿Que estamos en un colegio y dos amigos nuestros han sido retenidos por algunos profesores? Querrás decir castigados, dirá el policía. En fin, complicado de explicar.

—Podemos inventarnos algo —propuso Saint-Clair—. Que hay un tiroteo en el colegio o algo así. Lo importante es conseguir que venga la poli. —Se incorporó—. Voy a mi cuarto, a por el teléfono.

Saint-Clair salió del dormitorio y regresó cinco minutos después.

—No está —dijo.

—¿El qué? —preguntó Bianchi.

—El móvil que compré. Ha desaparecido.

—¿No te lo habrás robado a ti mismo?

—Muy gracioso. ¿Puedes hacer llamadas telefónicas con el ordenador?

—Sí, mediante VoIP.

—No sé lo que es eso, pero hazlo.

—Tengo que bajar una aplicación e inscribirme.

—Pues venga; haz tu magia, Gandalf.

Drummond y Ramsay regresaron al cabo de veinte minutos para informar de que los todoterrenos estaban listos. Wallace sacó a los dos jóvenes de la enfermería y los escoltaron camino del garaje del colegio. Ya no caía aguanieve; el aire estaba cuajado de copos de nieve. El viento había amainado. Mientras caminaban con las manos atadas a la espalda, Aura dijo, como asombrada:

—Nos van a matar.

—Lo siento —repuso Juan.

—¿Lo sientes? Uno dice lo siento cuando le pisa un pie a alguien. Pero es que me van a matar por tu culpa. Creo que hace falta algo más que un lo siento.

—¿Lo siento mucho?

—Mejor, pero no te perdono. Te dije que no te metieras donde nadie te llamaba, que te quedaras tranquilo. Pero no, tenías que hacerte el héroe, y mira cómo hemos acabado. Por tu culpa.

—¿Vale la pena andarnos ahora con reproches? —dijo Juan.

—Claro que vale la pena. Me moriré mucho más tranquila reprochándotelo. Quiero que nos entierren uno al lado del otro. En mi lápida habrá una flecha que señale tu tumba y una inscripción debajo que diga: «Fue culpa suya».

—Desde luego —comentó Wallace—, tu chica es una juerga. Qué pena que vaya a vivir tan poco.

—No soy su chica —replicó Aura—. Y qué pena que tu cara parezca una boñiga de vaca, pero nadie es perfecto.

Wallace gruñó algo por lo bajo y guardó silencio. Llegaron al garaje y entraron. Había varios vehículos; se dirigieron a donde estaban aparcados los todoterrenos.

—Tú, Ramsay, conducirás el pequeño. Drummond y yo te seguiremos en el grande con los dos tortolitos…

Entonces, se escuchó un estruendo proveniente del exterior, como un artefacto enorme estrellándose contra algo también grande. En realidad, era el impacto de una furgoneta embistiendo contra las verjas de la entrada del recinto, pero eso aún no lo sabían. Tras el

ruido, hubo un largo silencio. Y de repente, sonaron disparos a lo lejos. Wallace frunció el ceño y echó a andar hacia la salida.

—Voy a ver qué pasa. Esperadme aquí.

Bianchi y Saint-Clair dieron un bote cuando escucharon los disparos.

—¡Coño! —exclamó Saint-Clair—. ¡Hay un tiroteo de verdad!

—Creo que voy a llamar a la policía —dijo Bianchi, encendiendo el portátil.

—Ya estás tardando —murmuró Saint-Clair.

En el garaje, los guardas Drummond y Ramsay se removían, inquietos. Wallace no había vuelto y se habían oído más disparos. Juan y Aura, tan intrigados como ellos, guardaban un expectante silencio.

De repente, la doble puerta del garaje se abrió y entraron dos hombres armados con fusiles de asalto.

—Tirad las armas —ordenó uno de ellos con acento latino.

Los dos guardas dejaron caer las escopetas sin ofrecer resistencia. Entonces, apareció alguien más, un joven moreno, con un bigote casi invisible, sonriendo de oreja a oreja.

—Hola, chicos —les saludó.

—¡Pancho! —exclamaron a la vez Aura y Juan.

—¿Me echabais de menos? —preguntó el mexicano.

Uno de los hombres le tendió un cuchillo. Cruz se acercó a sus amigos y les cortó las ligaduras.

—¿Quiénes son esos? —le preguntó Aura, frotándose las muñecas.

—Sicarios de mi padre. Han venido tres más.

—¿De dónde han salido? —le dijo Juan.

—Ya te lo había comentado, ¿no lo recuerdas? Cuando mi padre me inscribió aquí, le preocupaba que algún cártel rival pudiera secuestrarme. Por eso envió a cinco de sus hombres a Fort William, por si llegaba a necesitarlos. Me comuniqué con ellos… y aquí están.

—Pero ¿cómo…?

—Luego os lo cuento —le interrumpió Cruz—. Ahora tenemos que llevar a estos guardas con los otros. Esperadme en la Casa Betelgeuse.

Cuando llegaron a la casa, encontraron a Bianchi y a Saint-Clair en el salón comunal. Había más alumnos, pues los disparos habían despertado a muchos. Cuando Aura entró en el salón, todo el mundo se la quedó mirando.

—¿Es que nunca habéis visto a una tía? —preguntó ella en voz alta.

—La mayoría de los que están aquí hace mucho que no ven una —le comentó Juan.

Luego, se la presentó a sus dos amigos y se sentaron en un rincón. Saint-Clair quiso saber qué estaba pasando y Juan les hizo un resumen de lo ocurrido. Justo cuando acabó, apareció Cruz y se sentó con ellos.

—¿Todo bien, Pancho? —le preguntó Saint-Clair.

—Como la seda —respondió el mexicano—. Los hombres de mi padre han encerrado a los guardas, a Patel, a Fraser y a la Krause. En la Reflection Chamber, de ahí no podrán escapar.

—Es justicia poética —comentó Bianchi—. Allí donde cometieron sus crímenes están ahora encerrados.

Cruz torció el gesto.

—No hay ni rastro de Wallace —dijo.

—Ya aparecerá —le tranquilizó Juan—. ¿Qué pasó? Te perseguían los guardas, eso es lo último que supimos de ti.

—Salté el muro y luego volví a ingresar al colegio por otro lado. El clima era tan malo que nadie me vio. Fui a la habitación de Luc para pedirle su celular, pero no estaba, así que lo tomé prestado.

—De modo que fuiste tú —dijo Saint-Clair.

Cruz sacó el móvil del bolsillo y se lo entregó.

—Solo era un préstamo —se excusó—. Llamé al número de contacto que me había dado mi padre y les pedí a los hombres que

vinieran lo antes posible. Mientras los esperaba me escondí en el túnel. El resto ya lo sabéis.

—Pues nos has salvado la vida.

—Amo a este chico —dijo Aura—. Amo a los que me salvan la vida.

Y le plantó a Cruz un beso en los labios. Rojo como un tomate, el mexicano murmuró:

—No fue nada…

—Una cosa, Pancho —dijo Bianchi—: hemos avisado a la policía. Deben de estar camino de aquí.

—Les diré a los hombres de mi padre que se vayan antes de que lleguen.

—La gente está preocupada —comentó Saint-Clair—. Han oído disparos, saben que está pasando algo, pero nadie les cuenta nada.

Juan lo miró, pensativo.

—Es verdad —murmuró, en parte para sí mismo—. Aquí hay casi mil quinientas personas y la mayoría no ha oído hablar de LIMEN… Se me ha ocurrido algo: si Patel dejó de nuevo los *pendrives* en la caja fuerte, puedo copiar los archivos y enviárselos a todo el mundo por correo interno. Así todos en el colegio sabrán lo que pasaba aquí. —Se puso en pie—. Voy a la enfermería, ahora vuelvo.

Y echó a correr hacia la salida. Aura se lo quedó mirando mientras se alejaba y comentó:

—Este chico no para. Me agota…

16

Amanecer en el Barrenton College

El cielo clareaba por el este, preludiando el alba. Había dejado de nevar y el cielo estaba inesperadamente despejado. No se veía a nadie. La nieve se amontonaba sobre los setos, las ramas de los árboles y los caminos, prestándole al lugar un incongruente manto de pureza, como si aquel conjunto de parques y edificios estuviera libre de injusticias y miserias; algo noble e impoluto congelado en el tiempo. Aura y Juan acababan de ser interrogados por la policía y paseaban por el jardín a la espera de prestar declaración ante el juez, que, según les habían dicho, llegaría pronto.

—¿Qué hora es? —preguntó Aura.

—Las siete y cinco.

—Qué día más largo. Estoy agotada, me caigo de sueño.

—Yo no —dijo Juan—. Creo que la adrenalina me mantiene despierto.

Los primeros rayos del sol recién nacido iluminaron las copas de los árboles y los tejados de los edificios. La luz se volvió mágica. Se detuvieron y contemplaron el paisaje.

—Es bonito —comentó Aura—. Tan blanco, tan limpio…

—En Occidente el blanco representa la pureza —dijo Juan—. Sin embargo, en Oriente simboliza la muerte.

—La muerte, ¿eh? Qué oportuno decírmelo después de lo que hemos pasado. Eres un romántico.

—Por eso el blanco me parece apropiado para el Barrenton; porque ha habido demasiadas muertes en este internado. —Sonrió con cansancio—. Y ya hace mucho que me enseñaste que no puedo

ser romántico contigo. Me sacas las uñas en cuanto se me ocurre hacerlo.

Aura dejó escapar un suspiro. Se la veía muy cansada; quizá por eso la ironía había huido de su mirada.

—Me gustas, Juan, ya lo sabes; lo paso bien follando contigo. —Hizo una pausa y se encogió de hombros, como si claudicara—. Y vale, sí, te quiero —reconoció—. Pero no quiero quererte.

—Pues contra eso no puedo hacer nada. Me gustaría que…

Juan enmudeció. Había visto algo por el rabillo del ojo a la altura del garaje del colegio.

—¿Qué pasa? —preguntó Aura.

Juan, repentinamente alerta, dijo:

—Escucha, Aura: ve a buscar a unos policías y llévalos al garaje. Date prisa.

Aura iba a preguntarle de nuevo qué ocurría, pero antes de que pudiera hacerlo Juan echó a correr hacia el fondo del recinto.

Ian Wallace se escondió cuando vio a los hombres armados con fusiles de asalto. No sabía quiénes eran, pero estaba claro que se mostraban muy poco amistosos con los agentes de seguridad. De modo que buscó refugio en las caballerizas, oculto entre las balas de paja. Luego llegó la policía y la cosa se complicó aún más, porque alumnos y profesores salieron de sus residencias para averiguar qué estaba ocurriendo, y no había forma de pasar inadvertido. Ya bien entrada la madrugada, todo pareció calmarse un poco. Los agentes de policía se congregaban en el sur del internado, y él estaba en el norte.

Poco antes del amanecer, salió de su escondite y se concentró en poner en marcha su plan. Era muy sencillo: coger un coche del colegio y desaparecer del mapa. Así que entró en el garaje, cogió de un cajetín las llaves de uno de los todoterrenos y se encaminó a él.

Entonces apareció Juan y se interpuso en su camino.

—No vas a irte a ninguna parte, Wallace. Salvo a la cárcel.

El hombre se detuvo y puso cara de hastío.

—Pero es que no me voy a librar nunca de ti, niño… Anda, quítate de ahí y vete antes de que te parta la cara.

—No, no me voy a quitar. Solo quiero que me des un motivo para darte una paliza, porque me muero de ganas.

—No seas idiota, chico. Soy más grande y más fuerte que tú.

—Y más viejo, más lento y más gordo. ¿Quieres pegarme? Pues adelante; aunque ya no te será tan fácil, porque no estoy maniatado.

Wallace avanzó hacia él con grandes zancadas y le lanzó un puñetazo a la cara. Juan lo esquivó y contraatacó con dos golpes seguidos en los costados. Wallace profirió un rugido e intentó pegarle de nuevo, pero Juan evitaba los golpes de su rival danzando a su alrededor y golpeándole en las costillas para cortarle la respiración.

Durante unos minutos Juan jugó de esa manera con el hombre. Luego se alejó unos pasos, bajó la guardia y dijo:

—Todavía no me has dado ni un puñetazo, Wallace. Podría estar todo el día bailando a tu alrededor, y tú golpeando el aire. Solo tendría que esperar a que te agotaras para machacarte a golpes. Pero no lo voy a hacer así. Me voy a quedar quieto y voy a permitir que intercambiemos golpes. Adelante.

Wallace avanzó hacia él y comenzó a pegarle con los dos puños. Juan aguantó a pie firme y desvió los golpes con los brazos. Y entonces, descargó una serie de puñetazos sobre el exdirector de seguridad, muy rápidos, muy fuertes, en el estómago, en el plexo, en el hígado, en el bazo, en los costados.

Wallace no pudo ni reaccionar. Estaba aturdido y le costaba respirar. Entonces, Juan tomó carrerilla y descargó contra el hombre un brutal *uppercut* de derecha en el mentón.

Con los ojos en blanco, Wallace se derrumbó, fuera de combate.

Justo entonces, apareció Aura con dos policías, y se quedó mirando a Juan con las cejas enarcadas.

—Pero ¿es que no puedes estar ni un minuto sin meterte en líos? —dijo—. Qué intensos sois los héroes, demonios.

EPÍLOGO

Mes y medio después

El sol lucía radiante en un cielo sin nubes durante aquella mañana de mediados de abril. La primavera, en todo su esplendor, eclosionaba sobre Madrid, cubriendo los jardines de flores y verdor. Sentados a la mesa de una terraza del paseo de Rosales, junto al parque del Oeste, Juan Alvarado y su amigo Archy Bennett charlaban mientras daban cuenta de sus consumiciones; el inglés una cerveza, y un agua mineral el español. Al poco, llegó andando Lourdes Gilabert y se sentó con ellos. Juan hizo las presentaciones:

—Inglés, ella es Lourdes, mi mejor amiga. Lourdes, este es Archy Bennett, el pirado del que te he hablado.

Bennett besó la mano de Lourdes y se la quedó mirando.

—¿Eres real o una aparición divina, muchacha? —le dijo—. ¿Todas las españolas son como tú? No, imposible. En ti debieron de agotar toda la belleza que le tocaba al país. Eres única, sin duda.

Lourdes se echó a reír.

—Juan tiene razón —dijo—. Estás loco.

—¿Me llamas loco a mis espaldas, *spaniard*? —masculló, fingiendo enfado.

—Porque lo estás, inglés; como una cabra.

—Tiene razón —suspiró Bennett—. Estoy loco, pero de amor por esta diosa que acabo de conocer.

Lourdes volvió a reír.

—¿Estás de vacaciones, Archy? —preguntó.

—Sí, no conocía España.

—¿Te gusta?

—Mucho. Aunque me ha decepcionado un poco. Yo esperaba que todos los hombres fueran vestidos de toreros y las mujeres de flamencas; pero bueno, la comida y el clima compensan el disgusto.

—Yo llegué ayer de Suiza. —Lourdes puso cara de asombro—. Qué fuerte lo del Barrenton. Ha sido noticia en todo el mundo. ¿Te quitaron ese chip que te habían puesto, Archy?

—Sí, gracias al cielo. Ya he vuelto a ser el que era, para desconsuelo de mis padres.

—¿Y cómo está ahora ese internado? ¿Sigue funcionando?

—Lo están intentando mantener a flote los profesores —respondió Juan—. Pero después del escándalo no creo que levanten cabeza. Buchanan, Fraser, Patel y el resto del consejo rector están en libertad con cargos. Wallace y sus dos secuaces en prisión provisional.

—¿Y adónde han ido vuestros amigos?

—Beppe ha vuelto a Milán. Luc está en un colegio de Estados Unidos y Pancho ha ingresado en un internado de Cataluña.

—Me encantaría conocerlos.

—Hemos quedado en reunirnos este verano —dijo Bennett—. Que te unieras a nosotros sería un sueño, bella española.

Lourdes sonrió y le preguntó a Juan:

—¿Y esa chica, Aura?

—Me ha dejado.

—¿Por qué?

—Porque se ha enamorado de mí.

—Se enamora de ti, ¿y te deja por eso? No lo entiendo.

—Ya, parece absurdo. Pero según su forma de ver las cosas, tiene sentido.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Una vez que han intentado matarte, cualquier cosa que te pase parece una minucia.

Siguieron charlando. Archy se ofreció a enseñarle el Londres auténtico a Lourdes, y sugirió que a cambio ella podría enseñarle a él el verdadero Madrid. Quedaron aquella misma tarde. Juan contempló con una sonrisa cómo charlaban. Se vendrían bien el uno al otro, aunque solo fuera para reírse un poco.

Lourdes y Archy decidieron comer juntos, y le ofrecieron unirse, pero él se excusó. No quería molestar. Aunque luego, cuando se despidieron, llevó a Archy aparte y le advirtió:

—Lourdes es como una hermana para mí, inglés. Como le hagas daño voy a hacer contigo lo que la Armada Invencible no pudo.

Bennett le miró con cariño y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Sabes algo, *spaniard*? —le dijo en voz baja—. Lourdes tiene mucha suerte de que seas su amigo. Y yo también.

Por la tarde, Juan se quedó en casa. Desde que volvió de Escocia, lo que más deseaba era tranquilidad. Los sucesos del Barrenton habían sido agotadores, demasiado intensos, y ahora solo le apetecía descansar, tanto el cuerpo como la mente.

Después de comer en la cocina —con Adela, el ama de llaves—, se tumbó en un sofá del salón y perdió la mirada en el techo. Sus padres habían salido de viaje, en la casa solo estaban Adela y él, todo se hallaba en silencio. Cerró los ojos. Cuánta calma, pensó mientras su consciencia comenzaba a diluirse en el sueño. Y entonces sonó el timbre de la entrada. Se levantó de un salto y dijo alzando la voz:

—Ya abro yo, Adela.

Se dirigió al recibidor y abrió la puerta. Y se quedó mirando con asombro a la persona que estaba al otro lado del umbral.

—Hola, héroe —le saludó Aura Ferreyra.

—Hola, chica mala.

—Se te ha puesto cara de pasmo.

—De sorpresa, no te esperaba.

—Yo tampoco esperaba estar aquí. Pero…

—¿Pero?

—No sé… —Sonrió—. Será que me gustan los perros.

—Me alegro mucho —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Los perros son estupendos.

Los dos se miraron en silencio. Hasta que Aura se cruzó de brazos y dijo:

—Bueno, muy bien; música de violines, pétalos de rosa y pajaritos trinando. Pero ¿me vas a dejar pasar o me vas a tener aquí de pie como una estatua?

Juan se apartó a un lado y con un ademán la invitó a entrar.

César Mallorquí, el autor más reconocido de literatura juvenil a nivel nacional, nos sorprende con un nuevo thriller oscuro, vibrante y adictivo.



Juan tiene 17 años y un día, sin que nadie sepa por qué, le da una paliza a un joven mayor que él, tan violenta que lo manda al hospital. Ante la alternativa de ser ingresado en un centro de internamiento, su padre lo manda al Barrenton College, un internado escocés caro y elitista. Juan daba por hecho que sus compañeros serían niños pijos y malcriados, y así es, pero también encuentra a cuatro grandes amigos: Archy, Luc, Beppe y Pancho. Y una sorpresa inesperada: Aura Ferreyra, una estudiante de la academia femenina Halloway, que está al otro lado del muro del Barrenton; una joven rebelde que capta su atención... y algo más.

Sin embargo, tras la misteriosa muerte de un profesor, comienza a sospechar que algo oscuro se cuece en el internado y decide investigarlo por sí mismo.

Lo que no sabe es que hay silencios que es peligroso romper.

César Mallorquí (Barcelona, 1953) estudió Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En los años 70 trabajó como articulista en *La Codorniz* y como guionista en la Cadena SER, al tiempo que colaboraba con diversas publicaciones periódicas. En 1981, abandonó el periodismo y comenzó a trabajar como redactor publicitario y productor de spots para una agencia norteamericana. Más adelante fue ascendido al cargo de Director Creativo, puesto que desempeñó en varias agencias de publicidad. En 1991 abandonó la publicidad activa y pasó a dirigir el Curso de Creatividad Publicitaria del IADE, al tiempo que colaboraba como guionista de TV con diversas productoras y cadenas. A partir también de esa fecha, César Mallorquí pasó a dedicarse plenamente a la literatura. Entre los numerosos premios que ha obtenido por sus obras figuran el Premio Edebé en 1996 por *El último trabajo del Señor Luna*; el Gran Angular en el 2001 por *La catedral*; el premio Edebé en 1999 por *La cruz de El Dorado*, en el 2002 por *Las Lágrimas de Shiva* y, otra vez, en el 2012 por *La isla de Bowen*, obra que mereció también el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en el 2013.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, César Mallorquí
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Marina de Armas, por el mapa
Recursos de los interiores: Shutterstock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Imágenes de portada: © Shutterstock Images © Lee Avison / Trevillion Imagea

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-38-9

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

*Anhedonia es la incapacidad para experimentar placer, satisfacción o interés en actividades que antes resultaban agradables.

Índice

Muerte en el internado
Introducción. La inexplicable conducta de Juan Alvarado
Primera Parte. Faltas y castigos
- Capítulo 1. Bienvenido al Barrenton College
- Capítulo 2. Giuseppe Bianchi, Pancho Cruz, Luc Saint-Clair
- Capítulo 3. El comienzo de curso y la ropa interior de Archy Bennett
- Capítulo 4. Un desagradable incidente en el vestuario
- Capítulo 5. Aura Ferreyra Acosta
- Capítulo 6. Robos, sexo, amor y pesadillas
- Capítulo 7. La oscura habitación blanca y el destino de Archy Bennett
- Capítulo 8. La inesperada revelación de Lourdes Gilabert y la revelación no menos inesperada de Yolanda Fitz-Castro

Segunda Parte. La oscura sombra del Barrenton
- Capítulo 9. La muerte visita el internado
- Capítulo 10. Mentiras y secretos
- Capítulo 11. El desconcertante misterio de la Cámara de Reflexión
- Capítulo 12. Revelaciones y amenazas
- Capítulo 13. Secretos, mentiras, crímenes y otras asignaturas evaluables
- Capítulo 14. limen y otras razones para morir
- Capítulo 15. Azarosos accidentes meticulosamente planeados
- Capítulo 16. Amanecer en el Barrenton College

Epílogo
Sobre este libro
Sobre Sobre César Mallorquí
Créditos
Notas


CÉSAR MALLORQUÍ
AUTOR DE LAS LÁGRIMAS DE SHIVA
MUERTE EN EL INTERNADO
ALFAGUARA